

FACTURAS PENDIENTES

ÁNGEL BARRIOS



SERIE MESETA NEGRA 1

FACTURAS PENDIENTES

FACTURAS PENDIENTES

ANGEL R. BARRIOS

Copyright © 2020 Ángel Ramón Barrios Rodríguez.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Los personajes, así como los hechos narrados, son ficticios. Cualquier similitud con la realidad, es pura coincidencia y no existe intencionalidad por parte del autor

ISBN: 979-8646419447

Independently published

Portada: Boligator Ediciones A&R 26

Cubierta: Boligator Ediciones A&R 26

Imagen: MariaD42530 en Pixabay

Para ellas.

ÍNDICE

<u>CAPÍTULO I: Hielo.....</u>	<u>14</u>
<u>CAPÍTULO II: Última.....</u>	<u>36</u>
<u>CAPÍTULO III: Juramento.....</u>	<u>58</u>
<u>CAPÍTULO IV: Infravalorados.....</u>	<u>72</u>
<u>CAPÍTULO V: Fiesta.....</u>	<u>92</u>
<u>CAPÍTULO VI: Amigos.....</u>	<u>112</u>
<u>CAPÍTULO VII: Agujero.....</u>	<u>136</u>
<u>CAPÍTULO VIII: información.....</u>	<u>156</u>
<u>CAPÍTULO IX: Cobrar.....</u>	<u>180</u>
<u>CAPÍTULO X: Todo.....</u>	<u>206</u>

CAPÍTULO I: Hielo.

1

Por muy fuerte que la apretase contra el muslo, su mano seguía sangrando. Sentía el líquido recorriendo su pierna, lentamente, desde la mano en el bolsillo hasta el elástico de su calcetín ejecutivo. Guardó el dinero que asomó por la ranura del cajero automático junto a la tarjeta, en el otro bolsillo. El último banco estaba a la vuelta de la esquina. Ese barrio estaba bien diseñado, en cada calle parecía repetirse la misma serie de negocios: peluquería, bar, frutería, bazar y bar en quiebra para traspaso. Era la primera vez que iba a esa zona de la ciudad, le recordaba a los barrios de la antigua Alemania Democrática; cuadriculado, amplio y sin gente, aunque supuso que allí no disfrutaron de tantas peluquerías. Recogió la última cantidad de dinero y salió de nuevo a la calle. Hacía menos calor que la noche anterior. La cruz de la farmacia en la otra acera marcaba 29 °C y 23:46. Esa noche no conseguiría la media de horas de sueño y puede que al día siguiente tampoco. El fuerte dolor le recordó que le acababan de cortar un dedo.

Aparcada al fondo de la calle estaba la furgoneta de ese hombre. Salgado respiró hondo, intentó agilizar el paso y se dirigió hacia ella. Su escasa experiencia en medios de transporte le decía que en una furgoneta se tenían muchas posibilidades de que te ocurriese algo malo o, cuanto menos, poco deseado. Para trasladar objetos serían el medio ideal, pero para uso cotidiano ni mucho menos. Para él eran los vehículos que utilizaban los pobres trabajadores y los pobres a secas. Nunca apreció ni su valía ni sus diseños, pero a partir de hoy quedaban absolutamente vetadas. En los metros que le quedaban para llegar pensó en quién podría conocer que tuviese un medio de transporte similar para negarle el saludo a partir de mañana mismo. Con la persona que conducía la que estaba delante de él no le quedaba más remedio que hablar.

A David Herrero tampoco le gustaban las furgonetas, aunque para estos cometidos eran perfectas. Pasaban desapercibidas, podía poner unos adhesivos, vinilos de empresas de albañilería general o de fruterías con un nombre en diminutivo y nadie se fijaría nunca. Tenían suficiente espacio en la parte trasera y eran versátiles de verdad, por no hablar de los precios, muy competitivos.

Salgado se asomó con precaución y cara de dolor por la ventanilla delcopiloto. No había nadie. Alguien abrió la puerta desde atrás con el consiguiente sobresalto y le invitó, en forma de empujón con las dos manos, a que subiese rápido. Aunque David no hubiese llevado gorra, gafas de sol con cristales amarillos y barba pésimamente afeitada, Ernesto Salgado no creyó que hubiese podido reconocer su cara fuera de esa furgoneta. David extendió la mano y Salgado puso el dinero en ella junto con los tickets de los cajeros, que David le devolvió amablemente.

—No sé si le harán falta —dijo David.

—No lo creo, pero bueno —dijo Salgado metiéndolos en el bolsillo de su camisa, en la que se fijó David.

—Veo que no se ha manchado de sangre, muy bien, señor Salgado —le felicitó—, lo está haciendo bien. Estamos terminando.

—No he sacado la mano del bolsillo. —Negó con la cabeza como un niño.

David comenzó a contar el dinero mirando por encima de las gafas. Salgado, que quería seguir haciendo las cosas bien, encendió la luz interior del vehículo. David la apagó inmediatamente.

—¡Pero qué hace!

—Para que vea bien —se disculpó Salgado—, como miraba por encima de... creí que no veía.

David le mostró una fotografía en su móvil. A Salgado le caía el sudor por las sienes. Esa horrible fotografía le perseguiría el resto de su vida: dos hombres inquietantes a más no poder, uno con rasgos de Europa del Este con una pistola metida en el cinturón, y el otro, que le pareció sudamericano, con un enorme machete colgado a la cintura y unas grandes gafas graduadas. Estaban a la sombra, bajo el manzano que Salgado tenía en la puerta de su casa. Un tatuaje de un dragón, una serpiente o un monstruo asomaba por la camiseta del europeo y se enroscaba en su cuello. Sus brazos eran gigantescos, como los de algunos hombres que frecuentaron una temporada el gimnasio del Club de Golf Hoyo Fresh, del que Salgado era miembro desde niño. En el club apenas había mujeres. Para acabar con esa alarmante escasez de personas del sexo femenino a los miembros más antiguos, entre los que estaba Salgado, se les ocurrió la idea de promover la instalación de un gimnasio y presionaron a la directiva de Hoyo Fresh para que se habilitase uno. «Será bueno para todos por muchos motivos», redactaron en el primer párrafo del escrito que enviaron al presidente. Esos muchos motivos eran en realidad uno, descrito tras un solitario guion: «El nuevo espacio deportivo atraerá a personas de diferente sexo al nuestro que necesitasen ejercitarse por una u otra razón». Como era previsible el gimnasio atrajo a

deportistas de ambos sexos, que se relacionaban entre ellos y dejaban de lado a los maduros golfistas. Los antiguos miembros de Hoyo Fresh se dieron cuenta de que debían mejorar la redacción de sus comunicados, ya que tal vez no expresaron de forma clara que solo querían que asistiesen personas del género femenino. Después de una campaña de recogida de firmas y una nueva asamblea, consiguieron que se prohibiese la entrada a personas tan fuertes, por mucho que viviesen en la urbanización y el constructor lo incluyese en los contratos de compraventa o alquiler. Contrataron una prestigiosa compañía de seguros que consiguió catalogar a esos musculosos atletas como armas peligrosas. Algunos de los jueces miembros del club verificaron de forma no oficial tal calificación: «La actuación es conforme a ley», sentenció uno de ellos. Se estableció así una masa muscular máxima, solo para el género masculino, a partir de la cual no se podría disfrutar de los beneficios de ese espacio deportivo. Cuando esos aficionados de grandes brazos y torsos cuadriculados dejaron de asistir, las personas de sexo diferente al suyo también lo hicieron. El gerente del gimnasio, un trabajador autónomo que puso todos sus ahorros en el proyecto, no estuvo nada de acuerdo, ya que los miembros del club no pagaban esa cuota. Demandó a Hoyo Fresh por coacción a los clientes y discriminación de género, pero no tuvo opciones contra un bufete de abogados instalado recientemente en el país, Adolphson & Mostkovitch, que solucionaron el asunto de forma muy eficaz a favor de la vieja guardia del club.

Los brazos de ese hombre, que estaba en la puerta de su casa junto a su socio de gafas desmesuradas, eran un arma mortal. El bajito, más menudo y en apariencia inofensivo en cuanto a fuerza física, sonreía. No podría decir si amenazante por lo satisfecho que estaba con su trabajo o por algún tipo de carencia mental. Sus gafas, imposible no fijarse, eran muy extrañas y demasiado grandes. ¿En qué óptica

podrían haberle aconsejado algo así? Sin duda las llevaría para despistar. Un delincuente no podía pasar inadvertido con ellas, por lo que se las ponía de forma consciente. Tal vez fuese su marca, su seña de identidad en el gremio. El grosor de los cristales no dejaba ninguna duda de que eran graduadas. Era igual de aterrador que su fornido compañero.

Salgado levantó la vista hacia David esperando la peor de las noticias.

—Esta tarde estuvieron en su casa, se aburren en verano. Esperan mi llamada. No querrá que vayan un día a la salida de las clases de natación de su hijo...

—¡No! Desde luego que no —exclamó Salgado, que se le ocurrían múltiples motivos por los que no quería que esos monstruos conociesen a su hijo aparte del que estaba insinuando el conductor.

—No se puede vivir con esa angustia, créame. Vamos a hacer una cosa, usted diga que se ha hecho la herida cortando los rosales o lo que tenga en el jardín, una excusa creíble, si no, estos amigos volverán, se lo aseguro.

Salgado se secó el sudor de la frente con el antebrazo y asintió convencido.

—No diré nada a nadie, puede estar tranquilo.

—Tiene mucho dinero, no le hacen falta veinte dedos.

Salgado no consideró pertinente en ese momento discutir tal cuestión, pero cuanto menos ponía en duda la afirmación y se imaginaba que la podría poner en el futuro. Nunca se sabe los dedos que te pueden hacer falta, además, si tienes todos los que hay que tener, mejor. Alguien podría inventar algún tipo de máquina o dispositivo para el que hiciesen falta todos los dedos y ahí estaría en clara desventaja con las personas que contaban con los veinte. No le hacía nada de gracia. Tenía dinero, sí, pero era mejor tener mucho dinero y los veinte dedos que había tenido siempre. Su estado mejoró

cuando el conductor le ofreció una bolsa desde la ventanilla de la horrible furgoneta. Dentro, entre el hielo, estaba su dedo.

—Vaya rápido al hospital, yo no me hago responsable si no se lo cosen... —dijo David—. No puedo llevarle, eso descártelo.

Salgado lo entendía perfectamente y en ningún momento contó con ello. David escribió algo en un folio, lo dobló, lo introdujo en un sobre y se lo entregó a Salgado.

—Y tenga, lo olvidaba. La factura, por si la quiere deducir. Y recuerde, si quiere a su familia, ni una palabra. Invente una buena excusa.

Salgado dejó la bolsa de hielo en el suelo y recogió la factura con el desglose de conceptos: «2.100 euros más gastos. Total: 3.120 euros», y escrito a bolígrafo azul: «Pagado».

La furgoneta arrancó y se alejó calle arriba. A Ernesto Salgado la despedida le pareció algo fría, pero teniendo en cuenta lo que le había hecho ese hombre no quiso tomarlo como un feo. La bolsa de hielo goteaba junto al zapato derecho de Salgado, el izquierdo estaba manchado de la sangre que le bajaba por el interior del pantalón y que ya rebosaba por su calcetín. Se palpó los bolsillos de la americana con la mano buena y recordó que ese delincuente le había requisado el móvil. No quería mirarse la herida, el secuestrador la había vendado con eficacia y a él la sangre le provocaba mareos. En el pasado, cuando tuvo que hacerse algún análisis acudió siempre con alguna persona de refuerzo. Comenzó a caminar a buen ritmo hacia la parada de taxis que había junto a la farmacia, pero le fallaban las fuerzas. Notaba que perdía el sentido. Se tambaleó y cayó en el césped, junto a la acera. La bolsa de hielo con el dedo quedó goteando junto a él.

En el letrero de la puerta del despacho del comisario Luis Sanz, faltabala «S» de Luis. Al comisario nunca le hubiese hecho gracia que le llamasen Lui, pero tampoco se la hacía que le llamaran Luis o señor Sanz. A su modo de ver, la explicación era muy sencilla: él era comisario de policía y estaba orgulloso de su apellido, su padre y su abuelo habían sido dignos predecesores. Impuso, en los destinos que estuvo, el escueto y efectivo tratamiento de comisario Sanz. No solo en la comisaria y en el horario laboral, también en actividades no oficiales, hasta el punto que su propia mujer llegó a llamarle comisario Sanz con toda naturalidad y para vergüenza de su hija adolescente. Él se había acostumbrado y comprobaba así que sus directrices se cumplían al cien por cien. No ponía objeciones, el nombre le hacía importante en su propia casa.

Fue durante unas vacaciones de verano cuando tuvieron que realizar un cambio en el tratamiento del cabeza de familia. Su mujer no le hablaba de usted, a eso se negó, por mucho que insistiese el comisario, «sería la guinda del pastel, cariño mío», le dijo más de una vez. En el hotel, su esposa le hablaba como en casa: «Come algo de pan, comisario Sanz», «no comas más helado, comisario Sanz», o «no te metas en la piscina hasta que no te haga la digestión, comisario Sanz». Este hecho llamó la atención de unos niños que solían sentarse cerca de ellos en el comedor del buffet y que a todas luces debían ser hijos de delincuentes analfabetos. Hubiese apostado a que fueron sus padres, esos tutores de polígono con los que estaban, quienes les dijeron que le tirasen guisantes, patatas fritas e incluso calamares a la romana, y acompañasen los lanzamientos con gritos infantiles de «pasma», «madero», «polizonte», o «mono, cabrón». Fue preciso que interviniese el director del hotel, quien no encontraba el modo de hacer callar a los chavales ni de que los padres asumiesen

la influencia en su comportamiento. Se suavizó el asunto cambiando a la familia del comisario de ala en el hotel primero, y a otro hotel de la cadena más tarde. «Cariño, llámame señor Luis, quiero decir, Luis a secas», le dijo a su mujer mientras deshacían las maletas en la nueva habitación alegando que era por motivos de seguridad, de una circular que hablaba de no revelar identidades. Esto y que su hija de trece años acudiese a unas sesiones con una psicóloga, hizo mucho bien al ambiente familiar de Luis Sanz.

Esa mañana comenzó como casi todas: firma de documentos, revisión de informes, planificación de prioridades y trabajo administrativo. Era meticuloso en cuanto a las tareas burocráticas, pero lo que no le gustaba nada eran las llamadas de teléfono por alguna tontería como anexos mal cumplimentados, cuadrantes de asignación de agentes o cosas similares. Las llamadas de superiores, por lo general, eran para hacerle algún reproche y por lo tanto muy molestas. Él era el comisario, ¿por qué tenía que dar explicaciones a nadie? La palabra comisario era sinónimo de jefe, o por lo menos eso le dijo el director general en la toma de posesión del puesto: «Ahora es usted el jefe». Si transcurrían unos días sin que ningún subdirector, consejero o delegado marcara su número, se inquietaba. Algo malo debía estar a punto de suceder. Conciliaba mal el sueño y comía con desgana. «¿Qué te ocurre, comisario Sanz, digo... Luis?», le preguntaba su mujer, que nunca se acostumbró del todo a llamarle por su nombre, «no lo sé, tengo un malestar... como si algo malo fuese a pasar», contestaba siempre él. Cuando le llamaban porque habían pegado a un detenido, por disparos o abusos de autoridad, aunque tampoco le gustaba, lo entendía y siempre dio la cara por los agentes que estaban bajo su mando, confiaba en su absoluta integridad como policías. Las llamadas por esas situaciones se producían a menudo. La mayoría de los delincuentes acusaban a la policía de todo tipo de actos de discriminación con personas y otros

seres vivos. Cuando los hechos se demostraron ciertos, los agentes implicados no volvieron a pisar su comisaría. Lo que nunca admitiría en público es que en alguna ocasión justificó, en privado, a agentes que usaron una fuerza no autorizada en la detención de sujetos del todo indeseables. La noche anterior no durmió bien y apenas tenía apetito en el desayuno. Miró el teléfono de reojo.

Más o menos a la misma hora a la que había llegado el comisario al trabajo, llegó Ernesto Salgado a su casa. Su mujer, a punto de sufrir una crisis nerviosa y la asistenta en estado normal, le esperaban en el jardín. La señora era partidaria de salir hasta la entrada de la urbanización, pero la criada, como le gustaba decir a Salgado, demostrando buen criterio e interés por la familia, le aconsejó no llamar la atención en ese estado, «si es algo malo cuanta menos gente lo sepa, mejor», dijo. La mujer de Salgado, tras reflexionar un instante, no tuvo ningún argumento en contra y conforme pasaban las horas apuntó mentalmente una gran lista con los beneficios que podría obtener al actuar así, desde luego, siempre que hubiese ocurrido algo malo. El pasado de su marido como cliente de clubs de carretera, que ella supiese, había quedado atrás, «me he curado, mi amor», decía él. Más de veinte llamadas sin contestar, algo debía pasarle a su móvil.

Cuando despertó, tirado entre la acera y el césped, Ernesto Salgado escuchó una extraña música, voces de mujeres y risas junto a él. Tardó un segundo en recordar que le habían cortado un dedo, palpó a su lado buscando la bolsa de hielo, pero no estaba. Se incorporó para ver cómo un coche con un gran y extraño dibujo en la parte trasera se alejaba por la avenida dejando tras de sí el eco de una horrible y escandalosa música. Ahora sí que tendría que vivir con diecinueve dedos. Adiós al manejo de modernos dispositivos táctiles y amenizar veladas con complicados instrumentos de cuerda. Sopesó no aparecer por su casa en varios días, aunque se fue ablandando a medida que ingería más whiskies con hielo. Es cierto que los tres primeros fueron obligatorios, así se lo recetó el dudoso doctor que arregló la herida, colaborador de su interesado amigo Félix Cadenas. En el chiringuito que Cadenas tenía junto al río, El

Molino, se podía arreglar cualquier cosa a cambio de una cifra de dinero que Cadenas en persona presupuestaba de forma concienzuda. «No quiero engañar a nadie», decía cuando mostraba el presupuesto por sus gestiones de seguidor o por trabajos directos. En este caso, y debido a la urgencia de la situación, el precio estaba bastante ajustado: «Desinfección y cosido de herida de varón de 61 años, sin patologías a tener en cuenta, por amputación de meñique de la mano izquierda. Sin posibilidad de reimplante por extravío del miembro amputado Total, 2.700 euros y absoluta confidencialidad (IVA incluido) Cadenas tenía recursos para todo.

Después de la operación practicada en la sala de curas del chiringuito y de una hora convaleciente, Salgado se animó y siguió con el whisky. «No se preocupe, es normal que quiera beber», le dijo el cirujano, «le dolerá unos días, pero hay que reconocer que estaba bien cortado. Cuando se le pase la borrachera tome usted estas pastillas, una cada ocho horas». El resto de la noche pasó rápido.

Salgado pidió al taxista que parase dos chalets antes del suyo para no despertar a su mujer y poder pasar desapercibido hasta su cama. Su futuro se planteaba incierto, él nunca fue aficionado a trabajar con las manos. No recordaba para qué usaba exactamente el meñique de la mano izquierda, pero contaba con ese dedo. Cuando abrió la puerta de la entrada con mucho sigilo, supo que sus dolores no habían hecho más que empezar. La mirada de su mujer y la pasividad de la asistente le marcaron el camino a seguir: era un mártir. En dos segundos arrancó a llorar, se hincó de rodillas en el camino de grava que llevaba a la puerta y alzó la mano vendada para que la viese su mujer, que rápidamente se acercó para abrazarle y levantarle mientras la asistente le miraba impasible.

—¡Dios mío! —exclamó Salgado al cielo.

—¡Dios mío! —gritó su mujer mientras le ayudaba a levantarse del suelo sin perder de vista las ventanas de los chalets cercanos—. ¿Qué ha pasado, Ernesto?

—¡Ay, Dios, Dios! —Salgado no perdía de vista a la criada.

Cuando colgó el teléfono, el comisario Sanz ya no tenía ninguna gana de tomarse la cerveza y las croquetas del almuerzo, ese día no bajaría a la cafetería y los dos próximos puede que tampoco. «Jodido teléfono», pensó, «jodido Del Río». Descolgó y observó por el cristal de su despacho, uno a uno, al personal que estaba en ese momento en la oficina grupal dudando a quién llamar. Los estados de malestar y agobio era mejor repartirlos entre más personas. Los agentes tenían problemas de continuo: carga de trabajo, conciliación con la familia, cambios de turno, trapicheos... Ellos sabían perfectamente cómo gestionar el estrés, además, recibían cursos sobre el tema. Fijó su mirada en una agente de unos 50 años y marcó la extensión.

—Busque al inspector Del Río, llámeme, vaya a su casa o su pueblo, me da igual, pero quiero que venga aquí inmediatamente. ¿Entiende?

—Sí, comisario Sanz, enseguida voy —contestó la agente en un tono que a Sanz le pareció demasiado tranquilo para el estado de tensión que pretendía provocar.

—En seguida no, ¡ya! Deje lo que sea que esté haciendo y localice a Del Río —repitió en tono más alto.

—De acuerdo, comisario Sanz, voy enseguida.

—¡Pero es que voy a tener que salir! —gritó y colgó el teléfono. No estaba seguro de haber repartido ningún estrés.

La agente se levantó con parsimonia, guardó sus papeles, se colocó el uniforme y se perdió escaleras abajo. El comisario seguía sin apetito.

David Herrero durmió a pierna suelta. Después de esconder la furgoneta en el lugar habitual y borrar pistas, llegó en su coche a casa, una ducha, y se relajó con la televisión: el funcionamiento de un acelerador de partículas. Aunque ya lo había hecho en más ocasiones no se fio nunca de ninguno de sus deudores, ni por supuesto de Salgado. Nadie le había denunciado, todos eran despreciables, pero se preocupaban por la familia. Esa era la clave. En el momento en que veían en peligro a su mujer, a la que engañaban a diario, y a esos hijos, de los que no sabían ni en qué curso estaban, se concienciaban de la posible visita de los hombres que les mostraba David frente a sus casas, en la puerta del club de lectura al que iban sus mujeres, en los campos de entrenamiento de los niños... y se hundían. Las cifras de dinero que les pedía, asumibles totalmente para ellos, también contribuían a que olvidasen el asunto. Lo de los dedos era algo más delicado, algunos se lo tomaron muy mal. No era el caso de Salgado, que había colaborado en todo lo que le pidió y no generó ningún problema: «Ejemplar este hombre», pensó David. Cenó algo ligero, siempre le quedaba algo de tensión en el estómago. De lo que no había ni rastro era de remordimiento. Por encima de todo, David Herrero nunca se consideró un delincuente, solo cogía lo que era suyo. Este aspecto, sobre el que dudó al principio, quedó confirmado después de la primera vez que lo hizo, tras analizar las causas, las motivaciones y sobre todo los destinatarios de sus acciones. Es cierto que había perdido cierta humanidad y las formas se habían vuelto más rudas, «es por la especialización y realizar las tareas de forma mecánica», reflexionó. Aparte de eso, no creía que ninguna de sus víctimas tuviese argumentos para quejarse por el trato recibido. Recordaba la primera vez que cortó un dedo, fue al ex director de una Caja de

Ahorros. Le expuso los hechos de una forma didáctica: por qué debía darle ese dinero, que los gastos que le habían generado el preparar todo también debía pagarlos y el necesario castigo del corte de un dedo. Le preguntó si era diestro o zurdo, como haría después con todos para que la pérdida les planteara los mínimos problemas en el futuro. Les garantizaba la entrega del dedo y su conservación con la posibilidad del reimplante si así lo decidían. Incluso para las amputaciones era educado: «Por favor, ahora coloque usted el dedo meñique entre las hojas de estas tijeras», les indicaba como en un tutorial de bricolaje; «mantenga el dedo quieto y relajado, ya que si lo mueve el desgarro dificultaría su reimplante, si es que usted decide llevarlo a cabo». Si en un principio no había contemplado la posibilidad de devolver los dedos, tras varias reflexiones, concluyó que tales apéndices no eran suyos y, por lo tanto, se los entregaría a sus dueños legítimos, quedando a su criterio el hacer con ellos lo que estimasen oportuno. Se tomaba la molestia de comprar hielo y conservarlo en una pequeña nevera, imprescindible esto para que los posteriores cosidos se realizasen en buenas condiciones. Nadie le podría acusar de provocar daños irreparables. Después de comprobar las desiguales reacciones de los afectados necesitó modificar sus procedimientos de trabajo. Ninguno de esos asquerosos corruptos entendía lo que les explicaba, algunos se negaban a darle esa, para ellos, insignificante cantidad de dinero y, por lo general, muy pocas víctimas estuvieron dispuestas a colocar el dedo entre las hojas de las tijeras de podar sin tener que recurrir a métodos más convincentes. Sin ninguna duda, el momento del corte era el más delicado. Tuvo que perfeccionar las técnicas de sugestión sin tener que recurrir a la violencia extrema, él no era una persona violenta.

Se levantó fresco y temprano, le quedaba más de una hora para ir trabajar. Miró la tabla para hacer flexiones, de pie, junto al mueble del salón, y decidió encender el ordenador y la televisión. «Vamos a

hacer algo más productivo», decidió. Abrió una carpeta con las iniciales «JR» escritas a lapicero. Dentro, fotografías de calles de un polígono, la entrada a la empresa Romero Holding y un recorte de revista en el que se veía a Juan Romero vestido de cazador con un pie encima de un tigre poco alimentado y, por su aspecto, de edad avanzada. David dio un sorbo al café, hizo un hueco en la mesa de trabajo y puso la taza encima de la foto del cazador.

—Su turno, corazón negro.

Abrió un programa de edición de fotografía y buscó información en la carpeta de Juan Romero, el instituto de su hija: Colegio Privado San Jorge Encadenado. Desde internet copió una imagen de la entrada del instituto en la que aparecían estudiantes en ropa de verano entrando y saliendo. Abrió otra carpeta con el nombre de «Ayudantes» en la que había tres imágenes: el hombre del tatuaje de la serpiente en el cuello, el pequeño de las grandes gafas y una composición, editada y sin fondo, en la que estaban los dos juntos exactamente en la misma postura que tenían en la imagen frente a la casa de Salgado. Pegó la imagen de los dos hombres en la fotografía del Instituto, retocó el tamaño, la luz, textura, e hizo clic en guardar. «La verdad es que dan miedo», reconoció.

David necesitó hacer dos cursos de edición de fotografía y vídeo para que los resultados fuesen totalmente creíbles. El precio de las dos acciones formativas los incluía en el apartado gastos de las facturas que cobraba con el epígrafe «otros». En esta actividad, que no era laboral en sentido estricto, no le interesaba que nadie supiese nada acerca de sus conocimientos ni titulaciones. Los primeros ensayos que hizo por su cuenta, pensando que no sería complicado, dejaban mucho que desear y vio muchas probabilidades de que alguno de esos avispaditos con los que tendría que tratar pusiese pegas respecto al tamaño, la iluminación o cualquier otro aspecto técnico, aunque la verdad es que la mirada se dirigía de forma inmediata a los dos

sinistros sujetos. «¿Quiénes serán?», se preguntaba en ocasiones. Pero, sobre todo, esperaba que esos hombres nunca llegasen a tener conocimiento de las imágenes y el tratamiento que se hacía de ellas, se temía que su primera reacción no sería poner una reclamación ante la Agencia de Protección de Datos.

Miró la hora y se levantó rápidamente para ir a su verdadera e insatisfactoria actividad laboral con la que complementaba su salario.

El comisario Sanz no dejaba de pensar en lo mal que iba a comer en los siguientes días. El domingo tenía lechazo, lo llevaba esperando toda la semana. Había movilizó a dos agentes más en la búsqueda del inspector Del Río. Estos sí que parecieron inquietarse, ya que la petición les pilló en un pico de trabajo. Se habría sentido un poco mejor si no fuese por la visión del cordero en la fuente de barro saliendo del horno.

—Quesada, por favor, tráigame un cortado —pidió el comisario por teléfono y se preparó.

Cuando Sanz vio aparecer a Del Río por la escalera sintió que todo iba a mejorar, le iba a hacer un traspaso de estrés ejemplar. Se puso las gafas, se acercó a la ventana y esperó la entrada del inspector, que ante su sorpresapaso de largo saludando a diestro y siniestro. Sanz abrió apresuradamente la puerta.

—¡Del Río! —le llamó en voz más alta de lo normal, provocando que todo el mundo le mirase. Carlos del Río se detuvo en seco, dio media vuelta y vio como el comisario le hacía un gesto con el dedo índice.

—Cierre —ordenó el comisario sin dar tiempo a Del Río a saludar—. Siéntese.

A punto de cerrar la puerta entró en silencio el agente Quesada con el café, lo dejó en la mesa del despacho, saludó a Del Río con un arqueó de cejas y simulando un silbido, vio al comisario, junto al ventanal mirando a la calle y se fue sin hacer ningún ruido.

—Buenos días —dijo Del Río sin demasiado énfasis, recibiendo un murmullo por saludo.

Se temía que el momento no era adecuado para sarcasmos. El comisario, se mantuvo un momento en silencio ojeando lo que

asemejaba un informe, a la vez que parecía reflexionar mirando la calle. «¿Qué querrá?», pensaba el inspector Carlos del Río. Se le ocurrían varias cosas relativamente mal ejecutadas esa semana por las que le podría haber llamado en ese tono y recibido con esa actitud. Ese hombre era amanerado, exigente y un tanto borde, pero por lo general estaba al lado de los trabajadores. Del Río removi6 el caf6 y dio un sorbo. Puede que estuviese dando un paso, subiendo un escal6n en su carrera, con lo que la defensa de los subordinados en breve pasaría al olvido. En todo caso sería mejor escuchar, estar prevenido y no pasarse de listo.

El comisario se gir6, se quit6 las gafas y se apoy6 en la mesa a una distancia prudencial del inspector, aunque a este le pareció poca. A pesar de que no le tenía ningún miedo y en general estaba perdiendo el respeto a casi todo desde hacía un tiempo, seguía teniendo clara la cadena de mando, y él era y se consideraba policía de vocaci6n.

—Mire, Del Río, usted me cae bien, es buen policía, buen compaño, organizado, va a lo seguro. No da..., no daba problemas —Del Río escuchaba sin hacer ningún gesto—. He sido muy tolerante con todos, y con usted en especial, por su buen trabajo, le repito.

—Se lo agradezco, comisario Sanz —intervino Del Río aprovechando una pequeña pausa y presintiendo que el discurso iría a peor—, pero desconozco qué ocurre exactamente.

El comisario se gir6 de nuevo hacia la ventana y el inspector dio otro sorbo al caf6. Sanz volvi6 a la mesa y esta vez se apoy6 un poco m6s cerca del inspector.

—Entiendo su situaci6n, su mala hostia, su inversi6n en aquellos terrenos para el circuito, claro que lo entiendo, todo lo que perdi6 en la operaci6n —expuso el comisario, que estaba comenzando a pensar que debía haber empezado con m6s dureza el

proceso de transmisión de sus penas—. Su dinero y propiedades. Pero, Del Río, se está usted pasando.

Del Río se encogió de hombros.

—Se ha salido varias veces de las líneas de investigación asignadas, no le voy a enumerar todas porque, si le digo la verdad, con algunas de sus actuaciones estoy de acuerdo y nadie me ha llamado por ello.

—¿Por lo del kebab? —interrumpió Del Río—. No me quedó más remedio que dejarles las cosas claras.

—¿Qué kebab?, ¿qué dice? ¿A qué se refiere? —preguntó el comisario extrañado.

—Es un tipo de comida oriental y hay restaurantes...

—¡Ya sé lo que es un kebab! No me lo cuente, no quiero saber lo que hizo en ese sitio. Pero vamos, que está haciendo usted lo que le da la gana. Mire, Del Río, ya sabemos que son unos corruptos, unos cabronazos... pero van a ir a juicio. Ya no son nuestros, deje trabajar a la fiscalía y a los jueces.

—Nosotros detenemos delincuentes —sentenció Del Río.

—¡Pues estos delincuentes no! ¿Entiende?, ¡estos no! Si no les sorprende en un atraco a un banco apuntando a la cajera embarazada con una pistola o vendiendo droga directamente a los niños que salen de catequesis, ¡no haga nada! ¡Joder! —Del Río le estaba poniendo más fácil el cordero del domingo. Sanz se volvió al ventanal para dar un poco de suspense y para ver si Del Río hablaba, movimiento este que el inspector aprovechó para dar otro sorbo al café.

—Estuvo usted en una urbanización de la sierra —prosiguió el comisario—, en el chalet del ex alcalde Juan Romero. No lo niegue, estuvo allí. Ese hombre tiene muchas acusaciones y juicios esperando, ¡hombre! Está bajo sospecha perpetua, vaya usted a saber si le está vigilando hasta el CNI.

—No niego que pasé por allí —ratificó el inspector—, hubo un

aviso de una llamada anónima, posibles sospechosos controlando chalets en la urbanización, estaba cerca por lo del kebab y acudí.

—Algo así le he dicho yo esta mañana al mismísimo delegado del Gobierno.

—¿Cómo es posible?, usted no sabía que yo estaba en el kebab...

—¡Lo de los sospechosos, leches! —dijo el comisario a punto de perder los nervios—. Pero fíjese, Del Río, ese hombre, Romero, sabe de memoria los números de las matrículas de nuestros vehículos camuflados, no me diga por qué, ni cómo. Es increíble, pero las conoce, incluso las de los coches que están ya en desguace. Por lo que me han contado tiene una especie de memoria fotográfica, cosa que lee, cosa que se le queda, ¡vaya elemento! Vio su coche por la ventana y, ¡bingo!, la policía judicial vigilándole.

—Solo pasé por allí, no detuve el vehículo.

—No arruine su vida, Del Río, no quiero ninguna estupidez más. Podemos fastidiar un proceso judicial o una sentencia. Esta gente se las sabe todas... se llaman los unos a los otros... Vuelven a llamarse, deciden poner un mensaje a alguien que envía un correo a un tipo que se lo reenvía a otro, este coloca su mano en la mandíbula, piensa, y decide que la culpa la tengo yo, y entonces me llaman a mí.

—Fue por su seguridad —dijo Del Río intentando arreglarlo sin mucha convicción—, podrían conocerle por las noticias y robarle o algo peor.

El comisario se volvió otra vez a la ventana con las manos atrás. Del Río terminó el café y tiró el vaso a la papelera.

—Resumiendo, no me joda, Del Río. Si vuelve a ocurrir no daré la cara por usted. Siga con el trabajo —dijo el comisario descolgando el teléfono.

—Quesada, ¿me trae el café o no? —preguntó el comisario mientras Del Río salía del despacho sin despedirse.

CAPÍTULO II: Última.

7

«Foreverline cuida a sus empleados y empleadas», era el lema que lucía en el metacrilato que había en el vestíbulo tras el mostrador de recepción de la fábrica. Más de la mitad de los rotuladores que se utilizaban en la región se fabricaban allí. Hacía ya tres años que la dirección inició un ambicioso proyecto de certificación en normas de calidad que abarcaba la puesta al día en materia de Prevención de Riesgos Laborales; una potente y modélica Evaluación de Impacto Ambiental, con un apartado extra para la sensibilización del personal; una exhaustiva auditoría que incluía una Evaluación de Impacto para la Protección de Datos Personales, y un Plan de Igualdad de Género, que no era obligatorio por número de empleados, pero que la consultora, a criterio de la dirección de la fábrica, incluyó en el pack. Los estrictos requerimientos de los diferentes planes tuvieron que reducirse sobre la marcha, ya que hubo un momento en el que era imposible fabricar ningún tipo de material de escritura. Reuniones diarias, sesiones interminables de formación, equipos de protección individual colocados en las partes más inverosímiles del cuerpo, contenedores de reciclado por todos los rincones, carteles con normas y vocabulario de género que dificultaban la manipulación de las máquinas y el almacenaje de productos y maquinaria que comenzó a funcionar con energía solar, hicieron que apenas hubiese rotuladores para enviar a los clientes. Por no hablar del crecimiento de la plantilla: había turnos en los que

trabajaban diez personas y, otras veinte, vestidas con monos, gafas, máscaras con filtros y guantes de nitrilo, se dedicaban a apuntar números de serie, latidos de corazón, la cantidad de veces por hora que se agachaban los operarios y operarias y los pasos que daban adelante y atrás. Controlaban la concentración de partículas cada cinco minutos. El personal debía pesar todos los restos de materiales sobrantes en cada lote para cumplir con las cantidades de reciclaje, lo que provocó que muchas personas tirasen capuchones, tubos de minas o cajas nuevas para que el lote cumpliera con las cantidades de residuos industriales que debía generar y pudiese darse de paso. Desde el extranjero, Irma Hoffmann, la dueña de la fábrica, recibía los informes y las actas de las reuniones que enviaba la directora y veía en la página web todo este conglomerado de acciones y un montón de escudos y emblemas de certificación, por lo que estaba contenta del ejemplo que daba este pequeño apéndice de su imperio industrial. O por lo menos lo estuvo el primer año, hasta que le llegó la cuenta de resultados. La señora Hoffmann decidió volar hasta la pequeña y modélica Foreverline para que alguien le explicase por qué en la única fábrica de rotuladores y material de escritura en seiscientos kilómetros a la redonda, con la maquinaria más moderna del mercado y con una lista de clientes asombrosa, había jornadas en las que fabricaban once rotuladores. «No llegan ni para una caja básica de las escolares», pensó, «¿y esa fábrica, tiene helipuerto?», preguntó.

Llegó en un monovolumen con los cristales tintados acompañada de dos mujeres directivas de la empresa matriz. La directora insistió en que todos los trabajadores y trabajadoras estuviesen en ese turno para recibirla como Dios manda y hacer un pasillo a su paso. El Departamento de Recursos Humanos, tras una reunión que se prolongó nueve horas, decidió dejar libertad de actuación al personal. Esa reunión fue el punto en el que se quebró la relación, hasta

entonces cordial, con los sindicatos.

El operario especialista David Herrero tuvo turno esa mañana y pudo ver el gesto torcido de las figuras centrales de la procesión. En una reunión que duró ocho minutos y en la que quedó fuera todo el mundo excepto Hoffmann, sus acompañantes y la directora de la fábrica, se redactó el comunicado que serviría como política de empresa y como nuevo lema en los siguientes ejercicios: «Foreverline cuida a sus empleados y empleadas y fabrica rotuladores y otros utensilios destinados a la escritura». Después de esta breve y trascendental reunión para el futuro de Foreverline, la relación con los sindicatos quedó herida de muerte. El chófer y un guardaespaldas que la acompañaba repartieron entre el personal unas chocolatinas con forma de rotulador que amenizaron los tensos momentos de espera e hicieron las delicias del personal. Con gestos desprendidos dejaron en recepción la caja con las piezas sobrantes.

Desde la matriz se programó un ambicioso plan de ahorro y recuperación que incluía, entre otras cuestiones, el aprovechamiento del cartel del vestíbulo, añadiendo por imitación de la tipografía la nueva y vital frase. El personal que no fabricaba nada prácticamente desapareció: «Únicamente lo que exige la legislación», repetían la directora y el encargado. Se reciclaron los contenedores de reciclaje de residuos para almacenar producto válido y no conformidades de las líneas de producción. Una gran cantidad de mascarillas, guantes, pantallas faciales y demás equipos de protección individual se venderían más adelante a un empresario de hostelería de la misma ciudad, que no poseía ninguna industria que se supiese, pero que estaba convencido de sacar partido al material ese mismo invierno. Quedaba en el aire un aspecto delicado y que afectaba directamente a David: el Plan de Igualdad de Género. Se decidió no despedir a los cuatro trabajadores del masculino, como muestra de buena voluntad y para constatar que Foreverline era una empresa puntera y moderna.

Fue gracias a esto último por lo que David consiguió el trabajo en la fábrica, ya que en un principio solo trabajaban mujeres y un hombre. Un Plan de Igualdad de Género en esas condiciones no era viable. David fue el segundo de su género a quien contrataron hacía ya más de dos años. A él lo que le interesó fue la ubicación de la fábrica, su proximidad a la ciudad y a varios de los domicilios de las personas que conformaban su lista de deudores. Aunque la verdad es que siguió trabajando allí por la operaria especialista Clara Madruga.

Clara era la libertad en persona. Solo necesitaba lo justo para sobrevivir y parecía que lo hacía casi sin pretenderlo. David seguía manteniendo amigos de la infancia y de la universidad, pero pasaban sin verse y sin hablar lapsos de tiempo demasiado largos para poder demostrarlo. Sin embargo, estaba seguro de que Clara y él habían forjado una sincera amistad. El día en que fue consciente del lazo que les unía sintió cierta tristeza, se había dado cuenta hacía un tiempo de que estaba enamorado de ella. Tuvo que reconocer que, desde el primer día, cuando la vio colocar un capuchón en la línea de montaje y al final del turno ella se quitó todos los equipos de protección que llevaba encima, vio su cara, su pelo alborotado y su sonrisa levemente torcida, le gustó.

La fábrica de nuevo era ruidosa, del mismo modo que se habían acostumbrado al silencio, lo hicieron otra vez al ruido, ahora al menos tenía sentido ponerse tapones. David no escuchó a Clara llegar por detrás para darle un golpe en el codo justo cuando iba a colocar un capuchón a un marcador fluorescente: «¡Espérame antes de irte!», le grito al oído. El encargado, a través del cristal de su despacho con su carpeta colocada a modo de escudo, y la recepcionista desde la puerta, observaron la escena.

La mujer de Juan Romero miraba con atención desde la ventana del salón cómo su viejo jardinero cortaba las ramas secas con unas tijeras de podar. Sintió un escalofrío. Laura estaba revisando las cortinas del ventanal, estirándolas, plegándolas, orientándolas al sol desde diferentes ángulos y oliéndolas en diversos lugares de la tela.

—¡No me gustan!, te lo dije, Juan, se pasarían rápido. Y las de los dormitorios tampoco las quiero —le dijo a su marido, que bajaba las escaleras hacia el lujoso salón decorado con escaso gusto.

Juan Romero guardó el móvil en un bolsillo y se subió el pantalón del traje luchando contra su barriga, que intentaba lo contrario.

—¿Qué ha pasado? —le dijo para demostrar que no le prestaba atención—. ¿Vas a cambiar las sillas?, mi butaca ni tocarla —dijo Romero con el índice levantado.

—Las cortinas, Juan, y la tapicería creo que también se podría cambiar.

Romero las miró de pasada y las tocó de camino hacia la puerta. Cogió un bolígrafo de una mesa y escribió en una libreta.

—Esta es la dirección y el teléfono de la empresa que instaló las cortinas.

—¿Cómo lo sabes? Si fue el año pasado.

—Porque me fijé en la furgoneta —respondió Romero y le dio un beso en la mejilla—. Hay que fijarse en las cosas, ¡coño! Estoy harto de obras. ¿El tío de internet?, supongo que ya habrá terminado.

—No te enteras, Juan —aclaró la mujer—. Terminó hace unos días, pero no ha mandado la factura, ¡qué raro! ¡Ah! La niña se va al Club de Golf, ha quedado con el hijo de Salgado. ¿Y Ernesto?, ya no creo que vuelva a jugar.

—¿Y eso, por qué? —preguntó Romero antes de salir al porche.

—Por el dedo.

—¿Qué dedo? —Romero seguía bajo la puerta abierta.

—Se ha cortado un dedo de cuajo, me ha llamado Carol esta mañana. Cortando los matorrales del jardín o algo así.

Romero cerró la puerta de salida y volvió al salón.

—¿Y quién le manda ponerse a hacer bricolaje?, se estará haciendo viejo.

—Y escucha —se sentó, y le hizo un gesto a su marido para que se sentase a su lado, pero él declinó—, dice que el dedo se lo llevó un ave rapaz.

—¡No me jodas! —exclamó Romero sentándose—. Un ave rapaz... ¿un águila, un halcón o qué?

—No lo sabe, no las distingue, tamaño grande y rapaz me ha dicho. Rapaz, seguro. Si la hubieses visto tú, recordarías hasta del número de la chapa.

—¿A qué chapa te refieres?

—Todos esos animales llevan chapas —le aclaró Laura—, se las pone Adena.

—Tú sí que eres de Adena. Bueno, ya le llamaré luego —dijo Romero encaminándose a la puerta de salida—. Comeré fuera, si sales a comprar, todo en efectivo. Y no te pases.

En el jardín delantero, el anciano jardinero seguía cortando hierbas, ramas y flores secas. Romero se dirigió hacia él.

—Fermín, el domingo te vienes un ratito y cortas toda esa zona, que está muy fea, hombre —Señaló Romero un conjunto de arbustos junto a la tapia de la entrada.

Fermín dejó las tijeras en el suelo, se incorporó con lentitud y para cuando se dio la vuelta y fue a responder, Romero estaba ya cerca de la puerta.

—Sí, sí, un ratito el domingo, que no cuesta nada, y te puedes llevar las cortinas del salón —dijo mientras salía—. Ya verás tu mujer, cómo se pone de contenta.

El viejo jardinero volvió a girarse con la misma lentitud y se fijó en las gigantescas cortinas del ventanal preguntándose el grado de satisfacción que tendría su esposa al ver semejante telar.

David esperó a Clara dentro del coche. El plan de igualdad determinó en su día que los vestuarios se dividiesen exactamente en dos partes iguales. Se instalaron el mismo número de duchas, lavabos y sanitarios, con vistas a conformar con el tiempo una empresa paritaria, exactamente todo al 50%. Así, los cuatro representantes del género masculino salían antes del trabajo, como muy pronto seis minutos. Ese fue el tiempo máximo que fijó la dirección para mantener la luz y la calefacción encendidas en la zona de vestuarios al término y comienzo de cada turno.

—¿Me llevas? —preguntó Clara asomándose por la ventanilla.

Desde que le retiraron el carnet solía llevarla Rita, una compañera con la que salía de fiesta en ocasiones y que no era del agrado de David. El permiso se lo quitaron por conducir a través de un parque público. «No se veía bien, había un camino de tierra y me metí», le dijo a la patrulla que la detuvo. «¿Y las señales?, ¿tampoco las vio usted?», preguntó uno de los agentes, a lo que Clara respondió que efectivamente vio señales, que había un montón de ellas con flechas y símbolos apuntando en todas direcciones y mal colocadas. Las tres cervezas que había bebido ayudaron a que el aire que insufló para la prueba se transformase en un positivo. Para ella no fue problema, ya que igual que iba a los sitios en su coche, dejó de ir en él. La llevaban y traían, iba andando o en transporte público, pero no dejó de hacer nada que fuese a hacer ni llegaba tarde a ningún sitio. David no tenía duda, era una mujer asombrosa.

Ese día Clara no iba a su casa, pasaría la tarde con una amiga de la facultad y saldrían por la noche. Animó a David a que se uniese a ellas, «va a ser algo tranquilo», le dijo, ya que sabía que a David no le convencería con discotecas, locales de moda ni líquidos con dos

cifras de graduación. «Tengo cosas que hacer», se excusó rechazando la invitación. El exceso de bebida una noche que salió con Clara fue lo que hizo que desvelase a la chica sus actividades. Ella y las once personas que habían perdido el dedo y pagado 2.100 euros más los gastos generados, eran los únicos que lo sabían, o eso esperaba. La policía jamás le había molestado, nunca vio, escuchó o leyó nada en las noticias, y nadie en nombre de ellos le amenazó. Recordaba vagamente la reacción de Clara esa noche, también que no habló de todos los detalles y que, desde luego, no le dijo nada de los dedos. Aun así, cuando hablaron alguna vez del tema, Clara no parecía darle demasiada importancia, se preocupaba porque a él no le pasase nada malo, que no le detuviesen y, sobre todo, que dejase de odiar, de amargarse con ese asunto, que lo diese por terminado y se dedicase a vivir, feliz o no, con lo que tenía. Para David era un contrato, y por tanto una obligación inexcusable. Una vez se acostumbró a hacerlo, perfeccionó el método, comprobó la eficacia de sus virtuales ayudantes para disuadir de las ideas de denuncia e hizo balance de los resultados, siempre positivos para él, no se encontró mal en ese ecosistema. Nunca pensó que sirviese para ese tipo de trabajos, pero tenía que recuperar lo que era suyo y para eso sí estaba preparado. El contrato que estableció consigo mismo era claro: cobraría como fuese los dos mil cien euros que percibía como salario en el estudio de arquitectura en el que trabajaba antes de que un fondo de inversiones lo adquiriese para cerrarlo y construir un centro de ocio con la mediación de los políticos del municipio, directivos de cajas y bancos y la inestimable ayuda sindical. Añadió lo del corte de un dedo como algo personal, un pequeño castigo físico, ya que la cifra no era importante y las penas que les impusieron a los que fueron juzgados habían sido, a su modo de ver, vergonzosas para la cantidad de vidas y sueños que habían destrozado. El cierre del estudio supuso además que no pudiese

pagar la hipoteca de la casa de sus padres, que él mismo había avalado con su nómina y que perdieron a manos del mismo fondo. Se quedaron con la casa como represalia por las demandas que David interpuso a través de un bufete de abogados que jamás llegó a denunciar en plazo, se lavaron las manos y le cobraron el poco dinero que tenía ahorrado. Fue entonces cuando David decidió frenar todas las acciones legales de Adolphson, Mostkovitch y ese maldito abogado nuevo que se asoció al bufete, Eugenio Bazo. Recuperaría el dinero por su cuenta. Había perdido el trabajo para el que se preparó siete años de su vida, la casa de sus padres, los ahorros y el futuro. Lo primero que comenzó a recuperar fue la ilusión, un motivo por el que se levantarse de la cama. Una vez rotos los lazos con los abogados y despejada su cabeza de opciones legales, el plan comenzó a tomar forma. El dinero a cobrar, el modo de hacerlo, cómo meterles el miedo en los huesos y evitar las denuncias, la apariencia que debía dar... Le restaba más de un año de contrato en el estudio de arquitectura mas cuatro pagas extras, aparte de que la renovación era segura.

Le parecieron muchos golpes que dar y salir indemne, aunque solo fuese por una cuestión estadística. Así lo leyó en el blog «Delincuentes infravalorados», del que sacó las imágenes de sus cómplices. Según dicho blog, hasta en cinco ocasiones podría tener problemas graves. El autor había desarrollado una aplicación informática que valoraba una gran cantidad de parámetros, como el tipo de delito (primeramente, se dividían entre resultado de muerte/no muerte, para después profundizar en aspectos como tortura o primeros auxilios si fuesen necesarios por víctima equivocada); cantidades ideales a robar (cuando se trataba de robos); acciones violentas/grado de violencia y armas utilizadas (sonoras o no); volumen de sangre previsto; ubicación y tránsito de personas en la zona, además de climatología, ruta de escape, vehículos y métodos

de eliminación de pruebas a utilizar. Desde luego era un software muy completo, le sirvió para afianzar conocimientos y calcular las posibilidades de éxito. Aunque el precio era atractivo e incluía actualizaciones, utilizó siempre la versión de prueba, no quiso instalarlo. Desde que vio el blog y leyó el tutorial pensó que las fuerzas de seguridad podrían controlar las IP de las descargas. Durante una temporada comenzaron a aparecer en su monitor recuadros con publicidad de escopetas, machetes, arcos y ofertas de munición que le preocuparon en exceso. El autor desarrolló con los meses una aplicación para Smartphone, pero ni mucho menos era tan completa. Descartó algunas de las acciones que el programa calificaba con un 85% de fracaso y reestructuró todo. Al poco tiempo el blog de «Delincuentes infravalorados» empezó a reflejar opiniones negativas de los internautas, sobre todo de familiares de delincuentes que ingresaron en prisión: «Es un timo», «la venta de droga en la calle no salía como opción y a mi mujer le han caído cuatro años», «éramos cuatro y solo detuvieron a mi hermano», «las actualizaciones tardan en llegar», escribía otro usuario afectado. David decidió que seguiría con su método.

Desde el momento en que David dijo «cosas que hacer», Clara supo a lo que se refería. Él no hablaba de esa faceta, pero si salía el tema no se escondía. La chica sabía que confiaba en ella y no estaba muy acostumbrada a que eso sucediese desde hacía ya demasiado tiempo. David albergaba la esperanza de que un día fuesen pareja, por lo que no le gustaba que tuviese esa imagen de él, pero por otro lado esa parte maligna que implicaba decisión, valentía y determinación, pensaba, le podría beneficiar en su objetivo siempre que administrase la información en dosis digeribles, así tendría también un toque de misterio.

—Tienes que dejarlo —le dijo mientras David conducía por la autopista—, al final te van a pillar o algo peor.

—Estoy terminando, Clara, queda poco. A ver, ¿de dónde venimos?

—Pues no lo sé, de los lagartos.

—No, me refiero a la fábrica —dijo serio mientras ella soltaba una carcajada—. No deberíamos estar allí.

—Bueno, señor arquitecto, yo también tengo una carrera y un máster, como tú, pero me adapto.

—Estoy harto de adaptarme, que se adapten ellos a mí. —Aceleró pasando al carril izquierdo.

Al conductor del utilitario que iba dos coches tras David el acelerón le pilló por sorpresa, cambió de carril de forma brusca haciendo que varios vehículos tuviesen que frenar. Cuando volvió a estar todo controlado, el coche de David cambió sin avisar y a los pocos metros tomó la salida de la autopista. El coche que les seguía giró bruscamente de nuevo sin apenas distancia para tomar la misma salida volviendo a hacer frenar de forma peligrosa a otro conductor que le insultó todo lo que pudo.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Clara un poco alarmada por las maniobras de David, al que nunca había visto conducir así.

—Te invito a una cerveza.

—Acepto —dijo Clara mientras se levantaba su melena, giraba el cuello y veía como David la miraba de reojo—. ¡Qué calor!

El perseguidor podía ver desde el aparcamiento a Clara y David junto a una de las ventanas del Restaurante La Cresta. Bajo el luminoso un termómetro marcaba 41 °C. Sacó una lata de cerveza de una nevera que tenía en el hueco de los pies del copiloto y al abrirla salpicó el cristal, su cara y la tapicería.

—¡Vaya mierda, joder!

El consumo incontrolado de cerveza era una de las aficiones más saludables que tenía Santiago Urbizu. Observaba con toda la atención de la que era capaz.

Dentro, David apuraba una cerveza fresca mientras Clara le miraba con el codo apoyado en la mesa y su mano sujetando la mandíbula. Le conocía bien y sabía que salir de la autopista antes de comer y hablar de cosas superfluas durante cinco minutos era el preludio de algo que no podía predecir con seguridad. David parecía salir de sus rígidas estructuras por momentos.

—Estoy esperando, David.

David tenía claro desde hacía tiempo lo que quería decirle a Clara. Que se fuese con él, que la quería, que estaba enamorado de ella y que era una mujer increíble y preciosa. Y se lo habría dicho sin dificultad, pero en otro momento. Su vida había cambiado de tal manera, que para él era más sencillo secuestrar durante un par de horas a una persona, intimidarla de tal modo que le diese dinero sin rechistar y cortarle un dedo, que expresar a Clara sus sentimientos hacia ella. «¿Qué me ha pasado?», «¿estarán ganando ellos otra vez?», pensó. Muchas cosas que decirle, «maldita amistad». Si no fuesen amigos y no supiesen tanto el uno del otro sería más fácil. Él saldría alguna noche, beberían, se sentirían atraídos en algún momento y pasaría. Ya se lo dijo un amigo con el que habló hacía unos meses por videoconferencia. David le contó que tenía una buena amiga del trabajo: «¿Está buena?», preguntó el amigo, «sí, es preciosa», se delató David, «entonces no es tu amiga», sentenció el chico. ¿Cómo podía ese muchacho saber eso?, David había tenido más relaciones que él, pero pocas amigas. Se preguntó una vez más qué sería mejor, que Clara fuese una amiga sincera o estar con ella y disfrutar de su cuerpo. Estaba claro, tendría que esperar un poco más, habría que preparar el terreno e ir poniendo las cartas sobre la mesa. Pero si eran amigos, ¿por qué andar con secretos y estrategias? «Es un lío tremendo», pensó.

—Vamos —dijo Clara—, vas a decirme algo, venga...

Ese tono maternal le desanimaba, hubiese preferido una mirada intensa con su sonrisa torcida y sus labios entreabiertos diciendo: «Dilo, David, yo también siento lo mismo por ti».

—Lo haré una última vez —anunció David poniendo la mano en el antebrazo de ella. Coger su mano le pareció muy arriesgado—. Se acabó.

—¿Qué vas a hacer? ¿De qué hablas?

—Joder, Clara, pues...

—Es broma —Ella le cogió la mano que él había retirado de su brazo—. Perfecto, estoy orgullosa de ti, de verdad. Hay que ser valiente también para parar. Pero mira, también te digo —Otra vez el tono de muy mejor amiga— que no tiene por qué haber una última vez, déjalo ya, ahora. ¿Te vas a arriesgar otra vez cuando vas ganando y tienes pensado dejarlo?, eso es de mal jugador, David.

—Sabes que no es ningún juego —David notaba cómo la mano de Clara se aflojaba en la suya—, es algo que tengo que hacer. Me quitaron todo. Es la única forma que encontré, por el dinero y por mí, de saber que no era una mierda, que por lo menos me defendía.

—Esa gentuza da asco y tú no. Marca esa diferencia desde ahora mismo, aquí, en La Cresta —Clara apretó su mano con más decisión—. Te acordarás siempre del día y del momento.

—No me hagas esto —Ella soltó su mano lentamente, David veía en peligro no solo sus pretensiones de pareja, también su amistad—. A este no le puedo perdonar, de verdad que merece lo que le va a pasar. Será el último.

—Yo también odio a todos esos corruptos de mierda, pero no les atraco —dijo Clara en tono más bajo y mirando a los lados—, voy a las caceroladas, a manifestaciones o les insulto en internet, lo que hace la gente normal. O no les voto en las elecciones. Mira, en las últimas voté..., si te lo digo... —dijo recuperando la sonrisa.

—¿A quién? —preguntó intrigado David recuperando la suya—. Dime...

—A Morgan Freeman —confirmó satisfecha—. ¿No te lo sabías?

—No —contestó él—. ¿Freeman?, ¿el actor?

—El mismo, es tan buena persona.

—Estas cosas hay que contárselas a los amigos —dijo David mirándola a los ojos.

En un primer momento a David la conversación le estaba pareciendo muy negativa, pero había algo nuevo en el tono de Clara y en sus gestos que le hicieron sentirse correspondido. Si lo hubiese dejado en ese momento estaba seguro de que ahora estarían besándose o, si hubiese mentido diciendo que lo dejaba allí mismo, en La Cresta, también estarían besándose, pero tenía que hacerlo una vez más: el ex alcalde Romero no podía librarse.

Si David y Clara se hubiesen besado en el restaurante La Cresta, Santiago Urbizu, a pesar de que llevaba dos días en el coche siguiendo a la que para él era su novia, se hubiese perdido el beso. Estaba intentando matar a una avispa que había entrado en el coche con todos los medios a su alcance, que no eran pocos. Dentro había todo tipo de objetos, pero al parecer ninguno con la forma y la textura adecuadas para eliminar un insecto que se movía a sus anchas por el habitáculo amenazando su cara en todo momento. Para la mente de Santi, poco dada a la reflexión y al análisis, Clara era su novia. A pesar de que solo se vieron tres veces a lo largo de una semana y que ella, en la segunda ocasión, ya le había dejado meridianamente claro que no quería ninguna relación con él, después de que la agarrase del brazo de una forma muy posesiva para presentarle a un hombre bastante desagradable de peinado excesivo, en un mugriento chiringuito junto al río. Clara era suya. Al día siguiente le había salido un moratón. El tercer encuentro fue provocado por Santi y la compañera de trabajo de Clara, Rita, para intentar arreglar las cosas y retomar la relación.

«¿Qué relación, tío?», le preguntó Clara, que no quiso tomar la

cerveza y se marchó viendo la encerrona. «No podemos terminar así lo nuestro», escribió él en un mensaje de texto. Ella le pidió amablemente, y por favor, que no volviese a escribir. Una noche, Santiago, desconsolado, vio un programa en televisión en el que los invitados no hablaban de novios y novias sino de parejas. Se incorporó en su raído sofá habiendo creído dar con la clave. Hablaría con Clara en esos términos, «esta gente moderna de los cojones, ¡no saben ni nada!».

Clara habló de Santi con David, muy enfadada tanto por el moratón, como consigo misma por haberse dejado llevar y preguntándose cómo había sido capaz de relacionarse con semejante persona. Incluso le enseñó una foto con él. Ese tío podría haber estado en el blog de los «Delincuentes infravalorados», en el apartado de nuevas promesas. David, que desde que lo supo pensó incluir a ese delincuente en uno de sus cobros, no hacía más que pensar en las tijeras de podar. Lo que David podía ver en la foto de Santi era una cara de profunda estupidez y unos ojos que revelaban multitud de sustancias ingeridas en un cuerpo de macarra cobarde y desfasado. «Cuando alguien parece estúpido y se comporta como un estúpido, al final va y lo es», dijo convencido. «No te preocupes, Clara, le puede pasar a cualquiera», la animó después para aliviar su sentimiento de culpa y levantar su autoestima.

Al salir de La Cresta una bofetada de calor les hizo resoplar a la vez. Se miraron y David le dio la llave del coche para que fuese poniendo el aire acondicionado.

—Voy a comprar una cosa a la gasolinera. No te fugues, que no tienes carnet.

—Sin ti, jamás.

David regresó con dos bolsas de hielo y las puso a los pies de Clara.

—¿Vas de botellón o se te ha roto el congelador? —preguntó ella, que no tenía ni idea de que las actividades de David incluyesen amputaciones y conservación.

Cuando el coche de David salía a la carretera fue cuando Santi se dio cuenta de que debía mejorar sus aptitudes para el seguimiento. Arrancó y salió derrapando. La avispa abandonó el utilitario por la ventanilla absorbida por la corriente. Les siguió hasta que el coche de David se detuvo en un barrio a la entrada a la ciudad. Santi paró a cierta distancia, intentando mejorar su técnica. Observó cómo se despidieron y cómo Clara le lanzaba un besito desde fuera del coche. Su cerebro procesó rápidamente: lanzamiento de beso igual a novia robada. Un hombre se acercó al coche de Santi con unos paquetes de pañuelos de papel y le ofreció uno por la ventanilla.

—No quiero nada.

—Uno paquete —insistió el vendedor—, por favor, señor.

—¡Que no, joder! —dijo Santi poniendo su mano con los anillos decalaveras en el volante—. Estás moreno, campeón, todo el día al solazo, ¿verdad?

Santi abrió otra lata de cerveza, le salpicó en la cara y el líquido comenzó a manar del recipiente.

—¡Joder! —Miró al vendedor de pañuelos—. Trae uno.

El vendedor, sonriendo, le entregó un paquete y extendió su mano.

—¡Un euro!, algo, señor.

Santi aceleró dejando al hombre clavado y con la mano extendida.

La agente Amanda Bernal se había fijado en la mala cara del Inspector Del Río a su salida del despacho del comisario Sanz, por lo que decidió esperar para abordarle. Podría aprovechar para comer con él. Ya le había pedido en dos ocasiones colaborar en alguna investigación. Del Río no tenía ningún compañero desde hacía unas semanas. En el momento en que le vio de nuevo enfilar las escaleras de bajada se levantó con suma agilidad y se colocó tras él en un abrir y cerrar de ojos.

—Inspector —le dijo a medio metro de distancia, haciendo que Del Río se detuviese en el peldaño—, tengo que hablar con usted. Recuerda que le pedí acompañarle en algún caso...

—Sí, sí, claro que lo recuerdo.

Lo recordaba a la perfección, tanto por la insistencia de la agente, como por su extrema belleza. Se sintió tentado de decir «ahora mismo», pero calculó la situación y no tuvo claro si todo el mundo comprendería su colaboración. Era muy joven y con un físico espectacular que ningún uniforme, por mal diseñado que estuviese, sería capaz de ocultar. Tenía muchas cosas entre manos y más que iba a tener, por lo que no lo vio viable. Intentaría quedar con ella en algún momento para alguna sesión de formación o algo así y ver qué sucedía.

—Y dígame... —siguió Amanda mirándole a los ojos con una seguridad pasmosa—, ¿cuándo lo haremos?

—Pues ahora... —Del Río se estaba poniendo más nervioso que con el comisario—, bueno, ahora no, lo que quiero decir es que ahora estoy liado, ocupado, no vamos a poder hacerlo... de momento. Pero lo haremos si quiere —decidió terminar, despedirse y seguir escalera abajo.

—Sé lo que le ocurrió —la agente Amanda Bernal no se rendía

fácilmente—. La inversión..., el circuito..., en la costa.

Amanda ofreció la información en pequeñas dosis, aunque a Del Río le hubiese bastado con la primera parte. Se giró en el rellano.

—Continúe.

—Trabajé en la UDEF.

—¿Quiere que tomemos algo para comer?

—Trátame de tú —casi ordenó la agente Bernal mientras bajaban las escaleras.

Carlos del Río era una persona bien considerada en la comisaría, resolutivo, eficaz, inteligente, buenas dotes de policía, el punto justo de anarquía en el trabajo y solidario con sus compañeros. Cuando el inspector entró con la agente Amanda Bernal por la puerta del Café-Bar Security, su prestigio aumentó de forma considerable. Juanjo, el camarero, contribuyó. Dejó con el pedido en los labios a dos agentes del fondo de la barra y se dirigió con prontitud a los nuevos clientes.

—¿Qué pongo, pareja? —preguntó Juanjo en alto, rompiendo el silencio que se había hecho en la barra.

«Aquí va a ser difícil hablar», pensó Del Río, ansioso por conocer los detalles que manejaba la Unidad de Delitos Económicos y Fiscales, no publicados en sumarios, ni conocidos por cotilleos de tercera o cuarta mano. Si quería colaborar con esta diosa del Ministerio del Interior tendría que hacer algo para que no llamase tanto la atención. «Tal vez conseguirle un uniforme de alguna talla más y que alguien le arreglase los bajos del pantalón», pensaba mientras daba un sorbo a la caña. Amanda le puso al día de su estancia en la UDEF, las dificultades que se encontraban, lo protegidos que estaban los políticos, lo complicado de descifrar la ingeniería financiera, cómo daban un poco de aire a las investigaciones los más idiotas, que escondían cientos de miles de euros en sus casas pudiendo así seguir desenredando la madeja, y lo

frustrada que se sintió cuando comprobó que no la permitían utilizar armas de asalto.

Del Río escuchaba a la vez que pinchaba patatas bravas con la habilidad que una gallina pica los granos del suelo. Amanda, mientras hablaba, le miraba con la misma satisfacción que una madre observa al niño que termina el plato de verdura. Se escucharon una serie de «buenos días, comisario Sanz», acercándose hacia ellos. El comisario había recuperado el apetito. Se sentó en un taburete de la barra, junto a Del Río, y saludó ofreciendo una sonrisa a la agente Amanda Bernal.

—Juanjo, caña y croquetas, por favor —pidió el comisario.

—Si estás incómodo podemos ir fuera —le dijo Amanda a Del Río con mucho tacto. Del Río negó con la cabeza.

—Una de croquetas por aquí —dijo Juanjo dejando el plato en la barra. El comisario cogió una de las tres croquetas y se levantó de la barra a saludar a alguien trajeado. Del Río miró a ambos lados, cogió una croqueta del plato del comisario, se la metió en la boca de un golpe y le hizo un gesto para que saliesen a Amanda que, asombrada, asintió con firmeza.

—La próxima ronda la pagaré yo, inspector —dijo mientras se dirigían a la salida.

El comisario regresó a la barra, miró el plato de croquetas y después escudriñó a Del Río, que salía en ese momento por la puerta.

—Te ayudaré, Carlos —dijo Amanda Bernal, que lo de hablar de tú se lo tomaba muy en serio—, cuenta conmigo para lo que sea.

—Se lo... te lo agradezco —dijo el inspector—, pero no es tan fácil. Además, ahora no estoy metido en eso ni en nada que se relacione.

—Pues nos meteremos de lleno, todos viven cerca de aquí, estoy en escuchas y puedo enterarme de muchas cosas o equivocarme con los teléfonos... —dijo ella con una naturalidad que asustaba a Del

Río—. Usted encárguese de conseguir armas, a eso no tengo acceso. Vamos a hacer que esos cabrones lo paguen. Lo que le hicieron a usted y cientos de personas. ¡A los contribuyentes!, tres años y medio de condena, no te fastidia... Y nuestros jóvenes estudiando carreras durante años, hipotecando su futuro por mil euros al mes. ¡Me cago en la puta! —explotó la Agente Bernal.

El comisario los veía hablar desde el interior del bar. Conocía el expediente de la Agente Bernal, impecable, un cerebritito con dos carreras universitarias y unas habilidades físicas poco comunes. Estaba al tanto de su estancia en la UDEF y de cómo tuvieron que cortarle las alas por su exceso de celo. «Del Río, después de la bronca de esta mañana se presenta con Miss Espía en el Security, pavoneándose delante de todos», pensó, mientras los miraba. El Security era el bar de la comisaría. El local se inauguró con el nombre de Pub Juanjo's, pero no cumplió los objetivos ni del propio Juanjo ni del público al que iba destinado, en parte por la discutible decoración y en parte porque el negocio estaba lleno de policías desde el desayuno al cierre. A las jóvenes parejas no les atrajo el ambiente y Juanjo cambió el nombre del local. Con Café-Bar Security quiso darle un toque internacional y de paso hacer un guiño a su fiel clientela. El comisario anotó mentalmente que tendría que controlar al Inspector Del Río y a su amiguita *sabelotodo*.

CAPÍTULO III: Juramento.

12

Sobre la mesa del despacho de Juan Romero, junto a él, había una taza de café vacía, media tarta, un cenicero con varias colillas, una botella de anís y una pequeña copa a medias. En el otro extremo del tablero, un plumero y una bayeta. Romero estaba fumando un purito, recostado en una silla ostentosa y poco práctica para el trabajo de oficina. «Para firmar y llamar por teléfono es perfecta», dijo cuando hizo que la trasladasen desde el despacho municipal, tras saber que ya no se podría presentar a más elecciones. Echó el humo de repente, emitió un gruñido, dio un golpe de caderas hacia arriba y sonó un fuerte y seco golpe bajo la mesa. De rodillas y hacia atrás salió de debajo, lentamente y con dificultades evidentes, una mujer con un vestido de sirvienta francesa que ocultaba a duras penas unas nalgas desarrolladas en exceso.

—Ay, señor Juan, tenga un poquitito más de cuidado —dijo desde el suelo.

—Vamos Leidi ya sabes que soy una bestia —se pavoneó Romero a la vez que la mujer intentaba bajar el vestido, aunque no hubiese tela suficiente para ello—. La semana que viene te traes el de Porcachonas.

—Pero si no lo encuentro, no hay de mi talla, señor Juan.

—Pues que los de administración te lo pidan a China, por internet.

—Señor Juan —dijo Leidi una vez colocada la cofia—, el martes en la mañana tengo que ir con mi mamá al médico especialista, pero no sé a qué hora me regresaré.

—A ninguna, el martes ni hablar. No, no.

—Pero no puede solita... —se lamentó la mujer mirando a Romero con cara de lástima, que sacó su billetera y entre billetes de 50 y de 100 euros encontró uno de 20 que puso con un golpe encima de la mesa.

—Toma, que se coja un taxi o que la lleve alguien —dijo Romero ofendido—. ¡Ale!, para abajo, que hay mucho que hacer. Es que no puede ser, ¡de bueno que soy me tomáis por tonto!

El despacho de Romero Holding había visto tiempos mejores y visitantes más ilustres, personajes importantes de la política, con papeletas incluso a presidencia, aspirantes a gurús de las finanzas, finos directores de banca, resueltos sindicalistas, toscos directores de Cajas de Ahorro, imaginativos empresarios de odontología, entrañables actores, mal hablados constructores, comprometidos gestores de recursos energéticos, jueces afiliados a partidos, protestones artistas y mujeres a las que el disfraz de sirvienta francesa les habría quedado como un guante.

En su momento, Romero se conformó con las consecuencias de los primeros juicios, pero los que restaban eran otra cosa, los cargos eran de los que hacen que mucha gente te retire la palabra y de los que ya no puedes volver a ser alcalde de un municipio diseñado para el saqueo. Tenía dinero de sobra para los movimientos que podía hacer ahora, ya se presentaría de nuevo otra oportunidad. Aunque no gastase demasiado y en estos momentos tuviese que cuidar mucho las apariencias, le gustaba llevar dinero en el bolsillo, a veces sacaba un fajo en el Club de Golf Hoyo Fresh para pagar alguna ronda y que viesen todos que seguía en su posición. Abrió la cajonera y entresacó de las páginas de un libro de contabilidad en

blanco, unos finos fajos de billetes de 50 y 100 euros, «por si hace falta», pensó. Nunca imaginó Juan Romero que sería un dinero muy bien gastado.

David miró la hora, comía un plátano con helado y veía en la televisión un capítulo de «Megaingeniería», la construcción de un puente descomunal. Esa tarde iba a cobrar su última factura y había estado más tiempo del previsto con Clara. Tenía que comer algo que le diese energía. La tabla de flexiones seguía ahí, apoyada junto a un lateral del mueble del salón. Por lo general, ese tipo de atracos no requería demasiado ejercicio físico, no eran personas muy ágiles ni fuertes, pero desde la primera vez tuvo claro que unos empujones y un par de golpes de entrada facilitaban las cosas. Y así era, en la segunda ocasión se hizo daño en la mano, por lo que decidió comprar unos guantes de esquí muy mullidos con los que les golpeaba. Después se los quitaba para poder maniobrar y se deshacía de ellos cuando todo terminaba. Compró una caja de guantes al contado en un pueblo de la Sierra en el que había varios negocios dedicados a los deportes de invierno. Ahora le sobrarían varios pares y dudó si incluir los restantes en la factura de Romero, como gastos, pero su sentido de la integridad no se lo permitía.

La agresividad, unida a la sorpresa y al silencio inicial, les desorientaba y atenazaba sin remedio, con la notable excepción de la ex consejera de transportes. Odiosa y habladora mujer que se había hecho con medio millón de euros en los tres meses que estuvo en el cargo. Preguntaba constantemente: qué quería, por qué estaba allí, dónde la llevaba, que si sabe usted quién soy yo, que si era un violador... Dos tortazos no fueron suficientes, tal vez se los propinó con algo menos de fuerza, ¿por ser mujer?, podría ser. David era de esos hombres que jamás hubiese puesto la mano encima ni a una mujer ni a un hombre. Las charlas en Foreverline sobre la sensibilización en la Igualdad de Género dieron por fin sus frutos:

soltó un puñetazo en la boca de la ex consejera y esta enmudeció durante un buen rato, aunque tuvo que hacer mucho hincapié con las fotos de sus ayudantes en la puerta de su chalet, en el trabajo de su hija y el colegio del niño. La mujer tenía una hija y un chaval de cinco años. Las caras del eslavo con el tatuaje y el americano de grandes lentes que vio en las imágenes la hicieron entrar en razón. David miró el reloj de la pared, no había tiempo para flexiones.

Llenó de hielo la pequeña nevera portátil, introdujo dos refrescos y revisó su mochila: mono de trabajo, gorra, gafas de sol amarillas, tijeras de podar nuevas, bayetas a estrenar, par de guantes, bridas, un móvil sin tarjeta con las fotos de los ayudantes y una botella de agua. Tenía que ir al Polígono Sur, dejar su coche, coger la furgoneta y conducir hasta el Polígono Norte. Allí esperaría a Romero, confiando en que saliese pronto de su oficina a la que iba todas las tardes. Las esperas largas antes de los cobros le impacientaban. El timbre de la calle sonó con insistencia. David fue corriendo a la entrada del piso y se quedó mirando el teléfono, sin contestar, esperando que no volviese a sonar, pero lo hizo.

—Sí, ¿quién es?

—¡David!, abre por favor —dijo Clara con voz nerviosa—, Santi me ha seguido.

—Sube. —Pulsando el botón de apertura.

David esperó en la entrada con la puerta abierta. Clara entró rápidamente diciendo que los había visto juntos, que Santi insistía en que era suya, que no aceptaba un no.

—Tranquila, siéntate —La acompañó al sofá tomándola de los hombros. Ese barriobajero acababa de buscarse un problema. En ese momento le molestó a partes iguales lo que le había hecho a Clara y el que pudiese retrasar su trabajo con Romero.

—Menos mal que estás en casa, no sabía dónde ir —Respiró hondo—. Me ha dado mucho miedo, estaba muy puesto... Cree que

estamos juntos..., enrollados.

—¿Te ha hecho algo?

—Te estoy diciendo lo que me ha hecho. Me ha agarrado la muñeca, no me ha tocado, pero me ha dado más miedo que nunca. ¿Te vas? —preguntó viendo la mochila colgada a la espalda de David.

—Tengo que irme, sí —Se giró hacia la ventana intentando tomar la decisión adecuada—. Te quedarás aquí, vas a cerrar todo, no contestes a nada ni a nadie. Serán dos horas más o menos. Aquí estás segura. Luego me lo cuentas con detalle y veremos lo que hacemos.

—¿Veremos? —preguntó Clara mirándole a los ojos.

—Sí, veremos. Por lo me has dicho me afecta a mí también.

—Anda, corre, no te preocupes. —Se recostó en el sofá—. Dame el mando de la tele que quite ese rollo.

—Es un puente entre Suecia y Dinamarca. Está hecho para que no se derrumbe nunca.

—Muy listos estos nórdicos —dijo Clara con sorna—, más civilizados que aquí, y la verdad es que casi todos están buenos. Me voy a pensar el ir a vivir allí. Y así pruebo el puente.

David corrió las cortinas, bajó un poco las persianas y se acercó al sofá.

—Clara, tengo que salir, pero así no puedo hacerlo.

—Ve tranquilo, en serio —puso su sonrisa torcida—. Te esperaré aquí, te lo prometo. Y ten mucho cuidado, por favor.

—Apaga el móvil por si ese cerdo puede localizarte, cualquiera sabe hacer esas cosas.

—No lo creo —dijo Clara frunciendo el ceño y arrugando los labios—, él no.

No era nada probable que Santiago Urbizu pudiese haber activado y descifrado la localización de nadie a través de un teléfono inteligente. Santi tenía pegado un lado de su cara al cristal de una vitrina en un comercio de venta de artículos usados. Su mejilla resbalaba observando cámaras de vídeo, desde las digitales más modernas hasta algunas retro que usaban cinta súper 8 mm y VHS. Un joven dependiente con el polo de la empresa observaba tras él. Le hacía sugerencias cuando la mejilla de Santi se detenía en alguno de los pisos de la estantería, aunque realmente el muchacho no sabía el artículo que miraba en concreto.

—Esa cámara es fenomenal —dijo el dependiente—, full HD, tarjetas de todo tipo y el mejor zoom del mercado. La de al lado graba en cuatro k, es un poco más cara, pero es el futuro. Bueno, el cinco k —apuntó disculpándose. Santi no decía nada, seguía deslizándose su cara hacia abajo. Se detuvo en la última balda en una difícil postura y se le abrieron los ojos como platos.

—¡Esa! —dijo incorporándose con más rapidez de la que esperaba el chico teniendo en cuenta el tiempo de bajada—. La que tiene lo redondo a un lado —señaló Santi con el índice.

—Graba directamente en el disco DVD —apuntó el dependiente.

—Pues de puta madre, machote. —Santi, revitalizado, se frotó las manos.

La fachada de Romero Holding brillaba desde lejos cuando le daba el sol. «Todo de acero inoxidable», había dicho Juan Romero al arquitecto, «ni titanio ni mariconadas». De la fachada se encargó su cuñado al que pagó con dinero del consistorio, aunque nunca se pudo demostrar nada irregular. «Una vez que comienzan a investigarte y ven algo malo...», pensaba, «se meten todos a saco». Y era cierto, La Agencia Tributaria, la UDEF, la Inspección de Trabajo, la Seguridad Social, hasta Tabacalera se interesó por algunas facturas. «Si al final habré matado yo a Reagan», le dijo una vez a su amigo Ernesto Salgado, a lo que este contestó que a Reagan le dispararon, pero no murió en el atentado. «Como le acaben matando ya verás como vienen a por mí», le dijo. Salgado, que también pasaba por similares circunstancias, le sugirió que no se quejase tanto.

Romero salió a la calle del polígono y se secó la frente con un pañuelo de tela, el calor era asfixiante. Increpó a dos trabajadores que descargaban un camión y siguió por la acera con las llaves de su Mercedes en la mano. Aparcaba siempre a la sombra, lejos de los transportistas, en la calle que salía al final de la manzana.

Ese fue uno de los primeros detalles que comprobó David varias veces: las rutinas, si se rompían y por qué. Romero no había sido muy difícil de preparar, costumbres fijas y arraigadas. Fue el calor lo que hizo que subiesen un poco los gastos.

David tenía aparcada la furgoneta delante del ostentoso coche de Romero. Colocó unas cajas de fruta vacías para obligarle a estacionar hacia el interior de la calle y que tuviese que pasar por el lateral de la furgoneta al torcer la esquina. Había comprobado en varias ocasiones, en el centro de la ciudad, que las cajas de fruta que reservaban espacios para aparcar era algo que todo mundo respetaba.

La gente estacionaba sin ningún pudor en las plazas para discapacitados o embarazadas, pero si había unas cajas de fruta vacías, los conductores las veían, lamentaban su mala suerte y seguían dando vueltas por la zona. De aquí venía su reciente cambio de dieta y la afición a la fruta y la verdura. Alguna vez había visto en alguna calle reservar plazas de aparcamiento con dos cubos de pintura vacíos, pero la primera impresión que tuvo es que no imponían tanto.

Esperaba vestido con un mono de trabajo, la gorra y las gafas de sol amarillas. Dejó la puerta lateral de la furgoneta abierta y disimuló mirando la rueda trasera del lado contrario a la acera. Para la ocasión pegó en el lateral un vinilo que encontró en la nave que tenía alquilada en otro polígono, «Café-Bar Security». Romero se acercaba caminando tranquilo, David sabía que era cuestión de segundos. Romero dobló la esquina y tres pasos después un fuerte empujón le envió al interior del vehículo, quedando boca abajo, las piernas colgando y con un susto de muerte. La compacta constitución de Romero y su escasa altura le convertían en un bulto de difícil manejo que parecía girar sobre algún punto de su barriga. David le introdujo las piernas como pudo, saltó con agilidad al interior de la furgoneta y cerró la puerta lateral. La parte trasera estaba insonorizada por lo que no le preocupaba que gritase, casi siempre lo hacían. El material y las horas de trabajo que utilizó para aislar del ruido el habitáculo fue algo que cobró a todos a partes iguales.

—¿Qué hace?, ¿qué quiere?, ¡socorro! —gritó Romero hasta que recibió dos bofetadas con los guantes de esquí—. ¡Hijo de puta! —dijo antes de recibir un puñetazo y ver como unas tijeras de podar se apoyaban en su cuello.

—¡Cállese!, ¿entiende? —Le dio otro golpe—. ¡Cá-lle-se!
David metió una mano de Romero por el hueco de una brida que

colgaba de la carrocería y la cerró tirando del extremo. Le miró y acercó más las tijeras al cuello. Cogió su otra mano y la introdujo por otra brida.

—Vale, tranquilo —dijo al fin Romero.

David abrió una bolsa de bayetas nuevas, extrajo una, se la metió en la boca y se llevó el dedo índice dos veces a los labios. A los dos primeros les había tapado la boca con trapos viejos, pero por cuestiones de higiene decidió invertir en paños limpios, no quería que alguien contrajese una infección y tuviese que dar explicaciones, bastante tendrían con inventar algo creíble para el dedo. O peor aún, que alguien muriese de alguna enfermedad. En el lecho de muerte la gente suele transmitir sus secretos más inconfesables.

Con las dos manos sujetas a las bridas, la movilidad de Romero se limitaba a las piernas. David arrastró dos sacos de cemento y los volteó, uno sobre sus pies y otro encima de sus rodillas. Pensó un momento en la tabla de flexiones y tal vez en haber hecho algunas pesas. Juan Romero estaba inmovilizado e insonorizado. Volvió a advertirle con el dedo índice y con el amago de una patada, salió de la parte trasera y se puso al volante.

La zona del copiloto del coche de Santi estaba inusualmente despejada, en el suelo una funda de un DVD y en el asiento las instrucciones de una cámara de vídeo. Con el zoom al máximo y cámara en mano, la imagen se movía una barbaridad. Apretando mucho los ojos mientras se tomaba una cerveza de dos tragos y ojeaba las instrucciones que recomendaban el uso de un trípode homologado de la misma marca para grabaciones con zoom, probó a apoyar la cámara en el salpicadero y la cosa mejoró bastante. Al ver a David vestido con el mono de trabajo, la gorra y esas gafas de sol de psicópata esperando junto a una furgoneta del Café-Bar Security, pulsó REC y se concentró en la pantalla extraíble. Cuando empujó a

aquel viejo gordito dentro de la furgoneta no se lo podía creer y tuvo que comprobar con nerviosismo que la cámara de verdad estaba grabando.

En el momento en que la furgoneta de David se puso en marcha, Santiarrancó como solía. Desde el salpicadero, la cámara retrocedió con ímpetu en la dirección contraria al avance del coche, dio un bote en el asiento y cayó al suelo cerrándose el visor. Frenó de golpe y se agachó a por la cámara, pero le detuvo el cinturón de seguridad, hizo de nuevo un movimiento brusco y de nuevo el mecanismo de retención le paró en seco. Lo desabrochó insultándolo, recogió la cámara, abrió la pantalla, aceleró y a punto estuvo de chocar con un camión cruzado en medio de la calle de salida que hacía maniobras para entrar marcha atrás a una nave. La furgoneta de David se alejaba por la carretera.

David se dirigió a las afueras de la ciudad, a una zona amplia con fácil aparcamiento y con escasa gente por las calles. Existían varios barrios con esas características, con edificios a media ocupación, elegantes, pero de calidad media y baja que se construyeron durante la fiebre del ladrillo y no se pudieron vender. Tanto Romero como él sabían, aunque por motivos distintos, de ese tema. David por su trabajo en el estudio de arquitectura y Romero por sus comisiones en el ayuntamiento. Comprobó que no pasaba nadie por la acera y pasó a la parte trasera del vehículo. Romero seguía en la misma postura en la que le dejó.

—Le voy a explicar la situación —dijo David, mientras Romero con la bayeta en la boca intentaba decir algo—. Juan Romero Mellado, casado con Laura Pujol. Tiene una hija, muy lista y muy guapa, por cierto. Estudia en el Colegio San Jorge Encadenado. Usted fue uno de los promotores de Playa Motors, asesor del partido, consejero de Caja Meseta, directivo de una empresa que gestiona la actividad portuaria y alcalde. Ha robado tres millones ochocientos treinta mil euros más bienes que todavía están calculando. ¿Es así?

Esa pregunta solo admitía una contestación para David, era un trámite, algo que debía decirles para que supiesen que no era un atraco por unos miles de euros, tenían que pagar por sus pecados y reconocerlos en esa pequeña sala de audiencias que era la parte trasera de la furgoneta. Romero quería contestar a la pregunta. David le retiró la bayeta de la boca.

—¡Es mentira!, no he robado nada. —Saboreó de nuevo la tela de la bayeta.

David se colocó de rodillas a su lado, sacó las tijeras y atenazó el dedo índice derecho de Romero. No pensaba cortarle ese, pero era un

dedo más valioso para amenazar. Romero quería de nuevo la palabra.

—Lo siento, lo siento —La mano de David aguardaba con la bayeta preparada por si la respuesta era errónea—. ¡Sí!, sí lo hice. Por favor, no haga nada a mi hija y no me lo corte —gimoteaba. Los hijos no fallaban, cuando viese las fotos de sus ayudantes sería pan comido. David retiró la tijera, se puso en pie, abrió una carpeta y leyó.

—Tiene usted que pagarme dos mil cien euros más los gastos generados por la preparación de todo esto. Total, tres mil cuatrocientos diecisiete euros. Si no me lo entrega en media hora, su mujer y su hija serán violadas y después las matarán. —Encendió el móvil para enseñarle las fotos de los delincuentes infravalorados.

—De acuerdo, de acuerdo. Tengo dinero aquí, en los bolsillos —dijo de forma inesperada para David, que supuso, como siempre, un recorrido de dos o tres cajeros—, se lo daré, cójalo todo si quiere.

—Le voy a desatar una mano y me lo dará usted mismo.

Era parte del ritual, le gustaba que se lo diesen mirándole con pavor. La mayoría, al igual que Romero, le había ofrecido más, aunque alguno, como el sindicalista, había regateado la cifra. Abrió de nuevo la tijera y atenazó el dedo meñique izquierdo apretando un poco y haciendo quejarse a Romero cuando vio salir una gota de sangre.

—¡Espere!, se lo daré, no lo corte, ¡no!, espere.

Fue metiendo la mano en los bolsillos y saco fajos de billetes que entregó a David junto con su cartera. «¿Qué tipo de persona lleva cinco mil euros encima una tarde cualquiera?», pensó David mirándole con asco. Le hizo un gesto para que parase. Contó tres mil cuatrocientos veinte, sacó tres euros de un bote que tenía preparado para las vueltas y se los entregó. Ese bote le había venido muy bien desde el comienzo de estas operaciones y le había evitado más de un quebradero de cabeza.

David miró el reloj, llevaba más de una hora fuera, faltaba cortar el dedo, las fotos en casa de Romero y en el instituto de la chica, llevar la furgoneta, limpiar todo y volver a casa. Todo había salido mejor de lo esperado, ese hijo de puta había tenido el susto de su vida y lo que le quedaba hasta comprobar que su familia estuviese bien. «Que se quede con sus dedos», pensó, y retiró las tijeras, dejando un leve corte y una gota de sangre. Sacó el móvil, escribió algo y a los pocos segundos sonó un aviso de entrada de mensaje que él mismo provocó. Hizo el gesto de leerlo y le mostró a Romero las fotografías de su casa y del instituto. Allí estaban, imperturbables, el europeo y el americano, con su cuchillo y su pistola, su tatuaje y sus gafas, con sus caras de asesinos, uno por costumbre y el otro por vocación.

—Si abre la boca, si se lo dice, aunque sea a su sacerdote o su psicólogo, volverán —dijo David mirándole a los ojos—, y me aseguraré de que además de violar y matar a su mujer y su hija, le corten a usted todos los dedos del cuerpo, le mantengan despierto, le aten y quemen su casa. Estos hombres pueden hacerlo, no sería la primera vez. El verano se les hace largo.

David cortó la brida que quedaba, retiró los sacos de cemento y le indicó a Romero que se pusiese en pie manteniéndole a distancia con las tijeras de podar. Le entregó la factura y abrió la puerta de la furgoneta. Le miró a los ojos a través de los cristales amarillos, simuló una pistola con su mano izquierda, bajó el pulgar como si amortillase el gatillo, cerró su dedo corazón y movió la mano levemente hacia arriba emulando el retroceso de un disparo.

—Si quiere a su familia, ni una palabra.

—No diré nada, ¡jamás! —dijo Romero juntando las palmas de las manos—. ¡Lo juro!

CAPÍTULO IV: Infravalorados.

17

El comisario Sanz miraba fijamente las palmas de las manos de Juan Romero apuntándole a los ojos. Llevaba un aparatoso vendaje en uno de los dedos.

—Encuentre a esos hijos de puta —exigió Romero.

—Lo que mi cliente quiere decir —dijo el abogado de Romero—, es que deben hacer lo posible por detener a las personas que le han causado estos perjuicios económicos, morales y físicos. —Hizo un gesto a su cliente para que se tranquilizase.

El abogado Eugenio Bazo estaba allí en representación de Adolphson, Mostkovitch & Bazo. Lo que le había pasado a Romero no le preocupaba lo más mínimo, excepto por la factura que presentaría el bufete. Sin embargo, cualquier palabra que pudiese emitir ese hombre sí podría llegar a ser preocupante. Romero estaba rodeado de causas, casos, órdenes, vistas preliminares, careos... si le hubiesen cortado la lengua, estaría más tranquilo. Bazo estaba allí para que el bufete pasase a llamarse Bazo, Mostkovitch & cualquier otro apellido. No soportaba más a Lester Adolhpson y Allan Mostkovitch, que era el alma de la empresa, no se atrevía a dar el paso. Bazo fue el último en asociarse, pero sus ganas de progresar no tenían límite. El suyo sería el primer apellido, Mostkovitch seguiría

siendo lo que le gustaba, el segundo, y ya buscaría un apellido más comercial para el tercer puesto.

La descripción que Romero hizo de los hechos dejó boquiabierto al comisario Sanz, que al comienzo de la narración hizo llamar al inspector Del Río. «Vamos a ver si el guaperas se quema con este asunto», pensó. Teniendo en cuenta lo inverosímil de la historia, la baja cifra del chantaje, secuestro, robo o lo que fuese que había pasado y, sobre todo, el denunciante, sería un caso complicado e imprevisible, diseñado para cometer errores de bulto. Podría ser que el propio Romero lo hubiese inventado por algún retorcido motivo. Además, siendo Romero uno de los principales causantes de la ruina económica de Del Río, sería fácil que este metiese la pata y se lo pusiese fácil a la hora de deshacerse de su estrés. Incluso era posible que Del Río, en su proceso de transición a la pobreza, estuviese implicado de alguna forma. Él mismo reconoció que estuvo en la urbanización de Romero por una alarma imaginaria, el propio Romero podría corroborar el número de matrícula y la marca de la camisa que llevaba si era necesario. Del Río escuchó pasivo e incrédulo. El comisario le había enviado al laboratorio con las monedas que el secuestrador le había dado como cambio a Romero y con la factura.

Del Río entró de nuevo en el despacho alzando unas copias de la factura y dejando una encima de la mesa, frente al comisario.

—Ya tiene copias todo el mundo —dijo—, hay mucha información, precios de comidas, gasolina, herramientas...

El comisario se puso sus gafas y leyó en voz alta:

—Menú del día, gasolina, tijeras de podar... tres helados... bayetas limpiacristales, guantes de esquí... cemento...

—Todo muy... legal —dijo Del Río, recibiendo la furibunda mirada de Romero, Bazo y el comisario.

—Quiero decir exacto, meticuloso, estudiado, planificado.

—No nos entusiasmemos —moderó el comisario—, puede tratarse de pistas falsas, para liarnos. Señor Romero, ¿le dice algo la cifra de dos mil cien euros?, alguna deuda, algún trabajador descontento, alguna nómina sin pagar...

—¿Dos mil cien euros?, está usted muy confundido si se piensa que hay alguien en mi empresa que cobre dos mil cien euros —dijo Romero recostándose en la silla.

—Mi cliente se refiere —intervino Bazo, muy atento— a que el personal de Romero Holding o cualquier otra razón social asociada a su nombre, percibe el salario estipulado en los correspondientes convenios colectivos, acorde siempre a las categorías profesionales que acreditan y las tareas que desempeñan, no llegando en ningún caso a esa cantidad.

Pasase lo que pasase entre ellos, el comisario y Del Río estaban de acuerdo en una cosa: los abogados serían necesarios en un estado de derecho, pero hasta cierto punto. Romero, sin embargo, estaba acostumbrado a este tipo de correcciones de los letrados en los múltiples interrogatorios que llevaba a sus espaldas y, a pesar de que los abogados le resultaban excesivamente caros, reconocía su labor: estaba en libertad. Al abrirle el gobierno la primera causa y después de la primera detención, sabiendo lo que el abogado le iba a cobrar, estuvo a punto de renunciar a ser defendido. Preguntó precios y eran similares, exceptuando dos ofertas poco fiables. «Traedme los libros y las leyes, que en quince días lo aprendo todo», dijo. Le explicaron que eso no funcionaba así, que era una carrera universitaria, necesitaba una licencia y colegiarse. «Lo abogados cobran más que cualquier prostituta de cualquier raza que te imagines», le dijo un día a Ernesto Salgado, que las cantidades importantes las calculaba en servicios privados de mujeres y presentía que no le quedaba mucho para tener que contratar alguno.

—Tres mil cuatrocientos diecisiete euros —repitió Romero,

sacando un paquete de tabaco y un mechero de su americana—. Dos mil cien más los gastos dijo ese maldito asesino. ¡Me dio el cambio!

—Aquí no se puede fumar, señor Romero —le señaló Eugenio Bazo, que sabía perfectamente que eso era sancionable.

—¿La furgoneta? —dejó caer Del Río, sabiendo de las habilidades memorísticas de Romero—. ¿Seguro que no sabe la matrícula?

—Segurísimo —dijo Romero—, cuando me empujó no la vi, y cuando me dejó salir me traicionaron los nervios, no la miré.

—Sin la matrícula será complicado —dijo el comisario

—Bar Secretary —recordó Romero—, eso ponía, sí. En un lateral. Estaba gastado, borroso. La furgoneta era de color blanco roto, pero sucia.

El comisario hizo un gesto al inspector, para que apuntase.

—¿Blanco roto? —preguntó Del Río intrigado.

—Sí, blanco roto y sucia. Como el blanco, pero dos veces manchado, busque un sistema tintométrico y lo verá.

—Está bien —dijo el comisario—. Cursen aviso a la Guardia Civil, Policía Local y revisen registros de empresas. Busquen ese bar... Secretary. Cámaras del polígono y accesos. —Se puso en pie y animó con las manos—. En marcha. Les detendremos, Señor Romero.

—Tengan cuidado —les advirtió Romero mientras el comisario seguía hojeando los conceptos de la factura—, es un hombre peligroso, yo diría que es de las Fuerzas Especiales, de las COES o algo así.

—El señor Romero no está acusando a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, ni a las Fuerzas Armadas —aclaró Bazo—, simplemente habla de las características y aptitudes de uno de los sujetos que le causó el perjuicio antes mencionado.

—¡Bazo, cojones! —No pudo reprimirse Romero—. Y los otros

dos salvajes..., mi niña. El ruso, una mala bestia, ese tatuaje... y el otro, el colombiano, un tipo siniestro, del cártel.

—Luego veremos unas fotos no se preocupe. Pone aquí que un día comió a la carta —leyó el comisario para tranquilizar los ánimos—, y tomó una copa.

—Ya se lo he dicho, un hijo de puta sin corazón. ¡Un sicario! —explotó Romero poniendo la palma de su mano frente a Bazo, antes de que dijese nada.

—Del Río —le llamó el comisario cuando este salía del despacho—, llévese a alguien con usted.

—Lo haré —dijo del Río, que se quedó petrificado creyendo que el comisario había visto cómo guardaba en su bolsillo el paquete de tabaco de Romero.

Las casi tres horas que tardó David en regresar a casa, a Clara se le hicieron interminables. Asustada por el encuentro con Santi y nerviosa por lo que le pudiese ocurrir a David, intentó entretenerse con algo. Primero, con la televisión, cambiando de canal hasta llegar al último y dejar por fin una emisora de radio en la que se hablaba de la justicia como factor de diferenciación social. Le pareció una buena banda sonora para el momento. Después, con el móvil, pero lo dejó rápidamente y silenció por miedo a que Santi contactase de algún modo; con un libro sobre la arquitectura en hormigón, demasiado técnico; mirando de reojo por la ventana las pocas personas que transitaban por la calle exponiéndose al calor mortal de ese principio de verano y, de nuevo, la televisión. Se recostó observando el salón de David. Su mirada se detuvo en la fotografía de la casa en la ladera de una montaña imponente con una corona rocosa que parecía inaccesible hasta que su forma se convertía en una curva suave sobre la que se disponían praderas verdes y arboledas diseminadas entre las que estaba, en uno de los claros, la coqueta casa. Le pareció un lugar privilegiado para vivir. Esa fotografía estaba allí desde que subió a casa de David por primera vez, fue el primer elemento decorativo que recordaba haber visto. «No me extraña que quiera ir allí», pensó. Sabía que David estaba de paso. Con el tiempo, cuando se conocieron, hablaron y se abrieron, supo el porqué. Para ella todo se aclaró cuando le confesó las actividades a las que se dedicaba para conseguir dinero extra. Tenía una misión que iba más allá de la simple venganza. Para David era un proyecto con el que intentaba equilibrar los platos de la balanza, incluso parecía tener una parte pedagógica. Clara había pensado alguna vez en él como pareja. Era inteligente, buena persona, fiel, justo, era valiente y atractivo, eso no podía negarlo, pero eran amigos. Si eso no hubiese pasado... Concluyó que

le gustaba, y a pesar de que cada uno tenía formas diferentes de ocupar su tiempo libre, se le ocurría alguna que seguro podrían compartir. Desde luego nunca jugaría con sus sentimientos. Ir un paso más allá supondría, o bien algo estable o la ruptura de su amistad. Para ella, esas situaciones eran blancas o negras. La escasa relación que Clara tenía con su familia y su falta de raíces en los sitios en los que había estudiado y vivido, conformaron su carácter libre y sin ataduras, pero la hicieron vulnerable. La amistad de David era algo que valoraba demasiado para ponerla en peligro. «¿Dónde estará?», se preguntaba casi a cada minuto. Sabía lo que hacía y por qué, pero él nunca habló del cómo. No debía ser nada violento, había pensado en ocasiones, se habría enterado por las noticias.

La puerta del piso de David se abrió, cerrándose al momento.

—¿David? —preguntó Clara en tensión.

—Soy yo, tranquila —contestó él de inmediato.

Cruzó el pequeño pasillo hasta el salón. Ella salió rápido a su encuentro y se chocaron bajo la puerta del salón, agarrándose por la cintura.

—Perdona, Clara. A veces lleva su tiempo. He traído algo para cenar.

Clara deseaba abrazarle y besarle en ese instante, le miró a los ojos en el momento en que él soltó su cintura. David se quitó la mochila de la espalda y se dejó caer en el sofá.

—¿Entonces? —preguntó Clara, volviéndose—. ¿Se acabó?

—Se acabó. Viviré con lo que soy de verdad y tendré tiempo para otras muchas cosas. No te creas, estos asuntos absorben mucho.

—Gracias por dejar que me quede —dijo Clara, pensando en el momento perdido y preguntándose si él se habría dado cuenta. David, que había notado algo en sus ojos, movió la cabeza restando importancia.

—Te dejaré algo de ropa para que estés cómoda, voy a darme una ducha.

Le ofreció una camiseta y un pantalón de deporte. Clara, que se había fijado en la tabla de abdominales apoyada en el mueble del salón pensando que no sería de David, se interesó al ver el conjunto deportivo.

—¿Desde cuándo haces deporte?, no me habías dicho nada.

—Estoy empezando —dijo David mientras se quitaba la camiseta—, pero ya no me va a hacer falta, si quieres la tabla te la regalo. Póntelo, es muy fresco, es un tejido especial.

—Yo... no quiero molestarte —dijo Clara. Miraba por una rendija de la persiana—, doy un paseo hasta casa.

—No. No te vas a ningún sitio, aquí hay espacio de sobra, y nunca más vuelvas a decir que molestas.

Se metió en el baño sin posibilidad de que Clara pudiese replicar ese punto. Haría lo que hiciese falta por ella.

Fue una cena inolvidable, los dos juntos, hablando de todo. Rieron como hacía tiempo. Estaban en ese punto en el que era necesario olvidarse de lo negativo por muy grave que fuese, de la tensión y el estrés que les provocaban las obligaciones. David le mostró libros, trabajos, le contó historias de su infancia, de antiguas novias. Clara le enseñó fotos de adolescente en su móvil y le reveló secretos inconfesables. Poco a poco fueron tocando temas más serios y de nuevo tomaron el carril de incorporación a la autopista de las necesidades, el camino de las obligaciones y lo cotidiano.

—No creo que te concedan un préstamo con lo que pagan en la fábrica —dijo ella apurando una cerveza—. Te ayudaré, creo que tengo cuatrocientos euros en el banco.

—¿Me los dejarías?, ¿todos? —preguntó David—. Ahora mismo, estoy... como...

—¿Cómo? —Se anticipó Clara—. ¿Feliz?

—Muy contento digamos, y muy cansado.

David miraba su cara, su pelo, su cuello. Clara hizo un gesto asintiendo con la cabeza y levantando las dos manos a la vez en señal de victoria. David se levantó del sofá y se tapó un bostezo.

—¿No te quedas un poco? Tienes que contarme detalles de cómo lo hacías, ahora que ya eres ex bandido.

—No te pases —dijo David, acercándose para despedirse.

Clara le dio un abrazo fuerte cogiéndole por la cintura y pegando la cabeza en su pecho. Él la abrazó con ternura y le acarició la cabeza despeinándola un poco. Se miraron a los ojos, acercaron sus caras y sonaron en ese momento varias notificaciones en el móvil de Clara. Él lo señaló con la mirada.

—Ya no te aburres —dijo separándose lentamente de la chica y yendo hacia el pasillo—. Buenas noches, coge lo que quieras.

Clara permaneció mirando a David hasta que desapareció por el pasillo. «Tal vez no tenga que pasar», pensó. Se tumbó en el sofá, miró el móvil y abrió el mensaje:

SANTI: hola clara mi vida

Clara se sentó de un salto, miró hacia el pasillo vacío y dudó un momento entre levantarse a avisar a David o contestar. Tocó el recuadro de respuesta con decisión y apareció el teclado.

CLARA: déjame en paz

Sonó el aviso de otro mensaje, era un vídeo. Esperó a que se descargase, sería alguna ñoñería sobre parejas en la playa con corazones o algo similar. Abrió el vídeo y allí estaba Santi, en ese chiringuito horterá junto al río, pudo leer El Molino al revés en el gran letrero, en lo alto del tejado, junto a la rueda iluminada a tramos. Santi estaba con Rita, con copas en sus manos y riéndose. «Tienes un primo guay, Clara, un besito», dijo Rita. «Quiero tanto a tus padres» dijo Santi.

CLARA: no la toques y no sabes quienes son mis
padres, idiota!

SANTI: ahora si

SANTI: tu amiga habla x los codos

SANTI: tu amiguito hace

SANTI: unas cosas muy fuertes

SANTI: secuestra viejecitos

A Clara le ponía enferma que le mandasen cuatro mensajes para decir una sola cosa. Temió que David oyese los avisos y silenció el móvil.

CLARA: pasa de mi y deja a Rita en paz q quieres?

SANTI: un favor

SANTI: y te dejo en paz

SANTI: obligatorio

SANTI: ni una palabra a tu novio

SANTI: estas con el

SANTI: o les diré

SANTI: a mis colegas del molino

SANTI: que le vayan

SANTI: a buscar al curro

CLARA: K QUIEREEEEESSS?

Las imágenes de delincuentes fichados desfilaban por el monitor del ordenador. «No», «tampoco», indicaba Juan Romero. «Salte los nacionales», indicó el comisario Sanz al agente encargado del ordenador.

—¿Está seguro que eran ruso y colombiano? —preguntó el comisario—, los rasgos a veces pueden llevar a confusión.

—No funciona bien la aplicación, comisario Sanz —señaló el agente—, no sabemos qué hizo el inspector Pando, pero los técnicos no dan con ello.

—Joder, con Pando —resopló el comisario—. ¿No se sabe nada de él? Da igual, pase fotos, dele usted.

Después de unos cuantos «no» y filtrar las búsquedas, a Romero se le abrieron los ojos como platos. Agarró el brazo del agente para que parase, se puso unas gafas de cerca y miró al comisario.

—Ese cabrón —dijo Romero—, es ese. ¡Maldito asesino! Dios mío, ¡mi niña!

—No es una acusación, es comprensible que el señor Romero esté molesto ya que... —apuntó el abogado Eugenio Bazo que miró a Romero y decidió dejarlo ahí.

—¿Está completamente seguro? —preguntó el comisario.

Romero señaló con el dedo índice al monitor. El comisario se puso en pie y se acercó a la pantalla. El agente tecleó el nombre y apareció en grande la foto.

—Wilson Jesús Saint Michel.

Del Río sacó dos cervezas a la puerta del Café-Bar Security. Pensó que era mejor que Amanda esperase fuera.

—Gracias, Carlos, por permitir que trabaje contigo en esto —dijo la agente Bernal cogiendo su botellín—. Dime qué le ha pasado a Romero.

Del Río le contó lo que había escuchado en el despacho del comisario, los 2.100 euros, la factura, la vuelta en monedas, los helados, la furgoneta y el logo de un bar llamado Secretary, los dos asesinos internacionales que esperaban en el colegio de la hija, la bayeta, los sacos de cemento y que estuvo a punto de amputarle un dedo.

—¿Un dedo? —preguntó Amanda poniéndose alerta—. ¿Pero no se lo cortó?

—Dice Romero que no se atrevió, puede que le entrase prisa o se arrepintiese. ¿Quién sabe?

Amanda sonrió y chocó con su botella con la Del Río, que la miró sorprendido. Amanda Bernal le explicó algo que ocurrió cuando prestaba sus servicios en la UDEF, en la costa. Fue un secreto a voces que a Álvaro Puig, un industrial de la zona metido a promotor inmobiliario, le habían cortado un dedo en un extraño atraco. No lo denunció, pero un agente infiltrado como caddie en un campo de golf le escuchó hablar del tema. La información también les había llegado por otra fuente, aunque para la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal esos hechos no eran relevantes.

—Adivina —dijo Amanda cogiendo a Del Río por el hombro, que ya no pudo pensar en adivinar nada—, tenía varias parcelas junto a lo que iba a ser Playa Motors. Le estábamos investigando y, como sabes, Romero también está relacionado con el circuito.

—Lo sé. Pues nos pondremos con ello —dijo Del Río devolviendo el golpecito con la botella—. ¿Te parece?, Amanda.

—Desde luego. Necesitaremos armas de cierta potencia, nunca se sabe.

Tras establecer más filtros, Romero reconoció al compañero de Wilson Jesús. Estaba fichado por delitos que no tenían mucho que ver con la denuncia de Romero: hurtos de trofeos en varios clubs deportivos, venta de guitarras eléctricas falsificadas, robo de un fútbol en una cafetería y el que le llevó a prisión más tiempo, la sustracción, en una tienda de instrumentos musicales, de una gigantesca batería de doble bombo que transportó a su domicilio de tres viajes en su Lada Niva.

—Valdemara Adukauskas —comunicó el comisario por teléfono—. ¿Cómo van con las cámaras? Pues sigan con las del instituto y el polígono, tiene que haber algo.

Quien no aparecía en ninguna imagen era el conductor.

—Ponga fotos de mercenarios —le dijo Romero al agente del ordenador.

—Si no está fichado no tendremos su imagen —explicó el agente.

—¡Joder! —exclamó Romero.

—Quiere decir —intervino Bazo—, que es una pena y que supone un contratiempo para la identificación del cabecilla de la banda, ya que el Señor Romero está seguro de la preparación militar o paramilitar de dicho sujeto.

Un agente entró en la sala, se acercó al comisario y le susurró algo al oído. El comisario le tomó del brazo y salieron.

—El inspector Pando no aparece —comunicó el agente muy preocupado.

No le pareció al comisario Sanz tan grave como para irle a buscar.

—Ya aparecerá, hombre —le tranquilizó—, creo que tenía algún día libre.

Menos de dos minutos fueron suficientes para que el agente le explicase al comisario que el inspector Vicente Pando había sacado información de los servidores informáticos en un disco duro de gran capacidad; que en la central habían corroborado que recibía

ingresos regulares en varias cuentas; que chantajeaba a jueces y también a delincuentes; que su casero decía que había dejado el piso y que a él, personalmente, le parecía que no iba a volver a aparecer por comisaria. Todos los planes del comisario de traspasar sus preocupaciones y estrés a sus compañeros de trabajo se esfumaron de nuevo.

A Clara le caía una lágrima por la mejilla. Una gota de rabia. Santi conocía las actividades de David y, según él, tenía pruebas que entregaría a la policía. Quería documentos de David o lo que tuviese sobre un anciano ricachón al que había secuestrado en una furgoneta. Santi quería hacer lo mismo y ascender de categoría, había dicho. Ese drogadicto desgraciado amenazó con hacer daño a sus padres, a Rita y al propio David. No podía traicionarle. David era su mejor amigo y después de ese día, Clara estaba segura de sentir algo que iba más allá de la amistad. Sabía que él sentía algo similar. Se había ofrecido a solucionar juntos el acoso de Santi sin que le importase meterse en algún lío, ahora que había terminado con sus cobros. Con el salvaje de Santi correría peligro, tendría que darle algo que no comprometiese a David y él le entregaría las pruebas que decía tener. Tomarían algo, iría en actitud sumisa y le pondría unas sonrisitas. A Santi le bastaría con saber que había ganado y que controlaba la situación. Eso sería suficiente para satisfacer su ego macarra y machista. Se lo confesaría a David en el futuro. «En el futuro», pensó, y se dio cuenta de que cada vez que pensaba en el futuro se veía junto a David. «A los amigos no les pasa esto», se dijo. La lágrima ya bajaba por el cuello y la secó con la camiseta de David, «creo que me estoy enamorando», asumió. Le ayudaría a recuperar sus pruebas, mejor dicho, ella lo haría.

Desde que se tumbó en su cama, David supo que dormiría bien. Clara estaba en su salón, alejada de ese bruto de Santi, y había terminado una época de su vida, se acabaron los cobros. El último había sido un buen trabajo. Se relajó y repasó mentalmente los detalles desde que había dejado a Romero. Primero condujo hacia el Polígono Sur, hasta la nave que tenía alquilada en una calle sin salida en la que no había ningún negocio con cámaras. Introdujo la

furgoneta, la limpió, quitó el vinilo de la cafetería y guardó todo en bolsas de basura que tiró a su vuelta en contenedores diferentes. La nave tenía, al fondo, una puerta que daba a otra calle, prácticamente de la misma medida que la furgoneta, y por dentro estaba bloqueada con estanterías, cajas de libros, tubos metálicos y un póster de la casa de sus padres junto a la preciosa montaña pegado sobre las dos hojas. Sacó la furgoneta por esa puerta y la aparcó al fondo de la calle de la otra parte del polígono, junto a una panadería. Eliminó las huellas de las ruedas hasta la salida de su garaje. A esa calle solo se accedía dando media vuelta por donde había venido y rodeando ese polígono, sin duda mal diseñado. De ahí que en la calle a la que daba la puerta trasera de la nave de David no hubiese apenas actividad, la mayoría de negocios estaban cerrados o eran traseras de otras naves. Cerró por dentro la puerta trasera, volvió a colocar estanterías, cajas y tubos. Pegó de nuevo el póster en el centro, sobre las dos hojas de la puerta. Tomó un soplador de jardinería, lo encendió y apuntó al suelo provocando una nube de polvo hacia la puerta. El póster de la casa se despegó de una esquina, se acercó y presionó la cinta adhesiva con la palma de la mano. Se cambió de ropa y puso el mono en una bolsa de basura junto con la gorra y todo lo demás. Comprobó de un vistazo que la cinta del póster siguiese pegada, volvió a presionar con la mano y se marchó antes de que hubiese bajado del todo la nube de polvo. Caminó hasta su coche dando un rodeo, se deshizo de la basura y paró a comprar unos kebabs y unos pasteles para la cena. Por la mañana borraría todos los archivos del ordenador y formatearía el disco duro.

Dio media vuelta en la cama, había visto algo en Clara, estaba seguro de que sentía algo por él, aunque podría ser por el momento de debilidad en el que se encontraba. Mañana sería otro día.

El inspector Del Río hacía ya tiempo que dormía con el insomnio como compañero de habitación. Tuvo que vender la casa de su propiedad por motivos económicos. Por aquel entonces ya no dormía y, en el pequeño piso del centro que alquiló le ocurría lo mismo. Fumaba un cigarro asomado a la ventana, la cruz verde de la Farmacia marcaba 01:10 y 27 °C. La televisión, de fondo, narraba la construcción de un gigantesco barco, pero en su cabeza solo había sitio para Amanda Bernal.

«Vicente Pando va a ser un gran problema», pensó el comisario Sanz. No trascurrieron cinco minutos desde que el agente le transmitió los detalles de lo que él pensaba que se conocería en el futuro como «Caso Pando», cuando recibió la primera de muchas llamadas. Excusas, explicaciones, reparto de responsabilidades, pedir tiempo... Así pasó las siguientes horas. Pero faltaba «la llamada». Tenía que esperar a que ella llamase, le avisaron de que lo haría. Daba por perdida la batalla por el lechazo del domingo. La jueza Aida Borrego no se mostró tan dura como era previsible, esa mujer controlaba todo y a todos. Había rechazado dos veces un ministerio, algo que le suplicaron los dos partidos mayoritarios en diferentes legislaturas para que iluminase la justicia. La iluminación en la que mejor se movía esa mujer eran las sombras. Era intocable e incontestable. La conoció a través de las personas que le promocionaron y, muchas veces, ante la toma de decisiones delicadas, había recibido alguna llamada de alguien que decía que hablaba en nombre de un cargo que recibía instrucciones de la jueza Borrego. «Es de vital importancia solucionar lo de su inspector desaparecido, con eficacia y rapidez», le dijo, «sin daños de relevancia, es absolutamente vital, comisario», repitió la jueza, que con tanta referencia a la vida estaba poniendo

nervioso a Sanz. «A propósito, alargue el tema de Juan Romero, sé que ha estado allí. Por los datos que tengo hay implicaciones de fuera de la Unión Europea. Sudamérica y puede que Rusia, he oído. Haga algo para que no proteste, pero que no se avance en la investigación», continuó la jueza. «Ah... comisario, si todo sale como esperamos, puede que el puesto de director adjunto operativo le esté esperando. Ya sabe que confiamos en usted», dijo y colgó.

Esas noches de calor, Amanda Bernal se acomodaba en su jardín rodeada de carpetas y el ordenador portátil. Llevaba el pelo suelto, una camiseta de tirantes corta y unas braguitas. Ese era su vestuario habitual. Dos adolescentes se asomaron por encima la tapia del jardín con mucho sigilo. Amanda le dio un lento mordisco a una manzana, marcando los tiempos y provocando el chasquido. Con una gran destreza se la lanzó a uno de los muchachos acertando de lleno en su frente. «Joder, otra vez, ¡vámonos, tío!», dijo el que hizo de diana. Amanda siguió ojeando un catálogo de armas antiaéreas urbanas. «Pero yo no la he visto...», escuchó quejarse al otro.

Juan Romero iba a tener problemas para conciliar el sueño. El abogado Bazo le llevó en coche a casa, «me van a cobrar un huevo por esto», pensó. Su mujer esperó a que llegase, le aseguró que su hija estaba bien, en casa de sus tíos, y se fue a la cama subiendo la escalera agarrada de la mano de dos calmantes que había ingerido. Romero era más tradicional, se sentó en su butaca con una botella de anís y una copa, encendió un puro y puso la televisión. Repasó pequeños detalles de lo ocurrido: 2.100 euros, una bayeta, el cemento. Tal vez todo tenía un significado, podría ser una de esas bandas de asesinos que utilizan objetos simbólicos, podrían estar relacionados con algún hecho de su pasado. Pero la mafia rusa y los traficantes colombianos no cuadraban, a no ser que alguna operación suya estuviese conectada con algún fondo inmobiliario o

algún grupo de empresas que desconocía. Los sacos de cemento... «Algún constructor», caviló. Las tijeras de podar... Miró su dedo con el vendaje. Apuró la copa de anís, dejó el puro en el cenicero, cogió su móvil y marcó de memoria.

—...Pues mal, muy mal, diría yo... —dijo Romero—, sí, por algo que me ha ocurrido hoy... algo malo, sí... Mira, Salgado, ya me estás diciendo dónde está tu dedo y quién coño te lo cortó.

En otra época, las noches de verano en el chiringuito El Molino habían sido muy famosas. El local seguía atrayendo gente, aunque ahora era otro tipo de clientela. La música resonaba a varios kilómetros de la otra orilla. El bañarse en el río fue una tradición durante muchos años, pero los ahogamientos frecuentes y las infecciones que contraían los bañistas fueron desanimando a los clientes. La mala fama que estos hechos daban al local, hizo que la gerencia lo prohibiese. El río había perdido mucho, fue un modo de vida, un lugar de diversión, el centro de las dos partes de la ciudad. Ahora separaba esas mitades. Esa noche la fiesta era de las buenas, alguien había escuchado: «¡Invito a todo el mundo a una ronda!», y la cosa se animó, además, las redes sociales contribuyeron. En el centro de la pista, bailando sobre el gastado césped, estaba Santi, bebiendo y fumando con dos chicas en bikini que se grababan con su cámara de vídeo.

Clara subió la pantalla del ordenador portátil de David, estaba encendido, apagó el volumen y buscó algo que dejase contento a Santi y no le comprometiese. Abrió carpetas y documentos recientes, todo estaba muy estructurado. Una de ellas contenía unos vídeos. Fue abriendo archivos, eran imágenes de lo que parecía el interior de un dormitorio, un salón, estancias de una casa. En uno de ellos, en un gran dormitorio de matrimonio se veía a David con gorra y unas gafas de sol muy extrañas, moviendo la cámara que realizaba

las grabaciones y colocándola en el ángulo óptimo. En el escritorio, una carpeta con fecha reciente nombrada como «Trabajo Romero». Dentro, dos imágenes y un documento. Abrió el documento de texto. Una dirección, la imagen de un pequeño plano y una cantidad escrita: «100.000». Abrió una de las imágenes, dos hombres que esperaba que David no conociese de nada en la puerta de un colegio. Hizo fotografías con su móvil y cerró todos los archivos. Santi conocía a la última víctima de David, «le he visto en la tele y ese tío tienemucha pasta», había escrito en uno de sus posteriores mensajes. En la mesa de trabajo de David, una carpeta con el mismo nombre que la del ordenador, «trabajo Romero». Ojeó el interior: más fotos de esos horribles individuos, el mismo plano, una hoja con idéntica dirección y la misma cifra: 100.000. Dejó la carpeta en la misma posición que estaba. Esperaba que Santi entrase en razón con las fotos que había sacado. Clara escribió en un taco de papel de notas «lo siento, David». Lo arrancó, arrugó y se lo metió en el bolsillo. Probó con «tranquilo, David», que también estrujó, guardó junto al otro y suspiró. «He tenido que irme, no quería despertarte, un...», dudó qué poner, y escribió «beso». Se puso su ropa, apagó la luz y salió sin hacer ningún ruido. Estaba cansada, pero no creía que fuese a dormir mucho esa noche.

David dormía profundamente, soñaba que estaba junto a Clara y que despertaba intranquilo porque había soñado con dedos amputados que colgaban de la pared de su dormitorio, dinero que no quería y un perro rabioso que le perseguía. Se asomaba a la ventana, allí estaban las montañas que tanto echaba de menos, y tras él, en la cama, la mujer que amaba.

CAPÍTULO V: Fiesta.

22

A las 10:30 de la mañana el sol lucía con tanta potencia que parecía convertir las cosas en transparentes, otro día de calor para la historia de los registros de temperatura. En la ribera se dormía bien y el alcohol siempre había colaborado, de forma positiva, en esa función vital. Santi abrió los ojos con dificultad, el sol le daba en plena cara. Estaba tumbado en el suelo, boca arriba, los brazos extendidos y con sus anillos de calaveras mirando hacia la palma de su mano. Dos chicas despeinadas se lavaban la cara con el agua de un barril. Santi distinguió una rueda en lo alto, a medida que se incorporaba pudo leer un nombre al revés en el tejado: El Molino. «Joder», dijo con voz pastosa. Recordó vagamente y se dejó caer de nuevo unos segundos. Esparcido por el destrozado césped había botellas, algún zapato, chanclas, un bikini, camisetas y vasos de plástico. La televisión estaba encendida en la zona de la barra. Se sentó en el suelo y vio junto a una piscina hinchable, sentado en una tumbona, de espaldas y protegido por una sombrilla, a Félix Cadenas leyendo el periódico junto a una mesa. Alejado de la piscina, Íñigo, su hombre de confianza, con sombrero de paja y gafas de sol, en una silla, hierático. Santi cerró los ojos, se frotó la frente, resopló, se levantó estirando los brazos, se colocó el pantalón y se dirigió hacia la piscina. En su camino sorteó a una chica, Rita, que estaba dormida con la cabeza sobre un montón de ropa de la que salía una manga

que reconoció como de su cazadora. Pegó un tirón haciendo que la cabeza de la chica girase y cayera hacia el otro lado golpeándose contra el suelo. Sacudió la cazadora un poco, cogió un paquete de tabaco que encontró más adelante en el suelo y un mechero que estaba dentro de un vaso. Mientras caminaba en dirección a la piscina encendió un cigarro. Se fijó en Cadenas, tenía una extraña melena que no lucía el día anterior, le caía por los hombros, muy negra, totalmente lisa y se giraba en una especie de picos hacia los lados. Las dos chicas del barril se metieron en la piscina. En el chiringuito, en la barra del bar, dos camareros colocaban las mesas y las sillas de la zona techada. Uno de ellos llamó con la mano a Santi y le hizo un gesto como si le estuviese grabando con una cámara de cine antigua, de manivela. Santi recordó la cámara de vídeo, estaba ya junto a la tumbona de Cadenas. Se puso las manos abiertas a ambos lados de la boca y gritó con fuerza mirando al camarero de las señas:

—¡Ahora voy!

Félix Cadenas bajó el periódico golpeando sus muslos con fuerza y mirando al cielo.

—¿Qué tengo dicho de dar voces aquí? —preguntó enfadado y sin girarse.

Al instante, Íñigo se levantó de la silla y se acercó a la mesa de Cadenas con sigilo y rapidez, como deslizándose.

—Perdone, señor Cadenas —dijo Santi llevándose la mano a la boca y quemándose con el cigarro.

Avanzó despacio y se colocó de pie junto a él. Había una silla junto a la mesa e hizo ademán de sentarse en ella.

—Siéntate, Íñigo —se adelantó Cadenas, dejando a Santi con la mano extendida y resignado a permanecer en pie. Cadenas estaba muy moreno y ese peinado tan extraño... Santi se preguntó si llevaría más de una noche dormido. Cadenas notó que se fijaba en el pelo y balanceó la cabeza con suavidad.

—¿Qué te parece? —preguntó a Santi.

—Lo importante es que esté usted cómodo.

La mirada de Cadenas desaprobaba la respuesta y Santi la cambió rápidamente.

—Pero está de lujo —rectificó, observando mejor—. Sí.

Cadenas giró la cabeza buscando a las chicas de la piscina.

—Mis peluqueras —dijo orgulloso—. Excelentes chicas, vienen todas las noches. Lo que no me gusta de ellas es que llaman mucho la atención con ese coche que tienen... y la música tan alta, pero bueno, son buenas muchachas, como tú, muy considerado, te invitaste a una buena fiesta. Así vamos bien, Santiago, muy bien.

—Ya le dije que me iba bien —dijo Santi confiado y comenzando a recordar detalles, menos lo de pagar una gran fiesta—, y me va a ir mejor, señor Cadenas. Voy a conseguir una información muy importante para usted, creo que puede haber mucho dinero, un tío que tiene mucha pasta. Le he visto en la tele.

Cadenas no le dio demasiada importancia al ofrecimiento, abrió una carpeta que había encima de la mesa y entregó dos hojas a Santi.

—Me parece muy bien, podremos hacer cosas juntos —Le hizo un gesto para que mirase las hojas que le había entregado—. Es la factura de la fiesta.

Santi vio la larga lista de dos folios y se centró en el final de la segunda hoja, en el total, 5.150 euros, IVA incluido. Intentó no ser expresivo mirando de reojo a un lado y a otro.

—Esto del IVA..., señor Cadenas, mi tío es escayolista y pasa totalmente del IVA —dijo Santi con picardía—, a lo mejor nos conviene a los dos. Cadenas le miró a los ojos, torció el gesto y se incorporó en su tumbona.

—Nosotros no somos una puta obra. Hostelería y espectáculos —aclaró—. No podemos pasar del IVA. El Molino es un negocio

respetable, tradicional, forma parte de la memoria colectiva de esta ciudad.

—Nada, si no se puede...

—Tienes que pagar tus impuestos, Santiago, los negocios es lo que tienen. Yo pago los míos.

—No hay problema, señor Cadenas.

—¿Has leído el periódico? —preguntó mostrándole una pequeña noticia.

—¿El periódico? No... todavía no.

—Pues mira, Santiago, mira lo que pone —procedió Cadenas a narrar la noticia—. Parece ser que un chino o tal vez un grupo de ellos, han comido un murciélago o una especie de tejón escamado que se había comido uno, o puede que los dos animales contactasen de alguna manera. Bien, a ese chino o grupo de ellos, les han contagiado algo raro. Han muerto nueve personas y en su pueblo todos andan con mascarillas puestas, temiendo que la bacteria o virus o lo que sea, llegue a una ciudad cercana. Las autoridades de la ONU, creo, bueno aquí lo pone, yo te hago un resumen —prosiguió Cadenas—, temen que esto ocurra en invierno, porque aumentarían los casos de neumonía, agravarían otras enfermedades y serían mortales... Es un mal bicho. No es la primera vez que ocurre, por lo que dice la noticia. Y no te digo nada como se extienda.

Santi escuchó sin perder detalle, intentando relacionar aquella historia con la fiesta y esperando que la actitud de esos chinos no le costase dinero.

—¿Qué crees tú qué significa? —preguntó Cadenas, cerrando el diario.

Santi miró a los lados y a Íñigo, que en su nueva silla seguía recto e inmóvil, buscando la respuesta que esperaba el pedante de Cadenas.

—Pues que deberían pedir kebab o pizza —contestó Santi—, los

murciélagos son asquerosos, y los tejones... —Santi se concentró en un tejón para que le llegase la imagen y concluyó—. También.

—Eso es lo de menos —dijo Cadenas negando con la cabeza—. Murciélago y tejón ya están digeridos, querido Santiago. Hay que ir más allá. Significa mucho más. Trae el teléfono, Íñigo, si eres tan amable. El hombre que citan en la noticia es un científico, una persona respetable que ha dedicado su vida al estudio, a experimentar, al ensayo y a interpretar y descifrar procesos de acierto y error.

Cadenas cogió el periódico, movió otra vez su nuevo pelo y se despidió de Santi.

—Tendrás cosas que hacer...

—¡Sí!, me voy ya.

—¡Santiago! —dijo Cadenas sin mirarle—. No olvides leer la letra pequeña de la factura.

Santi llegó hasta la zona cubierta leyendo los conceptos de la factura. El camarero estaba agachado, llenando las neveras con botellas. Santi alzó la cabeza por encima de la barra.

—Dame la cámara —dijo en tono desagradable—, y un zumo de naranja, frío. Y agua.

—Aquí la tengo —dijo el camarero sacando una bola de trapos de una de las neveras que estaba entre la barra y el acceso a la cocina.

Santi los desenrolló y dentro estaba la cámara de grabación directa en DVD.

—Pon el zumo y un litro de agua —dijo cogiendo la cámara con temor a que se hubiese estropeado—. ¡Espabila! La cámara está helada, tío.

Se bebió el zumo de un trago, se limpió con la mano, cogió el agua y se fue.

—¡Caballero!, son cuatro con ochenta —dijo el camarero, esperando con las dos manos en la barra junto a un pequeño plato con el ticket.

Santi dio media vuelta, se mordió los labios y señaló a Rita, que seguía tumbada en la misma posición.

—¿Ves esa chica ahí tumbada?, me ha dicho que pagará mi desayuno cuando se despierte. ¿De acuerdo?

El camarero cerró el tema con naturalidad, evitando conflictos y miró con los ojos entrecerrados a Rita para que no se le olvidase.

—De acuerdo, caballero, así será —dijo retirando el plato.

Santi se sentó en una sombra junto al coche y leyó la letra pequeña de la factura de la fiesta. Era una frase: «El plazo para abonar esta factura es de tres días naturales y no se admite ningún motivo en la dilación del pago». La dobló varias veces y la metió en el bolsillo de su cazadora vaquera. Encendió la videocámara, nervioso, y abrió la pantalla: una chica besaba a un hombre vestido de flamenco que bebía un vaso de cerveza que acercó a la cámara. La imagen se giró 180 °C y apareció una de las peluqueras, el zoom se centró en su escote. Santi se asustó, no podía haber perdido las imágenes. Esa grabación podría ser la llave para trabajar en la organización de Cadenas, y ahora, además, estaba directamente relacionada con el abono de la factura de la fiesta. La información que podía sacarle a Clara y a su nuevo novio seguro que era oro puro, aunque también sopesaba la posibilidad de hacerles chantaje de forma regular. De momento, ese tío con el que estaba Clara pagaría la factura de esa fiesta que Santi no recordaba haber promovido.

—¡Me cago en la puta! —gritó temeroso.

Pasó las imágenes hacia adelante viendo escenas de la fiesta a cámara rápida. Pulsó *play*, los invitados de la fiesta cantando, «vamos muy bien, borrachos como cubas y qué...» y, de repente, una panorámica del edificio donde vivía David. Santi pasó hacia adelante

comprobando y parando: el coche de David saliendo del garaje; el salpicadero del copiloto del coche de Santi; el coche de David por la autopista; un bote de cerveza entre las rodillas de Santi; David saliendo de un garaje de un polígono en una furgoneta; la fachada de Romero Holding y, por fin, David empujando a ese viejo rechoncho al interior de la furgoneta del Café-Bar Security. Ese bar le sonaba de algo, «ya caeré». Santi esbozó una amplia sonrisa.

—Os vais a cagar, parejita de gilipollas.

Cerró la pantalla, extrajo el disco, lo sopló con cuidado, lo metió en una funda de papel arrugada que sacó del bolsillo del pantalón y lo guardó en su cazadora. Su coche aceleró por el camino provocando una gran polvareda. Cadenas escuchó el acelerón del coche de Santi desde su tumbona. Hablaba por un teléfono antiguo de ruleta, conectado a un cable que venía desde la barra del chiringuito.

—Quiero que me consigas una cosa que me hace falta... para dentro de unos meses, pero las quiero ya... Mascarillas... Sí, de esas de los médicos o de pintores... No vamos a hacer reformas, no... ¡Te digo qué no!... Sí, ya sé que tu tío es albañil... ¿Cuántas?... Pues, depende de las que puedas conseguir, supongo que escasean, las estarán pidiendo el gobierno y un montón de empresas... ¿No?, pues muchas.

En pie, con una taza de café en una mano y la nota de Clara en la otra, David miraba por la ventana del salón. Algo malo tenía que haber ocurrido. Cuando se dispuso a eliminar todos los archivos del ordenador, en el documento de los datos de Romero se reflejaba un acceso a una hora en la que él estaba acostado. Miró la nota de Clara y comprobó la carpeta de Romero con las fotografías impresas en blanco y negro de los delincuentes infravalorados, no faltaba nada. No podía desconfiar de ella, algo tenía que haber sucedido cuando Clara se quedó en el salón. Tenía la mirada perdida en la foto de la casa. Frente a él, la silla con la camiseta de Clara. De repente le dio una fuerte patada y la tiró. Tras unos segundos colocó la silla en su sitio y cogió la camiseta. Entró en el baño, abrió el cesto de la ropa sucia, se detuvo, lo cerró y llevó la camiseta de nuevo al salón, dejándola con cuidado en la misma silla. Cogió unas llaves de un cenicero y salió del piso.

David, en el coche, esperaba en la rampa interior del garaje a que la puerta de salida se abriese. A contraluz, en lo alto, pudo ver a alguien parado en el centro. Frenó al llegar arriba y le reconoció por las fotos que le había enseñado Clara. Santi dio unos toques con el anillo de la calavera en el cristal de la puerta del copiloto.

—¡Abre, payaso!, quiero enseñarte algo.

David le hizo un gesto para que abriese él mismo. Santi subió al coche y cerró de un portazo.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó con gracia.

—Te había visto en una foto —contestó David.

—Soy famoso, ¡eh! —dijo Santi cambiando el tono y poniéndose serio—. Y Clara, ¿qué tal está?

—No lo sé, no está en mi casa.

—Ya sé que no está en tu casa.

Santi cerró el puño y amagó con darle un puñetazo desde abajo. David se encogió en un acto reflejo. Santi le golpeó con la mano abierta en la nuca. David cerró los ojos, respiró hondo y comenzó a pasar el pulgar por las yemas de sus otros cuatro dedos. Santi dio un golpe en el volante.

—Pero ¿cómo puede estar con un tío como tú? —dijo Santi entre dientes.

—No estamos juntos.

—Está buena, ¿eh? ¡Vamos, arranca!, yo te digo dónde vamos.

David condujo hacia la salida de la ciudad, a la zona del río. A lo lejos pudo ver el cartel de El Molino y por un momento pensó que se dirigían allí. Santi le indicó el camino que llevaba a una gravera abandonada. Aparcó junto al río. Llevaba bastante agua, el invierno pasado había nevado en abundancia, las montañas estaban muy cargadas y la primavera había sido fría hasta que llegó la insoportable ola de calor. La corriente bajaba rápida, oscura y arremolinada. En la otra orilla, a lo largo de un paseo arbolado, podía ver gente corriendo y paseando. «Esta es la orilla mala», pensó David. Santi tomó asiento en una piedra a la sombra y David permaneció de pie, expuesto al sol. Santi abrió el visor de la cámara y le mostró las imágenes grabadas: primero las imágenes de la fiesta, hasta que cantaban «vamos muy bien...» y aparecieron las imágenes empujando a Romero dentro de la furgoneta. A David le pareció, en un primer momento, que no se le reconocía, la furgoneta no sería problema, no estaba a su nombre, se la compró a un vendedor ambulante en el rastro y tampoco estaba al suyo, pero si Santi hablaba con la policía le harían un montón de preguntas, el parecido físico era evidente y además Romero le reconocería por la voz o algún otro detalle. Le había pillado.

—Es un buen material. ¿Eh, listillo? —dijo Santi.

David no dijo nada, observaba las imágenes con atención. Unas gotas de sudor le caían por las sienes. Miró hacia arriba, allí solo había un gigantesco sol.

—A Clara le gustaría verlas, seguro —dijo acercando la pantalla a David—. ¿Y la policía?, ¡ay! si se enteran... No creo que estés preparado para una sentencia de retención, secuestro y robo con violencia. Le robaste, ¿verdad?

—De acuerdo —dijo David quedándose más tranquilo y sabiendo que se trataba de dinero y no de Clara—, ¿qué quieres?

—No sabría por dónde empezar. ¿Quién es el tío? —preguntó.

Sacó el DVD, lo guardó en su funda de papel y lo metió en el bolsillo. David le miraba, buscaba algún punto débil en aquel desgraciado.

—No hay que dejar el disco dentro de la cámara —dijo Santi—, se pueden perder las grabaciones, por los campos magnéticos o algo así. No tienes ni puta idea de rodar.

—Te advierto que no tengo mucho dinero —dijo David pensando que el punto débil de Santi era todo él.

Santi levantó la mano amenazando con otro golpe y esta vez el acto reflejo de David fue más leve. Repitió el amago y David cedió apartándose.

—Tú no me adviertes nada. Quiero cincuenta mil euros y puede que algún favor.

—Escucha un momento...

—¡Escúchame tú a mí! —Se levantó Santi.

—Tranquilo, por favor, no tengo tanto dinero —dijo cambiando de táctica y mostrándose asustado—. Le robé menos de dos mil euros... lo que pudo sacar del cajero.

—No me jodas, lo haces con mucha naturalidad. He visto a ese tío en la tele, es un pez gordo, un millonario.

—Era la primera vez, no sé ni cómo fui capaz... —David se derrumbaba casi gimoteaba—. Es coincidencia que me hayas visto. Quería darle el dinero a mi tía Silvia, están pasando muchos apuros... y a mis primos.

—¡No me vaciles! —dijo Santi amagando con la mano.

—Si tuviese dinero, ¿trabajaría en una fábrica? Mi casa es de alquiler... No tengo tanto ni de lejos, te lo aseguro.

Santi se había levantado y se movía inquieto de un lado a otro, cámara en mano.

—Me estoy poniendo nervioso, si esto lo ven los maderos, sabes lo que pasará...

—¡No tengo tanto!, pero sé que ese tío sí lo tiene...

—Eso también lo sé yo —dijo dejando a David de piedra—. Esos socios tuyos... dan miedo. Ni una palabra a esos tíos, en serio, o...

David se quedó en silencio, quieto, descolocado, pensando en cómo podía conocer a los dos delincuentes infravalorados. Clara. ¿Por qué? No le habría traicionado, no podía ser. De algún modo este hombre la había amenazado.

—Ni una palabra, si les huelo, ya sabes lo que podría pasar. Clara ha vuelto conmigo. Quiere que repartamos el dinero, puede que nos vayamos a Florida, ¡con dos cojones!

David miró a Santi, respiró hondo y se repuso. Ahora sí que estaba seguro de que lo que quiera que fuese que Clara había hecho o dicho era bajo amenaza.

—Yo... no sirvo para esto, lo reconozco, hace falta alguien que sea más...

—Con cojones —dijo Santi de forma explícita.

—Con experiencia, que sepa lo que hace. A mí todavía me tiemblan las piernas. ¡Con cojones, sí! Ese hombre tiene mucho dinero en casa. —David sabía que había captado su atención. Santi escuchaba muy concentrado.

—¿Cien mil?

—Sí, cien mil —dijo David, que era la cifra que estaba apuntada en la carpeta—, no será difícil para alguien valiente y decidido... con huevos. Yo solo quiero ese disco y olvidarme de todo. ¡Dios mío!

David decidió no meter a Clara en sus reivindicaciones. Santi frunció el ceño, se rascó la mandíbula y miró la cámara de vídeo. Estaba confundido.

—No tengo tanto dinero, cuando cobre te daré mi salario —dijo David casi suplicando—. Pero tienes que darme el disco.

—Si consigo ese dinero —dijo Santi y encendió un cigarro—, te daré el disco. Y a Clara, te la puedes quedar, sé que estaba contigo. Cuando yo la pillé tenía el coñito así... —Simuló un pequeño agujero con el índice y el pulgar y puso la mano entre la cara de David y la suya.

David miró la mano de Santi y se acarició las yemas de los dedos con el pulgar.

—Es compañera de trabajo, no sé qué le pasó, estaba asustada. Me desperté y se había ido. Te daré la información para que puedas conseguir el dinero, me das el disco y en paz. Yo jamás diré nada, me iré a vivir a otro sitio si quieres, por favor...

—La información de la casa me la va a pasar la señorita, ya hemos hablado. También me ha pasado la foto de tus socios.

—Tengo información que ella no conoce, no creo que la haya encontrado.

Santi se levantó, sacó del bolsillo de atrás la factura que le dio Cadenas, la desdobló y se la entregó a David.

—Empezaremos por esto, irás a El Molino a pagarla de mi parte y le dirás al señor Cadenas que trabajas para mí.

—No sé quién es el señor Cadenas, ni tengo ese dinero.

—Cuando llegues lo sabrás, no te preocupes.

David, cabizbajo, se tocaba los ojos. Santi se reía, estaba crecido.

—No llores, que te meto una hostia.

Revisar grabaciones de cámaras era una tarea tediosa, reservada para agentes principiantes o a veces como castigo, a no ser, claro, que el caso fuese llamativo e importante. La relevancia del caso Romero, un personaje conocido, la dedujo todo el personal de comisaría la tarde anterior. El comisario alterado, aquel pomposo abogado, la extraña narración de los hechos y la posible implicación de rusos y colombianos, hicieron que a todos les picase la curiosidad y se motivasen. Debía ser un asunto muy gordo. La sala de visionado estaba más llena que nunca. Las imágenes y los permisos para verlas llegaban con una rapidez inusitada: la Guardia Civil y las Policías Locales de los municipios implicados se volcaron. A nadie le quedaba claro si era por rencor hacia Romero, para demostrar la falsedad de la denuncia o para convertirle en objeto de mofa, si es que era cierto lo que declaró. De lo que el personal de comisaría no tenía conocimiento al aplicar tal exceso de celo, era de la llamada de la jueza Aida Borrego pidiendo al comisario Sanz discreción y que el asunto fuese evolucionando por sí mismo, o sea poco.

El comisario Sanz no daba crédito cuando se acercó a la sala de monitores para verificar que el proceso sería lento, ya que había horas y horas que revisar y decenas de furgonetas que comprobar. Allí dentro había una actividad frenética de agentes y monitores encendidos. «No se preocupe, comisario Sanz, le cogeremos», dijo un agente para tranquilizarle. «Nos apuntaremos un buen tanto», animaba una joven agente comprometida con el devenir de la comisaría como entidad con vida propia. El comisario desalojó la sala dejando el personal imprescindible y dos monitores encendidos. «Tenemos muchos casos abiertos», dijo, «cada uno a lo suyo, este hombre no tiene por qué tener favoritismos, es un ciudadano más. Daremos con él, pero vamos paso a paso, sin errores. Gracias a

todos, sigan con su trabajo», les dijo, «y que alguien traiga una “S” y la pegue en la puerta de mi despacho», concluyó.

Cuando llegó una notificación de que la Guardia Civil tenía localizado a Wilson Jesús Saint Michel, la agente Amanda Bernal y el inspector Del Río se extrañaron de la rapidez. Wilson vivía en una explotación de ganado, una finca a media hora en coche y era conocido por los guardias civiles de la zona. La masiva difusión de su foto fructificó en el momento en que la vieron, una cara inconfundible.

—Está localizado y los civiles están en la puerta de la finca —dijo Del Río a Amanda, que se incorporó de inmediato—, tenemos que preparar un operativo.

—¿Pero qué dice? —Fue la reacción del comisario a la petición de Amanda de disponer de una tanqueta y una docena de agentes—. ¿Cuántos hombres dicen que hay? Dos, ¿verdad?, y el otro no es el ruso... el tal Wilson se dedica a cuidar ovejas... y está allí la Guardia Civil... vayan ustedes dos y lo traen aquí.

Al comisario Sanz le invadió el desasosiego. «No me molesten en una hora», ordenó al cerrar su despacho. Una de las cualidades de la jueza Borrego era la de estar al tanto de todo durante todo el tiempo. «¿Cuándo descansaría esa mujer?», pensaba Luis Sanz. Sus pensamientos se desviaron a Del Río y a la expeditiva diosa griega que había reclutado como compañera. Ya no tenía claro si prefería que metiesen la pata pudiendo provocar consecuencias mayores y librarse de ellos, o que trajesen a ese Saint Michel. Un error grave daría sin duda publicidad al caso y allí estarían Romero y ese Bazo, su meticuloso abogado, para tocarle las narices y puede que para hablar con los medios de comunicación, intentando justificar algún complot o algo similar contra el propio Romero. O podría descubrirse que el inspector Del Río estaba detrás de todo, como venganza hacia Romero por lo de sus ahorros y, entonces, tendría dos huevos podridos en la

comisaría. Lo de Pando era responsabilidad de mucha gente, pero si Del Río la pifiaba con algo tan gordo, eso sí era asunto suyo. ¿Dónde estaría Pando? Y lo peor de todo, la intransigente y poderosa Aida Borrego estaría preparada con su hacha para acabar con su carrera y traspasarle a él todos los sacos de estrés que debía tener esa mujer. Lo mejor era que trajesen a Wilson, controlar el interrogatorio él mismo y que jamás encontrasen ni al conductor de la furgoneta ni al ruso. El comisario se levantó de su silla, había mucho movimiento en las oficinas y escuchaba hablar en alto y aplausos. Abrió su puerta y se asomó a la oficina común.

—¿Qué ocurre, Luisito? —preguntó intrigado a un agente de unos cincuenta años.

—Está detenido, comisario Sanz —contestó eufórico—. Valdemaras Adukauskas, el otro secuestrador, le traen a comisaría. ¡Es lituano!

David se dirigió a la ciudad con Santi como copiloto, fumando. Aunque fumaba en ocasiones, David nunca lo hacía en el coche.

—Intenta echar el humo por la ventanilla —le dijo.

—El humo se echa por la boca o la nariz, y va donde quiere.

A David le pareció inútil seguir con la conversación. Intentó concentrarse en los siguientes pasos. Se temía que Santi tenía pensado sacarle a ese disco mucho más partido del que decía y que no se lo entregaría, si es que lo hacía, hasta que no tuviese el dinero. Santi sabía que Romero tenía al menos 100.000 euros en su casa y no pararía hasta saber cómo conseguirlos. Por otro lado, tenía que pagar al día siguiente los 5.150 euros al dueño de El Molino, el tal Cadenas. Eso le preocupaba menos, tenía el dinero. Pero algo rondaba su cabeza, Santi estaba convencido de que no tenía dinero.

El coche se detuvo en el barrio de Santi, quien le dijo a David que iba a por su coche y a tomar algo. «Este hombre es un libro abierto», pensó David. Cuando Santi se disponía a salir del coche, David le hizo una petición.

—Necesito algo... te pagaré más. Pero lo necesito para conseguir el dinero de la factura, no tengo los cinco mil euros para ese Cadenas —Santi abrió mucho los ojos y le miró expectante—. Una pistola con silenciador —pidió David.

—¿Qué? ¿Una pistola? ¿Con silenciador? ¿Para qué?

—Tengo que conseguir ese dinero —explicó David intuyendo que el pago de esa factura era vital para Santi—, si no, no podré ir como trabajador tuyo a pagar tu factura. Intentaré conseguirlo con algunos pequeños robos, uno si tengo suerte.

—¡Pues te jodes! ¿Con silenciador? —Se rio con ganas—. ¡La hostia!, cuando lo cuente.

—Alguna que no sea muy grande. No se lo digas a nadie, por favor.

—Tranquilo, hombre, soy legal. Te puedo conseguir una sin silenciador. Mil doscientos euros. Recuerda que tienes dos días para pagar al señor Cadenas, si no...

—Te daré mil cuatrocientos, pero tienes... Por favor... tienes que enseñarme cómo se usa, yo nunca... Se nota que tú sabes mucho de esto, eres profesional. Yo solo atraqué a un hombre mayor, indefenso y por desgracia tendré que volver a cometer otro crimen. Tengo aquí el dinero, iba al banco, es todo lo que tengo.

—¿Tienes ahí mil cuatrocientos euros? —preguntó Santi arrepintiéndose de no habérselos quitado—. Mañana me recoges a las diez de la mañana, aquí mismo. Y ven solo —dijo como un profesional—. Trae la información para conseguir el dinero de la casa del viejo y te daré la pistola, cuando pagues la factura te daré el disco, y cuando tenga el dinero del gordito, que Clara elija con quién quiere ir. Tendrás todo el día para robar a quien te parezca y pagar al Señor Cadenas. Dame el dinero.

David le entregó los 1.400 euros que llevaba. Santi lo contó en un momento, casi sin mirar, dejando impresionado a David, que pensó que tal vez las aptitudes de ese hombre iban más por el campo de las ciencias. David sabía que volvería a buscar los planos de la casa de Romero. Esa era su oposición con plaza fija. Santi se despidió advirtiéndolo con el dedo índice.

David avanzó despacio, viendo por el retrovisor cómo Santi se metía en su coche. Sacó el móvil y llamó a Clara. Comunicaba. Veía a Santi en su coche hablando por teléfono. David empezó a dar golpes en el volante cada vez más fuertes hasta que paró de repente y se tocó las yemas de los dedos con el pulgar. Santi se puso en camino, David se detuvo más adelante en una zona de parada de bus, esperó a que Santi pasase y comenzó a seguirle esperando que condujese con normalidad.

La agresiva conducción de Santiago Urbizu hacía muy

complicada la persecución. Ese hombre desconocía la función de los intermitentes y entendía los colores de los semáforos como algo orientativo. No podía pegarse demasiado por si le reconocía, aunque no le quedó más remedio. En apariencia Santi no se daba cuenta. Santiago Urbizu había adquirido nociones de seguimiento, pero solo en un sentido.

CAPÍTULO VI: Amigos.

26

Juan Romero y Ernesto Salgado se acomodaron en un discreto rincón del Mesón el Yugo Real. Unos segundos más tarde, tras ellos, apareció, acompañado por un camarero, Álvaro Puig. Salgado se sorprendió al verle y miró a Juan.

—Le he llamado yo —dijo Romero observando el guante que Puig llevaba en su mano izquierda.

Tomó asiento y después de que el camarero apuntase lo que querían, Romero señaló la mano de Puig.

—¿Cuánto? —preguntó Romero.

—Ya hace ocho meses —respondió Puig.

—Dinero, Álvaro, ¿cuánto?

—Cuatro mil trescientos euros.

—Por allí en la costa todo es más caro. Bueno, Ernesto te explicará... —dijo Romero cediendo la palabra. Se recostó en la silla y cruzó los brazos sobre su barriga.

—Hay cuestiones que debemos resolver sin demora —dijo Salgado mirando a Romero y buscando un beneplácito que este le concedió asintiendo—. Está claro que esto no es una coincidencia. Primero, nada de prensa. Yo no he denunciado, aunque Juan sí lo ha hecho. Hasta que no tengamos pruebas sólidas de que el gobierno pueda estar implicado, nada de prensa. Todos tenemos ya bastantes

problemas y sin nadie a quien acusar la prensa nos haría más daño y podría perjudicar a quien nos puede ayudar. Y lo más importante, tenemos que tomar alguna medida.

—Y digo yo, ¿por qué iba el gobierno a querer cortarnos los dedos? —Mostró Puig su curiosidad—. ¿De qué medidas hablamos?

Juan Romero dio un golpe seco en la mesa que hizo tintinear los cubiertos y miró a Puig fijamente.

—¡De las medidas que se toman contra los hijos de puta que te roban y amenazan a tu familia! ¡De esas medidas!

Santi se detuvo en una pequeña plaza rodeada de terrazas, en una zona de aparcamiento prohibido. Allí, sentada, estaba Clara. David siguió calle adelante, aparcó el coche y se dirigió a pie a la placita. Se puso una gorra, sus gafas de sol y entró en un bar del otro extremo, desde el que podía ver a Clara y a Santi. Hablaban, Santi muy animado y Clara con la cabeza gacha. Él la rozaba con su mano y ella le rehuía delicadamente poniendo cara agradable. Manipulaban los móviles. Santi miraba el de Clara, que parecía darle explicaciones que a él, por sus gestos, no le convencían. No parecía contento. Clara se irguió en la silla haciendo aspavientos. Santi apuró la cerveza, puso un billete en la mesa, intentó dar un beso a Clara, que retiró su cara para evitarlo, y se marchó. Ella hundió la cara en sus manos mientras Santi se marchaba con un acelerón. David fue a por su coche, dio la vuelta a la manzana y se detuvo de un frenazo frente a la mesa de Clara, que miró sobresaltada al igual que los demás clientes.

—¡Clara! —gritó tras abrir la puerta del copiloto.

La finca Tía Carmen era el apartado lugar donde trabajaba Wilson Jesus, a unos 40 km de la ciudad. El viaje se hizo corto a pesar de la ansiedad por llegar. Transcurrió entre comunicaciones por radio, con comisaria y con los agentes de la Guardia Civil que esperaban en la entrada. «Todo controlado», dijo uno de ellos, «siguen dentro», «¿están seguros de buscar a este individuo?», preguntaron también. «Que no salga de la finca», dijo Del Río. «¿A qué distancia están ustedes apostados?», «¿cuentan con armas de largo alcance?», fueron las dudas de Amanda Bernal, que víctima de la escasa potencia del aire acondicionado, desabrochó un par de botones de la chaqueta de su uniforme. Del Río, mirando de reojo, rezó para que no siguiese.

—Mañana me pongo de paisano —dijo Amanda.

—No podemos hablar con nuestra gente habitual —explicó Romero, que había destituido a Salgado como portavoz—, hace ya tiempo que no colaboramos con ellos, quién sabe cómo respiran o si están controlados. Conocemos a alguien de confianza, tradicional, eficaz, discreto y meticoloso.

—Esta persona puede hacerlo —dijo Salgado mirando a Puig—, hasta donde queramos. Para que te hagas una idea, Alvarito, un prestigioso cirujano que colabora con él, apareció en plena noche para curar mi herida y no me pareció caro dadas las circunstancias.

—¿Y tu dedo? —preguntó Puig a Salgado—. ¿No te lo dio?

—Un halcón se lanzó en picado hacia mí —dijo Salgado, que visualizaba la mentira que llevaba repitiendo varias veces, agregándole algunos toques teatrales para mejorarla—, pensé que venía a sacarme los ojos, pero sin rozar el suelo, cogió mi dedo con su pico, pude ver la maldad en los ojos de esa ave despiadada, y se elevó de nuevo tan rápido como había descendido.

—¡Increíble!

—Desde luego que sí —dijo Romero mirando a Salgado de reojo—. Ese hombre del que hablamos es sumamente inteligente, conoce la zona, ¡es de aquí!, ¡está integrado! Debemos hacerlo.

Romero se acercó a la mesa y dio unos golpes rítmicos con la palma de la mano, cada vez más contundentes a la vez que hablaba.

—¿Qué somos? ¿Unos mierdas?, pero ¿qué ha pasado?... Nosotros somos los que decidimos qué se hace y qué no. Son nuestras familias, nuestro dinero y nuestros jodidos dedos, ¿qué es esto? ¿Cómo se atreven a robarnos?

—Juan —intervino Puig—, ya no tenemos capacidad...

—La tenemos y lo haremos —sentenció Romero mientras montaba la tarjeta SIM en un teléfono nuevo—. Estoy seguro que tras esto está el CNI, la UDEF, el ejército o el gobierno en pleno.

—Me preguntó para qué necesitaba veinte dedos —añadió Salgado como argumento irrefutable.

Romero pensó un momento y marcó un número de memoria, miró a Puig dos segundos hasta que asintió. Activó la llamada y entregó el móvil nuevo a Salgado.

—Soy Salgado.

—Vaya, vaya, volvemos a estar operativos —dijo el interlocutor.

—Así es —dijo Salgado.

—Espero que sea un teléfono seguro, por cierto, ¿qué tal tu dedo?

—Bueno, el dedo, sigo sin él, no lo tengo, la herida bien. El móvil es seguro, ¿el tuyo lo es?

—Sabes que invierto bien mi dinero —Se escuchó al otro lado de la línea—. ¿Cuántas quieres?, en el hotel tengo seis de veinte años.

—No es eso, es por otra línea de tu negocio —aclaró Salgado—, es para que te encargues de... alguien.

—Los del dedo, ¿a que sí?

—Los mismos —dijo Salgado mirando a Romero y Puig mientras

movía la cabeza disgustado—. La policía busca a dos, pero falta el principal, no tienen su foto.

—Parece un trabajo difícil.

—Romero y Puig están conmigo —dijo Salgado mirándoles y excusándose con la mano—. A Romero ya le conoces y Puig es de fiar, estamos en la misma situación.

—¿Respondes por ellos? ¿También les han cortado los dedos?

—Sí, respondo por ellos. El dinero no es problema.

—Pues claro que es un problema, ¡es el problema! Además, le buscará la policía y vete a saber quién más. Será caro. Te diré el presupuesto.

—El dinero no será problema —insistió Salgado—, te lo aseguro.

—Sería la primera vez.

Cadenas colgó el teléfono. Estaba sentado a la barra del bar comiendo unos mejillones. Las peluqueras estaban en la piscina. Hizo una señal a su guardaespaldas, para que se acercase.

—Querido Íñigo, tráeme una hoja de presupuestos. Llama al hotel y dile a Roque que esté preparado —dijo con voz solemne, asintiendo con la cabeza y comprobando como al guardaespaldas le cambió el gesto—. Sí, Íñigo, a Roque.

David conducía más rápido de lo habitual. Clara permanecía en silencio. Cuando vio la puerta abierta del coche de David no le hizo esperar, entró y respiró. Antes de que pudiese decir nada y disculparse, se adelantó David, «lo sé, Clara, tranquila», le dijo. Le contó que había estado con Santi en la gravera, que quería chantajearle y que sabía que ella le había dado información. A Clara se le caían las lágrimas, «sabe lo tuyo, amenazó con ir a la policía, te iban a hacer daño», dijo ella llorando. «No llores, ¿vale?», dijo David en un tono que ella desconocía en él y acto seguido le limpió con su dedo una lágrima de la mejilla. «Perdona, no llores, tranquila. Vamos a micasa a comer, cocinaré algo rico», la tranquilizó David. Detuvo el coche frente a una tienda de alimentación.

—Compra pan, hielo, botellas pequeñas de agua que tengan la boca ancha y seis esponjas —dijo David.

—¿Pero cómo de ancha?

—De las pequeñas, las más anchas.

Solo hablaron de la preparación de la comida hasta que se sentaron a la mesa.

—¿Por qué no me despertaste? —preguntó David al ofrecerle pan—. Debiste llamarme.

—David... yo... —dijo Clara con la cabeza baja—. Me equivoqué, lo siento.

—Son asuntos míos —siguió David—, no puedes tomar esas decisiones por mí, estábamos de acuerdo en arreglarlo juntos, ¿lo recuerdas?

—Te iba a delatar...

—Pues habría pensado en algo y lo hubiese solucionado.

—¡Pero quería hacerlo yo! ¡Quería pensar yo y solucionarlo yo! ¡Quería ayudarte, joder! Amenazó a mis padres, a Rita y a ti. No llevo ningún cartel que ponga «¡que alguien me cuide!».

—Ayer viniste a casa por eso, ¿no?, para que te cuidase.

—No, David —dijo tocándole las dos manos—, vine porque eres la mejor persona que conozco y sabía que me ayudarías, que me comprenderías, nadie más pasó por mi cabeza. Vine a ti porque eres mi amigo, creo que mi único amigo.

—Tú también lo eres para mí, Clara. Levantarme esta mañana y pensar que me habías traicionado después de lo de ayer, ha sido... Que no confiaras en mí... No sé si cuando esto termine podremos seguir siéndolo.

—Creo que no —dijo Clara, inclinándose hacia adelante—, ya no podemos ser amigos.

Se acercó a David y le besó en los labios, David le tocó las mejillas y la besó profundamente en la boca. Se fundieron en un beso largo y frenético con la mesa en medio. Apartaron las sillas hacia atrás de una patada, a la vez. Dejaron la mesa a un lado y se abrazaron. Clara volvió a besarle muy despacio mientras David buscaba su cuello y ella suspiraba echando la cabeza hacia atrás. David le acarició las nalgas por encima de la falda y cuando apretó un poco más, Clara se colgó de él de un salto, abrazándole con brazos y piernas. David, que no quería estropear el momento con una caída o una lesión cervical, decidió dejarse caer en el sofá con ella encima. Unieron sus brazos, sus lenguas, sus cuerpos y practicaron sexo de calidad mezclado con amor, terminando así con su profunda y sincera amistad.

El sol maltrataba la entrada de la finca Tía Carmen. A través de los prismáticos, Del Río divisaba varias construcciones: una casa de dos plantas, lo que parecía un garaje o almacén con las puertas abiertas del que asomaba un vehículo pickup y, a unos metros, una pequeña caseta de madera. Más alejadas, se encontraban unas naves para el ganado. Era lo mismo que observaban la agente Bernal y el agente de la Guardia Civil Marcos Blázquez, que se pegó a ella en cuanto la vio salir del coche. Marcos le arrebató los prismáticos al sargento Cruz para vigilar al lado de Bernal. El calor era insoportable, Amanda decidió quitarse la chaqueta y sacarse la camisa por fuera del pantalón. «No hay problema, ¿verdad?», preguntó mirando a Del Río después de haberlo hecho. «No», contestó el inspector, esperando que no lo hubiese, había calado desde el primer momento al novato guardia. El acalorado agente decidió quitarse también su chaqueta, «por razones de operatividad», dijo. «¿Qué leches hace?», le recriminó el sargento Cruz y se la volvió a poner. Del Río recordó el escaso tiempo que vistió de uniforme y los cambios de estación. Si antes del verano hacía ese calor, agosto sería como trabajar de panadero las 24 horas del día. El fuerte sonido de las chicharras hacía que apenas se escuchasen entre ellos al hablar. Los dos guardias civiles, Amanda y Del Río estaban escondidos tras una tapia de piedra. Más alejados, a la sombra de unos árboles, los vehículos. Amanda vio algo a través de los prismáticos y avisó a Del Río.

—Movimiento en la caseta.

A través de los prismáticos, Del Río, Amanda y Marcos, pudieron ver a alguien con una camiseta con rayas verdes y amarillas, que parecía de algún equipo de fútbol, con gorra y con unas grandes y estrafalarias gafas. Salió de la caseta con unos listones de madera y se

dirigió a la casa.

—¿Wilson? —preguntó el inspector Del Río sacando la foto de la ficha policial que llevaba en el bolsillo.

—No podría asegurarlo, pero no hay mucha gente por aquí con esas gafas —contestó el sargento Cruz mirando la fotografía—. Desde luego, de aquí no ha salido. Creo que podemos entrar. Vayamos tranquilamente, no creo que den problemas. No hay ni puerta de entrada en la finca.

—Podemos ir como queramos —dijo Del Río—, tenemos una orden de las buenas.

—¡Marcos!, vaya al todoterreno a por los chalecos y las armas —dijo el sargento.

—Voy contigo —dijo Amanda y miró a Del Río con una sonrisa pícara. Del Río y el sargento Cruz escucharon música que provenía de la casa. Amanda y Marcos también la escucharon cuando llegaban con las armas.

—Es reggaetón —dijo el agente Marcos mirando a la agente Bernal—, ¿te gusta?

—Ni lo más mínimo —respondió ella sin mirarle y ocupada en prepararsu armamento.

Llevaba una pistola automática a un lado de la cintura, un machete sujeto con unas correas en una pierna, una escopeta de la mano y colgado sobre su chaleco antibalas, un cinturón lleno de cartuchos. Cuando Del Río y el sargento la vieron se quedaron mudos.

—Vamos allá —dijo Amanda.

—Tranquila, monada —cometió el error de decir el sargento Cruz—, para el carro, que esto no va así.

Amanda Bernal dio media vuelta muy despacio y retrocedió unos pasos hasta el sargento, que permaneció desafiante y consciente de

que la palabra monada la había ofendido. Del Río pensó en mediar, pero esperó a ver qué pasaba.

—Para usted, soy la Agente Bernal —le dijo con tranquilidad—. Si vuelve a dirigirse a mí de otro modo se me ocurren tres denuncias que ponerle, una de ellas por agresión.

—No la he tocado —dijo el sargento—, ellos son testigos.

—Pero lo hará —prosiguió Amanda—. Después de que le pegue una palizade antología, cuando esté en el suelo sin poderse levantar, con un brazo y una pierna rotos, cogeré su puño, lo cerraré y me pegaré un puñetazo con él en mi nariz, le abriré la boca y dejaré caer mi sangre de monada dentro de ella, y puede que por las otras dos denuncias le metan un buen puro. Tendrá que dejar el cuerpo y así podrá pasar todo el tiempo que quiera en el asqueroso bar de su pueblo bebiendo sol y sombra hasta que algún día un compañero de cartas se enfade por alguna estupidez, le empuje y se rompa la cabeza contra la esquina de una esas mesas mugrientas en las que juegan la partida. Sigamos con la detención.

El sargento, que se lo creyó, al igual que Del Río y Marcos, bajó la mirada. Del Río había acertado en la elección de compañera, ahora solo faltaba que no matase a nadie con su arsenal.

Los cuatro avanzaron sin problemas hasta la casa, Del Río y el sargento Cruz, desanimado, en la puerta. Estaban preparados para entrar; Marcos en un lado de la casa, bajo una ventana y Amanda en la puerta trasera. Marcos se asomó con cuidado por la ventana. De espaldas, un hombre sentado en un sofá, con camiseta de rayas verdes y amarillas y con grandes gafas. Llevaba algo en la mano, una especie de barra de metal que movía al son de la música. Marcos rodeó la casa hasta la puerta, donde seguían Del Río y el sargento en posición. Sin duda era Wilson. Se hicieron un gesto, el agente Marcos giró la manilla y entraron encañonando con sus armas.

—¡Guardia Civil! —gritó el Sargento Cruz.

—¡Policía!

Wilson se incorporó del sofá con gesto de dolor y cara de susto. Sonó un potente disparo en la parte trasera de la casa. El sargento inmovilizó a Wilson, que se retorció de dolor y se llevaba las manos a una pierna que tenía escayolada.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó Del Río.

Wilson estaba petrificado, mirando a uno y a otro, que le apuntaban nerviosos.

—¿Que si estás solo? —preguntó el sargento Cruz.

El sargento le indicó a Marcos, que se había quedado en la entrada, que cubriese una puerta abierta que daba a un pasillo. El sargento Cruz le dio a Wilson una patada en la pierna escayolada, que con sufrimiento y dificultad había vuelto a colocar sobre un taburete. Al otro lado de la casa sonó como si explotase una bomba. Otro disparo de la Agente Bernal, por lo menos Del Río sabía que estaba bien.

—¡Vamos, levanta de ahí! —gritó Del Río a Wilson, a punto de perder el sentido a causa del dolor.

—¡Que te levantes, gilipollas! —El sargento tiraba de él hacia arriba—. Te hemos visto fuera. Quítate esa mierda de la pierna.

Se escucharon varios disparos menos potentes, «la automática de mi socia», intuyó Del Río. Oyeron a alguien pidiendo ayuda y pasos que se acercaban corriendo. Marcos, junto a la puerta del pasillo, se preparó, Del Río tapó la boca a Wilson y el sargento le inmovilizó en el sofá.

—¡Socorro!, está loca —gritaba alguien—. ¡Ayuda, primo!

Un hombre con una camiseta a rayas verdes y amarillas y unas grandes gafas de carnaval apareció por el pasillo con una bandera en cada mano. Marcos le tiró al suelo y le sujetó. Del Río, Cruz y Marcos se miraron, observaron las caras de los dos hombres y una silla de ruedas apoyada bajo la ventana. Poco a poco soltaron a

Wilson. Apareció la Agente Bernal por el pasillo, con la coleta desecha, la respiración agitada y el machete en la mano. Wilson se incorporó quejándose y se acomodó en el sofá, Del Río le acercó el taburete y el sargento Cruz mulló un cojín bajo su pierna.

Valdemaras Adukauskas, lituano de 41 años, estaba en la sala de interrogatorios. Un agente en la puerta esperaba la llegada del comisario. Valdemaras había entrado reclamando sus derechos, diciendo que ya había pagado su deuda con la sociedad y pregonando que era inocente, hechos estos, que sin duda revelaban su culpabilidad. Fue fácil detenerle a pesar de su tamaño y apariencia de arma mortal. Una policía local que tocaba el arpa en una banda de música recordó haberle visto con ese tatuaje aterrador tocando un gran bombo en la banda de un barrio de las afueras. En el momento de la detención estaba en el local de ensayo, practicando diferentes ritmos con la batería para un homenaje a los jubilados del barrio. Era su afición, ya que en realidad trabajaba a media jornada como ayudante de un sastre. Esto último era lo que más preocupaba al detenido Adukauskas. «Tengo que avisar trabajo», «si despiden Valdemaras, denuncio todos», decía. «Habrà que investigar a ese sastre», sugirió un agente.

Esas mismas frases las repitió frente al comisario Sanz. Cuando este le mostró la fotografía en la que aparecía con Wilson, Valdemaras aseguró no saber quién era ni qué hacía con él. «No conozco», dijo una y otra vez, «recordaría grandes lupas», señalaba con el dedo. Por un lado, era creíble. «No es Valdemaras, mira pelo», intentaba que le escuchasen. Es cierto que estaba calvo, pero podría haberse rapado después de los hechos. Si alegaba eso no quedaría más remedio que retenerle durante un tiempo para comprobar cómo evolucionaba su pelo al crecer.

El comisario había esperado con ansiedad a que llegasen noticias de la finca Tía Carmen, al parecer era una zona con poca cobertura. «Pero Si está ahí al lado», le dijo a un agente informático, «no tiene nada que ver, comisario Sanz», le informó. Sanz no quiso saber más, en ese momento no tenía ganas de ninguna charla sobre antenas, satélites, ondas, fibras ni esos rollos informáticos. Cuando Del Río llamó desde el tejado de la casa, desde la primera frase que dijo el inspector, el comisario escuchó el resto de la información con el codo apoyado en la mesa y la mano sosteniéndole la cabeza.

—¡No ha sido él! —gritó Del Río.

—No le escucho bien —dijo Sanz—, cambie de ubicación o suba a algún sitio.

—Tenemos a Wilson, no ha sido él. Ya estoy en alto, en el tejado —dijo Del Río sujetándose como podía.

—No se le entiende, Del Río, se corta la comunicación. ¿Es peligroso?

—Sí, siete u ocho metros y no puedo agarrarme muy bien —dijo Del Río mirando hacia abajo.

—Tengan mucho cuidado y traigan a Wilson —dijo el comisario—. ¡Ah!, tenemos al lituano.

—Gracias. ¿No es ruso?

El inspector no escuchó nada más y colgó. Le extrañó esa preocupación repentina del comisario por su integridad física. Junto a la antena de televisión había unos alicates sujetando un cable. Del Río estiró un brazo intentado no caerse, los alcanzó con la punta de los dedos, comprobó que abrían y cerraban bien y los guardó satisfecho en el bolsillo trasero del pantalón.

No iba a ser tan fácil que Wilson los acompañase a comisaría. Puede que la pierna estuviese rota por algún sitio más del que ya

estaba cuando entraron en la casa y, tal vez, con lesiones irreversibles. La entrada de la cocina y la misma cocina, destrozada por la agente Bernal, varias violaciones de derechos y una orden de entrada que no utilizaron, ya que la puerta estaba abierta. Todo esto escamaba a Saint Michel. Wilson no quería ir. «Tenemos que llevarle al hospital, señor Saint Michel», le intentó convencer Del Río. «¿Qué pasa con mi primo?», preguntó Wilson. «Su primo parece que está bien», dijo el sargento Cruz. «No iré. Quiero que venga la policía», pidió Wilson para alarma de los cuatro. Era el turno de que lo intentase la agente Bernal.

—¿Qué es lo que más te gusta? —preguntó Amanda, en cuclillas frente a Wilson.

—El fútbol —contestó muy seguro—, mañana hay partido y tenemos las entradas.

—Bien, concedido. ¿Te gusta viajar? —preguntó Bernal.

—No —dijo Wilson secamente.

—Bueno, bueno, a mí me gusta mucho. Haremos una cosa, irás al partido de fútbol y viajarás conmigo, así estaremos los dos satisfechos. La mitad para cada uno y olvídate de estos —dijo señalando con el pulgar hacia atrás.

La agente Bernal se acercó a Wilson y le dijo algo al oído que los otros no pudieron escuchar. Después de negociar otros detalles como que el primo Renato los acompañaría y Wilson iría atrás con la pierna apoyada en Amanda, el viaje estaba en marcha.

—¡Adiós, agente Bernal! —se despidió el agente Marcos con la mano en su pecho.

El coche se perdió por el camino dejando una nube de polvo que cubrió de lleno al sargento Cruz.

Salgado recibió el presupuesto de Cadenas en forma de fotografía desde el teléfono de una de las peluqueras. La imagen debía ser

eliminada por ambas partes inmediatamente. El precio total por el trabajo era de 40.000 euros e incluía: localización, captura, traslado y extinción de un sujeto (1), mas las tareas de limpieza y mantenimiento. La letra pequeña hablaba de pluses de peligrosidad, posibles traslados internacionales que encarecerían el trabajo, una pequeña cantidad de seguro en caso de equivocación y una cláusula que reservaba a El Molino Show and Diversion S.L., el derecho a obtener, con motivo de las tareas descritas, cualquier información u otros beneficios si así lo consideraban, garantizando en todo caso, la realización del trabajo contratado a la conclusión de este proceso. Aceptaron.

—Lo de mantenimiento no lo entiendo —fue la única pega que puso Puig.

—El amor es para los tontos —tradujo Clara del inglés la portada de un LP.

—Es solo un disco —dijo David.

Clara le entregó el disco a David, sacó el vinilo, dio la vuelta a la funda y cayeron pequeños fajos de billetes de 50 euros.

—Ahora pásame el dieciseisavo por tu derecha.

—¡Santos y pecadores! —Tradujo de nuevo, mirándole—. ¿Puedo?

—Adelante.

Clara repitió el proceso y de nuevo asomaron de la carátula del vinilo unos cuantos fajos de billetes de 100 euros.

—Con esto bastará —dijo David—, debería haber seis mil, cinco mil ciento cincuenta para Santi y el dossier de Romero. Espero que le explote en la cara.

Clara le abrazó por el cuello y le besó de forma apasionada. David dejó con cuidado el disco en la mesa y correspondió con la misma intensidad.

—Es peligroso, si le conocieses bien... —dijo Clara mirándole a los ojos.

—Creo que después de esta mañana le conozco lo suficiente. Nunca nos dejará en paz. Mañana iré a buscarle a las diez en punto, pero no estoy seguro de a dónde iremos o si lo haremos en su coche o en el mío.

—En el tuyo. Buscará una excusa para no mover el coche. Tienes que llevarle algo que le deje satisfecho y si es posible que le meta en un buen problema sin que nos salpique. Por lo que le conozco no creo que vaya a hacer nada él solo, irá con algún delincuente de El Molino.

David le explicó cómo sabía dónde guardaba Romero su dinero, que estuvo dos días trabajando en su casa, montando un circuito de cámaras con la excusa de arreglar el servicio de internet que él mismo anuló. Pensó hacer esto con todas las víctimas desde que lo ensayó con un sindicalista en el sur del país. Se había negado a pagarle, incluso después de mostrarle las fotografías de los delincuentes infravalorados. Le llevó a su casa en la furgoneta y le obligó a que él mismo sacara el dinero, escondido tras los rodapiés del salón. Esas operaciones con las cámaras incrementaban mucho los riesgos y los gastos, además, el trabajo en Foreverline tampoco le dejaba demasiado tiempo. Al menos podría hacerlo con los que vivían más cerca, como Juan Romero. Sabía perfectamente en que escondites guardaba Romero su dinero, el ex alcalde tenía mucha pasta.

Clara le aseguró que era poco probable que Santi hubiese hecho copias del DVD. Era un vago, guardaría el disco como oro en paño, aunque no descartó que se lo hubiese enseñado a alguien. También, que, aunque apenas le conocía, le parecía un pobrecito con pretensiones de escalar en el mundo de la delincuencia y bailaba al son de lo que le tocaba Cadenas, «cuando ve a ase hombre, se asusta». Al citarse por la mañana, tendría mucho ganado, Santi no

era gran cosa hasta que tomaba algo de alcohol. «Una joya, Clara», dijo David avergonzándola. «Lo siento», se disculpó y empezó a besarla en los labios, en el cuello, bajó por su pecho y se detuvo bajo su falda.

Reunieron un dossier para Santi. Planos de la casa de Romero y marcado en rojo dónde encontrarían el dinero. Alguna foto de su vida como empresario y alcalde para dar cuerpo a la información y aspectos de su vida y milagros. Escrita y remarcada estaba la cifra de 100.000 euros. Eliminaron cualquier información sobre su mujer e hija y David incluyó un DVD con una copia pirata de un programa de edición de fotografía y vídeo.

—¿Y eso? —preguntó Clara, que sabía que le faltaban muchos detalles por conocer.

—Si le detienen o registran, será bueno que lo tenga él.

Ante el silencio expectante de Clara, le contó de una forma resumida lo de las fotografías de esos delincuentes infravalorados que había conseguido en el blog y que utilizaba para que los pagadores entrasen en razón de una forma rápida. Después del partido que había sacado a las fotografías de esos hombres, culpables de no sabía qué, estuvo de acuerdo en que merecían un puesto más alto y un mayor reconocimiento en los anales de la delincuencia. Sin duda estaban infravalorados.

Le dio una botella de agua a Clara y abrió otra para él.

—¿Para qué quieres tantas esponjas? —preguntó Clara.

—Tú bebe, cariño —contestó—. Porque soy muy limpio.

De la pistola no dijo ni una palabra. Clara bebió dejando caer el agua por la comisura de sus labios, por su cuello hasta su camiseta, que comenzó a empaparse mientras miraba a David.

Una pistola sin silenciador era muy escandalosa. Estaba de acuerdo con el autor del blog, «es un objeto que no puede faltar en un buen equipo», «consigue ya el que más se adapte a tus necesidades», pudo

leer en una opinión junto a un anuncio que animaba a regalar silenciadores por navidad o el día de los enamorados. Había visto disparar alguna vez y era un ruido considerable, muy particular. El silenciador era el elemento clave para quien no quisiese llamar la atención mientras disparaba un arma de fuego. Sabía también que no era demasiado utilizado por la delincuencia común, algo que no entendía. Los precios eran altos, pero la seguridad que daban merecía la pena. Tal vez fuese el stock de unidades disponibles o la amplitud de modelos, cada uno para un tipo de arma, o que muchas pistolas no admitían ese complemento. Por algún motivo los fabricantes no se ponían de acuerdo, le parecía algo similar a los cargadores de dispositivos electrónicos. Si los usuarios se organizaran y ejerciesen la debida presión, tal vez no a nivel mundial, pero bien coordinado en Europa, la Unión Europea se vería obligada a sacar alguna directiva que obligase a los fabricantes a unificar criterios. De todos modos, dudaba de la predisposición de los delincuentes armados a participar en manifestaciones exigiendo silenciadores con rosca de conexión universal. ¿Quién estaría dispuesto a ser el portavoz? Tendrían que asociarse de algún modo, alguno de ellos tendría que conceder entrevistas. Sus manos estaban atadas. Tampoco creía que Los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado participasen de forma muy activa, la población no vería bien que la policía estuviese interesada en que nadie se enterase de sus disparos. En cuanto al Ejército, las guerras debían ir acompañadas por sonidos potentes. Ni lo contemplarían.

Si David hubiese tenido más tiempo, comprar un arma con silenciador podría haber sido factible con algo de paciencia. Estos nuevos problemas, la urgencia por terminar su carrera delictiva y estar con Clara, hicieron que no le quedase otra opción que decidirse por Santi. Le daba igual el modelo, siempre y cuando el arma disparase de forma efectiva. Ese zoquete le enseñaría a disparar, la

técnica no le parecía muy difícil. Otra cuestión era el blanco al que se dirigiese la bala. Le entregaría la documentación de Romero, confiaba vagamente en que le diese el disco y no plantease más problemas, si no era así, tal vez tuviese la oportunidad de cogerlo por la fuerza. Pagaría la factura al demonio de Cadenas y se acabó.

Mientras Clara dormía en el sofá, él navegó por internet buscando métodos para fabricar silenciadores caseros, para motores de explosión, máquinas y aparatos similares. La cantidad de vídeos colgados le ratificó el interés que tenían los ciudadanos en ese tema. No era difícil, se hacían para armas deportivas con botellas de agua y cilindros huecos. Había comprado las botellas y esponjas al recordar que, en la fábrica, el Departamento de Prevención de Riesgos Laborales había colocado garrafas de agua vacías en ciertas partes de la maquinaria, forradas con material aislante, hasta que llegasen los equipos de protección colectiva y pensó que podría resultar. Internet confirmó su idea. Hizo tres silenciadores caseros. Cortó la base de las botellas de agua, las forró con las esponjas sujetas con cinta de embalar y preparó cinta americana para unir las al cañón.

Santi cruzó a toda prisa por delante de la barra de El Molino.

—No le interrumpa —le avisó el camarero mirando a Cadenas—, está haciendo una entrevista de trabajo a una candidata.

—¿Una candidata?, ¿para qué? —quiso saber Santi, que veía amenazado su futuro puesto.

—Para el hotel.

—Pon un botellín —dijo Santi—, de las normales, nada de cerveza reserva ni hostias.

Las peluqueras estaban vestidas, eso era extraño. Paseaban junto a la orilla del río. Cadenas llevaba el pelo rizado. Santi se mentalizó para no mirarle el peinado cuando hablase con él.

Cadenas estaba sentado frente a una joven que contestaba a sus preguntas, mientras Íñigo, con unas gafas con montura en la mitad inferior, tomaba notas.

—Dígame, ¿cuál considera usted que es su principal defecto a la hora de desempeñar su trabajo? —preguntó Cadenas.

—Soy excesivamente perfeccionista —contestó la chica—, eso me trae de cabeza, hasta que no consigo terminar algo y que quede perfecto, no puedo dejarlo. Tal cosa me influye en el trabajo, ya que quiero que todo el personal haga lo mismo.

—Pero eso... eso es fenomenal. —Íñigo tomó nota.

—Veo que tiene experiencia en puestos de atención al público y domina inglés y francés.

—Perfectamente, dos años en Bristol y un año en Toulouse en la recepción de una fábrica de material de escritura. Yo misma pedí el traslado a Toulouse desde París, por cercanía. Por supuesto, me lo concedieron.

—Sabe que el puesto será para la recepción en un hotel, la incorporación será inmediata y... nada más. Nos pondremos en

contacto con usted.

—Estoy muy interesada en trabajar con ustedes —dijo la joven.

—Tiene usted muchas opciones, desde luego que sí —dijo Cadenas.

Santi observó cómo la chica se levantaba, se despedía con un apretón de manos a Cadenas, otro al guardaespaldas, que pareció no esperarse, y se marchó. Cadenas e Íñigo se dirigieron a la barra mientras seguían anotando en sus carpetas.

—Es una petición precipitada —le dijo Cadenas a Santi—, pero esto es un negocio y hay que atender las peticiones.

Íñigo abrió una nevera que estaba en el acceso a la cocina, la misma de la que el camarero había sacado la cámara de video de Santi, y extrajo los mismos trapos entre los que se escondía una pistola con unas balas sueltas. «¿Qué más habrá dentro?», pensó Santi, que reprimió la pregunta. Íñigo le dio el arma y las balas a Santi y este le ofreció un sobre a Cadenas, quemiró a Íñigo para que lo cogiese él. «Cuánta tontería tiene este hombre», pensó Santi, asegurándose durante un instante de que lo había pensado y no dicho en alto.

—Gracias, señor Cadenas, es una urgencia... Es para ese tonto que le dije, que trabaja con Clarita en la fábrica. Se lo agradezco, un gran favor. Señor Cadenas, quiero proponerle algo... —dijo Santi bajando el tono de voz.

Hizo un amago de tomar a Cadenas por el hombro para hablarle al oído. Cadenas se apartó y le miró sorprendido. Íñigo se acercó de inmediato, pero Cadenas le detuvo con un gesto. Santi se separó rápidamente con un saltito hacia atrás.

—Santiago, ¿eres consciente de que vas a entregar una pistola a un hombre que quiere quitarte la novia?

—Es inofensivo, un *pringao*, es una estrategia. —Santi no admitiría nunca ante Cadenas que era para que David consiguiese el

dinero de la factura de la fiesta—. Un plan que tengo, ya verá.

—Sé que tienes muchas ganas de trabajar para mí —le dijo Cadenas como quien va a perder la paciencia—, trae el dinero de la factura de la fiesta y hablaremos de la información que me dices y de otros negocios. Santiago, antes de hacer nada tengo que saber que puedo confiar en ti, lo entiendes, ¿verdad? En esta organización todo te irá bien —dijo Cadenas abriendo los brazos y mostrando sus dominios.

—Vendrá uno de mis chicos a pagarle mañana sin falta —dijo Santi—. Puede contar con mis muchachos para lo que sea.

Cadenas le miró por encima de las gafas de sol y le dio unas palmadas en la nuca mientras Santi sonreía erguido y miraba a las peluqueras que se habían quitado los vestidos y estaban en topless.

—Han cerrado la peluquería —dijo Cadenas—, ahora solo trabajan para mí.

En un monitor en blanco y negro el comisario Sanz, Del Río, la agente Bernal y un traductor observaban a Valdemaras Adukauskas haciendo movimientos con dedos y manos, golpeando en la mesa y al aire, con buen ritmo.

—Toca la batería en una orquesta —intervino el agente Luisito desde el pasillo—, es bueno.

El comisario miró hacia la puerta y el agente siguió su camino.

—Los dos lo niegan todo —dijo Del Río—, hay algo extraño en ellos.

—¿Y qué esperaba, inspector? —Ironizó el comisario—. No se van a declarar culpables, ya sabe usted cómo va esto.

—Puedo hablar con él, en ruso —dijo el traductor.

—Es lituano —aclaró Del Río.

—Discúlpeme —dijo ofendido el traductor—, soy ruso, tengo la documentación.

—¡Adukauskas, es lituano! —gritó Del Río.

—Es igual, ¿no? —cortó el comisario Sanz, no viendo gran diferencia.

—Tienen coartadas para ese día y a esas horas —intervino la agente Bernal—, varias personas lo pueden verificar.

—Pudieron hacer las fotos en otro momento —señaló Sanz—. La cuestión es que han estado allí y trabajan con el hombre de la furgoneta.

—No sé —añadió Del Río—, están cambiados, esas fotos... Habría que analizarlas bien.

—Vamos a reunirlos, a ver qué pasa —dijo el comisario levantándose.

La noticia de la captura de Wilson había sido un acontecimiento en comisaría, mayor aún que la de Valdemaras, a fin de cuentas, un músico de barrio, ayudante de sastre, sorprendido en pleno ensayo y desarmado. Lo de Wilson Jesús Saint Michel era otra historia. Un tipo peligroso que se había hecho fuerte en una finca apartada, un bunker, con un cómplice y vehículos preparados para la huida. Habían llegado noticias de las armas que tuvieron que utilizar para la detención, del uso de las técnicas de psicología más avanzadas para el traslado del detenido y de las dificultades que tuvo que pasar el inspector para establecer una comunicación segura después de la detención. El inspector Carlos del Río y la Agente Amanda Bernal eran una pareja de héroes. Cuando Wilson apareció con la pierna escayolada se dieron cuenta del verdadero calvario que tuvieron que superar sus compañeros, recurriendo al uso de la fuerza con unos daños mínimos para ese asesino y violador de jovencitas. A alguno le extrañó la rapidez en escayolarle, «la Guardia Civil sabe cómo hacerlo», apuntó un agente, «tienen más preparación en primeros auxilios que nosotros». Pero la suciedad de la escayola y el que estuviese plagada de dibujos y firmas, comenzó a suscitar dudas y

preguntas. ¿Habrían sido capaces Del Río y Bernal de abusar de un discapacitado?

Wilson y Valdemaras se miraban en la sala de interrogatorios sin entender nada. Se cayeron bien desde el principio. Uno hablaba del partido de fútbol del día siguiente y de cómo su primo Renato había hecho las banderas. Valdemaras seguía preocupado por no perder su trabajo de aprendiz de sastre y su puesto en la banda de música. Se preguntaban qué hacían allí. A Wilson, debido a la pierna y a las instrucciones del comisario, le colmaban de atenciones, y por no discriminar a nadie, esos privilegios se extendieron a Valdemaras. No decían nada sobre el cabecilla de ninguna banda, ni sobre Romero, ni furgonetas, ni institutos, ni viviendas en urbanizaciones, ni dedos.

El paseo por el interior de la barra y la cocina para la venta de la pistola, había activado en Félix Cadenas el lema de orden, limpieza y mantenimiento del negocio. Miraba todo, señalaba zonas, rincones, y daba instrucciones a los camareros para que limpiasen, abrillantasen, colocasen, matasen, tirasen y arreglaran todo tipo de objetos, máquinas y animales.

—¿Y nosotros queremos que funcione un hotel en el centro? —preguntó enfadado—. Pues esto no puede ser.

Cadenas abrió armarios, cámaras de bebida, dejó paquetes de comida caducada sobre las encimeras... Corrió la puerta de la cámara frigorífica en la que se guardaban las cosas importantes, entre el hielo, observó cajas y paquetes, descubrió un trozo de plástico de lo que parecía una bolsa de cubitos casi vacía, apartó un bulto en el que estaba escrito en rojo «cuerdas de guitarra» y tiró con fuerza. La bolsa de hielo quedó ante sus ojos, la giró, había algo pegado a los pequeños cubitos. No había duda, era un dedo.

CAPÍTULO VII: Agujero.

32

Con ese dedo ante sus ojos, las dudas y preguntas invadieron a Cadenas. No podía ser otro que el dedo de Ernesto Salgado. Él siempre presumió de no olvidar jamás una cara, pero sus cualidades como fisonomista no llegaban a tanto. Hacía unas noches que ese hombre llegó a su negocio en un taxi, sangrando y suplicando ayuda porque alguien le había cortado un dedo. Pero no llevaba ningún dedo suelto, ni recordaba lo que había pasado con el pequeño apéndice. A Cadenas no le venían a la memoria actuaciones que conllevasen dedos cortados desde los incidentes de febrero de 2012, en los que en plena crisis el corte de dedos se elevó a la categoría de arte, aunque no recordaba que nadie hubiese guardado ninguno. Por otro lado, estaba seguro de que se habían efectuado varias limpiezas en la cocina desde aquel año. Esa bolsa de hielo no era de sus proveedores y Salgado no llevaba ninguna bolsa de hielo encima. Tal vez alguien la colocó allí en la confusión de la fiesta, ¿Pero, quién?

—Esconde bien esto —le dijo a un camarero nuevo.

El muchacho cogió la bolsa, salió de la barra y se dirigió al río. Cadenas le observaba detenidamente hasta que el camarero comenzó a cavar un agujero con una rama en la arena, junto al cauce del río. Cadenas miró a Íñigo y le indicó que fuese a por él.

—Cuando termine la jornada, despídele —ordenó Cadenas.

Se sentó preocupado a la barra, incluso ordenó a las peluqueras que se pusiesen la parte superior de sus bikinis. Tras pedir que le preparasen un vermut y un plato de boquerones en vinagre, cogió el teléfono.

—¿Encontraste tu dedo, Ernesto? —preguntó.

—Pues no —contestó Salgado—. Si te cuento... Se lo llevó un pájaro, muy grande, un ave rapaz. El halcón sobrevolaba el lugar y entonces...

—¡No me jodas! —gritó Cadenas.

—Alguien se lo llevó, Félix —confesó Salgado—, estaba en una bolsa de hielo, pero no sé cómo, ni quién, además ya no importa. Solo recuerdo un coche con un extraño símbolo, música muy mala y la bolsa no estaba. ¿No habréis encontrado al sicario? ¿Lo tiene él?

—Aún no —dijo Cadenas.

—Pues encontradle cuanto antes, y te podremos pagar el resto —dijo Salgado—, por el dedo no te preocupes. Lo que queremos es que te encargues de ese asesino.

Cadenas colgó. Decidió no seguir con la conversación, convencido de que ese pobre infeliz no había llevado el dedo a su negocio ni sabía quién podría haber sido. El camarero del cambio de turno entró en la barra y vio a Íñigo con la bolsa de hielo de la mano.

—Eso es de las esteticien —dijo mientras colocaba unas copas. Cadenas se atragantó con un boquerón y tuvo que dar un buen trago.

—¿Cómo que es de las esteticien? ¿De las peluqueras? —Se levantó y cogió la bolsa de la mano de su hombre de confianza. No recordaba que ninguna de las chicas hubiese tenido ningún accidente— ¿De nuestras peluqueras? —dijo señalando a la piscina.

—Sí, lo acercaron al *restaurant* una noche, para aprovechar los cubitos —siguió el camarero con las copas—. Pero son cubitos muy

chicos y tienen un bicho o algo ahí. Cuando elabore una buena sangría los limpiaré y así no los desperdiciaremos.

Desde el borde de la piscina las peluqueras le explicaron a Cadenas cómo habían cogido una bolsa de hielo de un borracho que estaba tirado en la acera para hacerse unas copas en el coche y que como sobró hielo lo llevaron al bar para aprovecharlo. «Como a veces se termina el hielo, Félix...», explicó la más lista.

Amanda bajaba de dos en dos las escaleras de comisaría buscando a Carlos del Río hasta que salió por la puerta del edificio. El inspector estaba fumando un cigarro sentado en un coche patrulla, con los pies apoyados en el parachoques.

—Eso lo pagamos todos —dijo Amanda, señalando el coche. Del Río se incorporó y limpió un poco el capó con la mano.

—¿Qué os pasa en seguimientos? —dijo Del Río—, estáis frenéticos.

—No te lo vas a creer. El inspector Pando...

—Me lo ha dicho el comisario —se adelantó Del Río—, se ha hecho rico y se ha fugado.

—Ya, bueno —dijo Amanda y fue al grano—. ¿Te suena Félix Cadenas?

—Sí, claro. Es de aquí, una especie de mafioso fluvial.

—Bien —explicó Amanda—. Cadenas se ha vuelto analógico, digamos, no usa teléfonos con internet ni nada digital, para evitar las escuchas que le tenían puestas, hasta le leyeron los labios hace años por trata de blancas. Bueno —continuó—, uno de los nuevos agentes, un currante, le da por revisar todos los aparatos y todo el lío que ha dejado Pando y pincha un móvil al azar, para probar que funciona todo bien.

—¿Eso se puede hacer?

—Supongo —se encogió de hombros—. Es una cuestión técnica.

—Ese hombre, que estuvo pinchado por otras cuestiones, recibe una llamada.

Del Río escuchaba con atención.

—El agente me pone la grabación de prueba y ese hombre confiesa el corte de un dedo y un encargo. Se llama Ernesto Salgado, es amigo de Juan Romero y quien realizó la llamada es Félix Cadenas.

—Pero esa grabación no sirve para nada, Amanda.

—¿Cómo que no?, nos sirve para saberlo.

Subieron rápidamente a una de las salas de informática. «Ponlo, Adri», pidió Amanda al joven agente Adrián Gil, pasándole un brazo por el hombro. Del Río notó algo, un sentimiento olvidado. «¿Adri?», pensó, ¿estaba celoso? El agente reprodujo la grabación, Del Río no perdía detalle: «¿Encontraste tu dedo, Ernesto?»; «se lo llevó un pájaro, muy grande, un ave rapaz. Un halcón sobrevolaba el lugar y entonces...»; «¡No me jodas!», «alguien se lo llevo, Félix», «estaba en una bolsa de hielo, pero no sé cómo, ni quién, además ya no importa. Solo recuerdo un coche con un extraño símbolo, música muy mala y la bolsa no estaba. ¿No habréis encontrado al sicario?». «Aún no», «pues encontradle cuanto antes y te podremos pagar el resto, por el dedo no te preocupes». «Lo que queremos es que te encargues de ese sicario asesino».

Este hecho fortuito que provocó sin querer el disciplinado agente Gil, abrió los ojos a la agente Bernal y al inspector Del Río. Sin duda eran Ernesto Salgado y Félix Cadenas. Este último, estaba preocupado por el dedo que ya no tenía Salgado, que en un primer momento quiso engañar a Cadenas con la excusa de que no tenía el dedo porque se lo había llevado un halcón de gran tamaño y ante el enfado de Cadenas confesó de inmediato que no sabía dónde estaba el dedo en cuestión, teniendo como única pista un coche con un símbolo poco habitual, al menos para él, y una música de poca

calidad, también según su criterio. Su preocupación era que Cadenas encontrase a un sicario asesino y poder pagarle entre varias personas por ello. El dedo ya no le preocupaba a Salgado, quedando claro que no estaba en su poder.

—Está claro —asintió Amanda.

—No podemos usar esto, ya lo sabes —dijo Del Río asegurándose de que lo sabía.

—Pero si vuelven a hablar, sí —continuó Amanda antes de que hablase Carlos—. El inspector Pando nos dejó un regalo, un montón de órdenes de escuchas y de registro. ¡Están firmadas y en blanco! y las tengo yo, Carlos.

—¿Lo sabe el comisario? —preguntó Del Río.

—No sé si sabe que existen, pero seguro que no sabe dónde están, y no creo que los que firmaron pregunten por ellas —Sonrió Amanda asomando la punta de la lengua entre los dientes.

Amanda llevaba la chaqueta desabotonada, como los demás agentes, que se habían relajado debido al asfixiante calor de aquellos días. La emoción con la que Bernal expuso los nuevos acontecimientos provocó que sus pechos aumentasen de volumen y palpitasen al hablar. El inspector Del Río la miró con deseo, y pensó que era imposible que ella no se hubiese dado cuenta. Del Río le dijo a Adrián que mantuviese pinchada la línea de Salgado y a cualquiera que llamase al fijo de Cadenas. Eligieron unas cuantas líneas de teléfono más entre conocidos de Salgado y Cadenas, entre ellas la de Romero. Del Río tranquilizó al agente Gil, él respondería si se presentaba algún problema.

—Carlos, podríamos meternos en un lío por esto.

—Podríamos y lo haremos.

Un enfermero empujaba la silla de ruedas de Wilson allá donde pedía ir y, tras ellos, acompañado de un agente, Valdemaras iba donde fuese su amigo. Un inspector médico recomendó con mucha vehemencia y rigor profesional la necesidad urgente de llevar al señor Saint Michel a un hospital, ya que, si no era así, podrían meterse en un lío de considerable magnitud teniendo en cuenta el proceso de detención y el probable agravamiento de sus lesiones. El comisario, que sabía perfectamente que ya estaba en un lío, prefirió un lío normal a uno considerable y accedió. Valdemaras quiso ir con él.

—Bajo ningún concepto —dijo Sanz—, métnle en una celda, le dan lo que pida y que nadie le toque. ¡Por Dios!

Valdemaras se pasó la noche en el calabozo y pidió varias cosas: una televisión con los canales lituanos más famosos, una tarta de crema con velas y unos dardos de ventosa. «No le entra sueño», se quejó un agente. Folios blancos para hacer aviones, unas tijeras que le negaron y, por fin, unos tapones y un antifaz para dormir.

La llegada de Wilson al hospital, donde esperaba alborozado su primo agitando las banderas de su equipo junto al coche patrulla que le trasladó, entusiasmó a las personas que estaban fuera: acompañantes de enfermos, a fumadores y taxistas. Cuando Wilson salió del coche de policía y Renato hizo su espectáculo particular con las banderas, todo el mundo aplaudía y silbaba. Wilson metió las manos bajo sus grandes gafas y se secó las lágrimas. Le llevaron a una habitación con Renato y un agente permaneció en la puerta.

A Del Río le extrañaba mucho la actitud del comisario. Primero se preocupó porque no cayese del tejado de la finca, no le atribuyó ninguna culpa en la detención de Wilson ni el posible abuso policial y

ninguna queja por los cañonazos de Amanda ni por el uso de armas de otros cuerpos de seguridad. Unido esto a que al comisario le había llamado un comandante de la Guardia Civil con la queja de un sargento diciendo que bajo sus órdenes tenía una agente que estaba absolutamente descontrolada, «una nazi suicida», había dicho, algo no cuadraba. Si todo eso no repercutía en Del Río, tal vez debía andar con cuidado. Podría ser, como le había dicho a Amanda, que su suerte estuviese echada y que fuese directamente y de cabeza hacia un precipicio. El comisario le permitía acercarse al borde y Amanda le acompañaba. ¿O él acompañaba a Amanda? Si el comisario no paraba todo esto, él tampoco se libraría de la caída. En cuanto a Amanda Bernal, no podía dejar de pensar en ella, no solamente por su belleza descarada y natural. Cada cosa que hacía y cómo las hacía, le cautivaban. Para ella todo estaba claro, parecía saber dónde iba a cada momento. Esa mañana, de camino a la finca Tía Carmen, le había preguntado por sus objetivos para el futuro, «en diez o doce años quiero ser candidata a la presidencia del gobierno», soltó ella tan tranquila, «cuando sea candidata, sé que ganaré», aseguró. Del Río le preguntó el partido por el que tenía pensado presentarse, sin querer curiosear mucho en su ideología: «Por el que quiera ganar», contestó. «¿Cómo no seguir a esa mujer?», pensaba Del Río, si le expulsaban del cuerpo de policía, siempre podría ser subdirector en algún ministerio. Estaba dispuesto a acompañarla en sus saltos y tenía la sensación de que ella le acompañaría también. Había llegado el momento de coordinarse para saltar a la vez.

David no quería dejar ningún detalle al azar, a pesar de que la situación tenía mucho de imprevisible. Entre plan y plan, Clara y él se adaptaban a su nueva forma de relacionarse y que requería bastante más resistencia física que la amistad. «Tengo que controlarme, Clara», le dijo, «mañana va a ser un día complicado», y

entonces Clara hacía algo para excitarle. Habían pasado a ser una unidad, un puzle de dos piezas del que emanaba seguridad, convicción y fuerza. Invencibles. Preparando todo, en ninguno de los dos se percibía la más mínima sensación de miedo. La euforia que les inyectaba el amor correspondido y el sexo generoso, no la habían experimentado nunca con tanta intensidad. Se quedaron dormidos en el sofá, juntos y sudorosos, tranquilos y confiados.

David desayunó de pie, junto a la ventana abierta. A medida que se acercaba el momento de ir a buscar a Santi, algo que el día anterior no estaba, subía por su estómago. Clara se acercó por detrás, vestida con su camiseta y le abrazó.

Sonaba la radio: «...se esperan temperaturas muy altas, posibilidad de tormentas con aparato eléctrico en el centro y el oeste...». Clara se quitó la camiseta y le abrazó más fuerte, David se giró y la besó. Encima de la mesa, el dossier de Romero para Santi, en el suelo, la mochila de David, una garrafa de agua y una nevera portátil con el hielo y dos refrescos. David se volvió hacia Clara, la apoyó contra la pared y estiró hacia abajo de las gomas laterales de sus braguitas.

—¿Está usted bien? —dijo un anciano golpeando en la ventanilla de un coche aparcado.

—¡Váyase de aquí a tomar por culo! —gritó Santi levantando la cabeza del volante y abriendo un ojo. Abrió el otro y ver tan de cerca los indicadores y los números del velocímetro, le sobresaltó. Vio la cámara de vídeo en el asiento del copiloto, respiró hondo, se echó el pelo hacia atrás y se estiró sonriendo.

David tenía aún unos minutos antes de salir en busca de Santi. Repasó el interior de su mochila mientras Clara se preparaba el desayuno. «Recuerda todo bien, Clara, no olvides llamar a la fábrica, ni el móvil con la batería cargada», dijo David. «Lo mismo te digo del móvil», replicó Clara.

Ella vio desde la ventana cómo el coche salía del garaje y David sacaba una mano por la ventanilla con el símbolo de la victoria.

Clara se puso en marcha. Cuando David viese a Santi mandaría un mensaje de aviso al que no debía contestar. Entonces saldría hacia su casa a buscar sus cosas en taxi y volvería del mismo modo a casa de David. No haría nada hasta que recibiese el mensaje, puede que Santi no acudiese a la cita y decidiese ir a por ella. Se trasladaría en un taxi que pediría desde el piso de David para mayor seguridad, de puerta a puerta. Clara tenía que llamar a la fábrica, diría que se había ido de la ciudad el pasado viernes después del trabajo, que ya no volvería y que su compañero David Herrero, tampoco.

Si alguien preguntase era muy probable que la cotilla de recepción y el encargado se centrasen en que había algo entre ellos, e hiciese más creíble lo de la salida el viernes anterior. En todo caso, David tendría una coartada con ella. Se habrían ido después de parar en La Cresta y en la tienda de la gasolinera. Esperaría en casa de David y decidirían el siguiente paso a dar dependiendo de lo que ocurriese con Santi. Tendrían todo preparado por si debían marcharse con prisas. Pasados unos minutos sonó su móvil, era David. Metió su pequeña mochila dentro de otra vacía más grande y salió del piso.

Al enfilar la calle de Santi, David pudo verle a lo lejos y pulsó en el móvil el envío de mensaje a Clara sin parar el coche. Allí estaba, con una botella de zumo de naranja y la cámara colgada al cuello, sentado en el capó del que supuso que era su coche. Comprobó que no se iba a levantar hasta que llegase hasta él y condujo hasta su altura.

—Dame eso —exigió Santi cuando el coche de David estuvo en paralelo.

Se levantó del coche en el que estaba sentado dejando un abollón, cogió la carpeta con la información sobre Romero, fue un coche más adelante y guardó la carpeta en el maletero.

—Vamos en el tuyo, que lo tengo bien aparcado —dijo Santi abriendo la puerta del copiloto—. ¡Sí, señor!, a pegar unos tiros con mi alumno.

Un técnico informático salió del laboratorio de la policía científica con una funda de plástico de la mano. Se sentó al teléfono y pidió hablar con el comisario Sanz. «Una buena noticia», pensó Luis Sanz cuando el técnico le comunicó que las imágenes de Wilson y Valdemaras estaban editadas y eran un montaje. «Esto ralentizará el tema, ya me ocuparé de las reclamaciones», pensó con visión de futuro. El técnico le dio detalles de la calidad del trabajo y de que se trataba de un profesional o un usuario muy avanzado, «un magnífico trabajo», lo calificó. Pero esos detalles al comisario no le interesaban demasiado. Llamó a calabozos para que pusiesen en libertad a Adukauskas y al hospital para que llevasen a Wilson y a su primo de vuelta a la finca. Estos no querían volver, por la tarde era el partido de fútbol y tendrían que regresar de nuevo. Firmaron unos cuantos documentos y se quedaron por la ciudad con sus banderas.

A Valdemaras Adukauskas tuvieron que despertarle, dormía tan profundamente, boca arriba y con los brazos caídos, que el agente llegó a pensar que se había suicidado con alguna de las cosas que le dieron por la noche. Contó los dardos de la diana y cuando estaba contando las velas de la tarta con los dedos vio con alivio que el hombre se desperezaba. Se aseó y le acompañaron a un despacho, «síéntese y espere», le dijo el agente Luisito sin mucha cortesía, que al igual que sus colegas de comisaría estaba muy molesto porque iban a soltar a los dos. Después de la euforia del día anterior, con las detenciones y los héroes que habían puesto su vida en peligro para capturar a Wilson, discapacitado o no, el personal no estaba muy animado. Valdemaras se sentó y comenzó su sesión de batería, tocando en cuadernos, mesa, botes de bolígrafos y una en carpeta en

la que ponía: «Denuncia Juan Romero. Secuestro, agresión, robo, amenazas. Datos Adukauskas Saint Michel». Siguió tocando con una mano y abrió la carpeta con la otra. Las fotos, datos del tal Romero, los datos de Wilson y los suyos, mapas... La cerró, la metió por dentro del pantalón y se colocó la camisa por encima.

En la televisión del inspector Del Río sonaba la sintonía de «Megaingeniería». Sorbía un café asomado a la ventana. Se acercó un poco a la pantalla, se trataba de la ejecución de una gran presa en China. Miró la hora, la apagó y se puso la americana.

Las cosas se arreglaban por momentos, con Saint Michel y Adukauskas eliminados del tablero, solamente quedaba el secuestrador principal. No estaba en la base de fichados, por lo que sin el vehículo no habría nada más que hacer. Las imágenes de las cámaras en busca de la furgoneta no preocupaban demasiado al comisario Sanz. Tardarían días en ver todo, en discriminar, en sincronizar recorridos, sin modelo de furgoneta, ni matrícula. «Bar Secretary», no había, ni había habido un negocio de hostelería en todo el país con ese nombre, ni ninguna licencia de apertura prevista. En el momento en que un agente salió a toda prisa de la sala, el comisario se puso alerta. «Se habrá desconectado algo», «este Pando, pedazo de cabrón», pensó. Cuando el agente regresó corriendo con la agente Amanda Bernal, supo que tampoco iba a ser un buen día, a no ser que esa ultra descontrolada que ahora vestía de paisano, tuviese también la carrera de informática. De nuevo imaginó a esa absolutista jueza Borrego recibiendo Dios sabe qué noticias y pidiendo a alguien que le pusiesen con el comisario Sanz. Esperó para ver qué ocurría, los agentes eran jóvenes y con ganas, «se alteran por todo, tranquilo Luis», se dijo. Un segundo después, pasó corriendo el inspector Del Río con el móvil de la mano.

—Tenemos la furgoneta —dijo Amanda al ver a Del Río.

El agente Adrián Gil, colaborador de Amanda en las escuchas, estaba al mando de los monitores y la consola. En un monitor, una furgoneta saliendo de una fase del Polígono Sur. En otro, las imágenes mostraban coches por la autopista y a una furgoneta de color claro que daba el intermitente en la salida hacia el Polígono Norte. El agente rebobinó hacia adelante y allí estaba el mismo vehículo, saliendo del Polígono Norte. El agente cambió la imagen, la furgoneta en la ciudad pasando por un cruce. En el otro monitor, la

furgoneta entrando en una fase distinta el Polígono Sur.

—Secuencias de tres horas y media de grabaciones con las ubicaciones dadas por el testigo y con el que puede ser el vehículo descrito —dijo Amanda tocando el hombro de Adrián y poniendo alerta a Del Río.

—Lo extraño es esto —dijo el agente Gil mientras manipulaba los monitores adelante y atrás—. Vuelve al Polígono Sur... pero... por esa entrada solo se puede ir a esa zona del polígono. No es la misma zona de la que salió al principio del trayecto. Hay que volver a pasar por la calle que tiene instalada la cámara, para ir a la fase de la que salió. En esa calle no hay salida, ni caminos, es imposible que salga un vehículo, hay que dar la vuelta.

—No sabemos si es la misma —apuntó Del Río a las imágenes generales de un monitor—, es una imagen muy lejana no se puede ver el logo que dijo Romero.

—Lo es —dijo Amanda—, no hay dos de similares características que hagan el mismo recorrido a esas horas.

—Si nos atenemos a los datos de Romero... —dijo Del Río mirando a Amanda a los ojos y esta asintió—, vamos a ver a Sanz.

—Un furgón con cuatro agentes y ustedes dos en su coche —dijo el comisario en su despacho—. Nada más. Y sin sirenas ni bobadas. Les avisaré cuando tengamos las órdenes para los seis locales.

—Las órdenes ya están, comisario Sanz —dijo la Agente Bernal, que contaba con las órdenes firmadas de Pando, dejando estupefacto al comisario—, no se preocupe.

—¿Quién las ha firmado? —preguntó.

—El juez Demetrio Moreno y la jueza Aida Borrego —contestó del Río.

—¿Borrego? —Preguntó nervioso el Comisario—. Borrego... sí, la conozco, claro. Por cierto, ¿no conocerán ustedes a alguien que pueda colocar la «S» en mi puerta?

Cadenas recibió una llamada de un amigo que era conocido de una antigua amistad de un policía. Esta persona tan bien relacionada le comunicó que habían soltado a dos delincuentes extranjeros, un tal Wilson Jesús, de Juárez y, un ruso, creía, llamado Valdemaras, «por si te puede interesar, Félix». También le habló del asunto de las fotografías trucadas y de que todo parecía un montaje para asustar a las víctimas. Cadenas pidió el teléfono y el camarero lo trasladó desde el bar hasta la tumbona.

—Ernesto, han soltado a los dos de las fotografías —dijo Cadenas.

—¿Soltado?, ¡joder!, ¿por qué?

—Esos dos no han hecho nada, os la han metido bien —Salgado calló durante un segundo.

—Lo que importa es que el acuerdo sigue en pie. Encuéntralo, Félix. No lo entiendo. Eran ellos, estaban allí...

—Va a ser cosa de la informática —dijo Cadenas.

—¿De qué hablas? ¿Qué informática?

—Tenemos que reciclarnos constantemente, amigo mío. Os han timado.

No tenía muchas cosas importantes para recoger, o si las tenía, habían dejado de serlo, pensaba Clara mientras se dirigía en un taxi hacia su casa. No le apetecía conversación.

—A ver si llueve un poco —dijo el taxista.

—Falta hace.

Algunos álbumes de fotos, unos cuantos CD, dos o tres regalos, sus escasas joyas, los papeles y documentos importantes, títulos, pólizas de seguros, en las que tanto le había insistido David y algo de ropa. Siempre que se había mudado de casa o de piso, sintió una

cierta nostalgia, pero después de recoger sus cosas en una bolsa de deporte y en la mochila que le dejó David, salió del piso sin mirar.

El camino que llevaba a la alameda que se veía desde la carretera estaba lleno de baches. David rodeó la arboleda y aparcó en la zona contraria. Aunque apenas había tráfico, pasaban de vez en cuando vehículos agrícolas y algún ciclista que sobrevivía al calor. Si Joan Miró hubiese tenido visión por satélite, habría compuesto una obra magnífica: «Punto verde sobre fondo amarillo y línea negra al oeste», podría haberla titulado. El lugar era como un oasis, entre campos de trigo recién cosechados o que estaban a punto de serlo. La carretera no se veía y las maquinas solían trabajar de noche debido al calor por lo que no había ningún rastro de nada civilizado hasta donde alcanzaban los ojos. El termómetro del salpicadero señalaba 42 ° C. Santi salió primero y buscó un sitio para colocar la cámara.

—No quiero que lo grabes.

—Vamos, marine —animó Santi estirando los brazos—, la naturaleza es la hostia, va a quedar una buena película, puede que me compre una casa en la campiña.

—Tú dirás —dijo David—, ¿cómo se hace?

—Tranquilo, tienes que aprender bien, es como montar en bici.

—¿Y el disco?

Santi se tocó el bolsillo trasero del pantalón, sacó el DVD en la funda de papel y lo insertó en la cámara.

—Este es el tuyo, mira, pone... «pringao» —dijo leyendo con el dedo—. Cuando pagues la factura en El Molino, será para ti solito, para que lo veas con tu princesa. Y no me hagas quedar mal, tienes que decir que soy tu jefe, trabajas a mis órdenes —añadió riéndose—. Es la verdad.

—El trato era el disco a cambio de la información que te he dado. Y no estamos juntos —dijo David—, ya te dije que solo somos...

—Venga, no me distraigas —sacó la pistola, abrió el tambor y lo cerró—, no te voy a dar el disco a cambio de nada. ¡Vamos!, mira cómo funciona.

Abrió de nuevo el tambor del revólver, le enseñó el seguro, lo cerró, lo volvió a abrir e hizo que girase demostrando un cierto dominio.

—Cógela —dijo ofreciéndosela a David.

Nunca había tenido una pistola en sus manos, pesaba más de lo que pensaba para ser tan pequeña. La sopesó, agarró, apuntó a un árbol. Santi le corrigió la postura y agarró la pistola con una mano sobre la de David, que la soltó despacio.

—Trae acá, vamos a cargarla. —Santi comenzó a meter las balas—. Solo hay seis, o sea, que hay que dejar alguna para tus cosas.

—Con una o dos, para asustar o disparar a una pierna, es suficiente.

—¿A una pierna? Mira, chaval —dijo mostrándole la pistola—, si sacas esto, es porque estás jodido y si apuntas a alguien es para dispararle y si puede ser no volver a verle, si no, el asustado vas a ser tú. Mira, atento, se sujeta con fuerza, pero a la vez los brazos relajados... apuntas... mira a ese árbol más gordito... y...

Un fuerte sonido hizo encoger a David, el eco tardó en disiparse unos segundos. La bala impactó de lleno en el árbol. Santi se acercó a la cámara para ver si había quedado bien grabado.

—¿Has visto? —preguntó Santi satisfecho y ofreció la pistola a David—. Ahora, siempre con el cañón hacia abajo y el dedo fuera del gatillo.

—Espera —le detuvo David.

Se agachó y abrió su mochila. Sacó una botella de agua vacía con el culo cortado y forrada con dos esponjas.

—¿Qué coño es eso?

David colocó con mucho cuidado, apuntando al suelo, la botella en el cañón y la fijó con cinta americana.

—Ya verás —dijo, apuntando al mismo árbol.

—Las piernas... brazos relajados... —recordaba Santi— apunta bien y... —Un sonido sordo y apagado sorprendió a Santi. La bala impactó en el árbol.

—¡Joder! —exclamó Santi emocionado—. Eso está de puta madre, ¡le has dado! Hace un ruido raro, pero no parece un tiro. ¡Muy bien!

Santi miró el artefacto humeante que David había pegado en el cañón. Lo revisó por ambos lados moviendo la pistola y apuntando. La botella echaba humo, pero no hubo que rectificar su posición. Le entregó de nuevo la pistola a David.

—Algo más difícil, mira, a ese bote de cerveza oxidado. Con ese chisme en el cañón, puede que se apunte mal, pero para corta distancia... —opinó Santi satisfecho—. Deberías trabajar para mí de verdad, Cadenas iba a alucinar. Podríamos compartir a Clara —Santi reía haciendo un pequeño agujero con el pulgar y el índice—. ¡Me pido por atrás!

David apuntó al suelo buscando el bote de cerveza. Lo perdió de vista debido a la botella de agua, se colocó en la postura correcta, respiró hondo sintiendo el tacto del gatillo, dio dos pasos adelante, se giró y encañonó a Santi. Se miraron un segundo y David le disparó en el estómago. Santi cayó de rodillas y después de lado, quedando en posición fetal. De la botella de agua salía gran cantidad de humo.

—¡Dios! ¿Qué haces gilipollas? —gritó agarrándose la herida, que sangraba a borbotones—, te voy a matar, payaso.

—El disco —dijo David apuntándole—. Vamos, si lo tengo que coger yo es porque estarás muerto.

De repente el silenciador comenzó a arder, David tiró la pistola al suelo y comenzó a apagarla a pisotones. Santi intentó ponerse en pie, pero no podía. Reptaba hacia el coche muy lentamente. El fuego del

silenciador había prendido la hierba seca del suelo, David se quitó la camiseta y sofocó el conato con ella. Santi seguía arrastrándose. David se dirigió a su mochila mientras arrancaba los restos de la botella del cañón de la pistola quemándose los dedos. Cogió otra botella y la cinta y se fue a por Santi. Cuando llegó a su altura, pisó su espalda, Santi se detuvo y dejó caer su cara contra la hierba y la tierra seca.

—Dame el DVD —dijo David terminando de colocar la cinta adhesiva al nuevo silenciador.

—Cógelo tú —dijo con la cara pegada al suelo—. Hijo puta, está en la cámara.

David fue a por la cámara, la apagó y se la colgó al cuello. Pisó de nuevo a Santi, que había avanzado otro metro, para que no se moviese. Rebobinó el disco hasta que pudo ver las imágenes de Romero. Sacó el disco, lo apoyó de canto en una piedra, lo partió con otra y guardó los trozos en la mochila. Volvió a pisar a Santi que ya apenas se movía.

—¿Tienes copias? —preguntó David.

—¡Sí! —dijo Santi recobrando fuerzas, alzando un poco la cara y levantando polvo a la vez que hablaba—. Como me pase algo... hay copias en mi banco... en una caja de seguridad, para la policía y las autoridades competentes.

—Lo que dijo Clara —concluyó David—, no has hecho copias.

David le dio la vuelta empujándole con los pies. Santi se agarraba el estómago, se desangraba.

—Cadenas te matará si no llevas ese dinero... Te matará, y a Clara la mataré yo. Me la follaré y la mataré.

David le apuntó a la cabeza perdiéndola de vista por el grosor de la botella de agua con las esponjas, separó una mano de la pistola, simuló un pequeño agujero con el pulgar y el índice ante la cara de Santi y apretó el gatillo.

CAPÍTULO VIII: información.

37

El Sol desapareció. Por el horizonte se aproximaba un gran muro de nubes grises y negras, preludio de una segura tormenta. Félix Cadenas alzó la vista desde su tumbona junto a la piscina, las peluqueras estaban encajadas en dos grandes flotadores, se movían suavemente en el agua, chocaban de vez en cuando y se acariciaban las manos sin abrir los ojos, ajenas al cambio de tonalidades de la troposfera. Cadenas no podía dejar de pensar en ese dedo. Las coincidencias existían, claro que sí, a veces le había ocurrido alguna, como cuando estuvo en la cárcel y coincidió con un antiguo compañero de la mili. «¡Qué coincidencia!», dijo Cadenas cuando le vio en la carpintería de la prisión. El muchacho cayó por la ciudad, atracó una gasolinera y le llevaron a la prisión más cercana. Eso era una coincidencia. ¿Pero esto? Tendría que extremar las medidas de vigilancia. Esperaba que Roque encontrase pronto al huidizo secuestrador. Salgado, Romero y el tal Puig le pagarían y se tranquilizaría una temporada. Cogió el teléfono y llamó a Santi para ver qué pasaba con el dinero de la factura y la información tan importante que le había ofrecido. Si no venían él o su chico, como él dijo, tendría que hacer algo, no podía dejar que se pasase del plazo, «¿qué opinarían los otros deudores?», se preguntó. Santiago no contestaba. Cadenas marcó de nuevo. Otro problema más.

La cabeza de Santi colgaba fuera del maletero, sobre un plástico que envolvía su cuerpo. Cuando sonó el móvil de Santi la primera vez, David dudó en cogerlo, estaba muy atareado sacando las cosas que necesitaba de la mochila y lo dejó pasar, más tarde miraría la llamada. La segunda vez sacó el móvil de Santi del bolsillo y leyó, «llamando señor cadenas». David colgó. Pensó unos instantes y pulsó la llamada perdida. Félix Cadenas descolgó y no dijo nada, escuchó. David esperó durante unos segundos y tampoco dijo una palabra. Cadenas siguió esperando, sin hablar, pero David tampoco lo hizo.

Cadenas colgó el auricular de un fuerte golpe.

—¡Íñigo! —gritó.

—Sí —contestó suavemente el guardaespaldas, que estaba tras él.

—Ve a buscar a Santiago, a su casa, al bar, ¡donde sea! Si hace falta que Roque deje lo suyo y te ayude, ¡traedle como sea!

A Íñigo se le abrieron los ojos e inspiró profundamente.

David se puso guantes de látex, cogió las tijeras y comenzó a cortar el pelo de Santi, su melena anticuada, su flequillo, un poco por las orejas y algo de volumen. No tenía sangre en el pelo por lo que supuso que la bala estaría dentro. Le aplicó fijador y le peinó un poco. Miró al cielo viendo los nubarrones y mirando el peinado que le estaba quedando. «Bueno por lo menos la tormenta quitará la sangre del suelo», se consoló. Le colocó una gorra como las que utilizaba en sus cobros y unas gafas de sol con los cristales amarillos. Eliminó del móvil de Santi el contacto de Clara y las conversaciones de mensajes que tenía con «Clarita». Le miró, metió su cabeza dentro del maletero y arrugó los labios reconociendo que poco más se podía hacer. En realidad, cualquiera que hubiese sido deudor en los cobros de David y visto a Santi muerto, no hubiese notado mucha diferencia. Cuando encontrasen el cadáver, la policía tendría tal cantidad de cosas sobre las que reflexionar y que analizar,

que transcurriría el tiempo necesario para desaparecer con Clara. Se cambió de ropa y subió al coche.

—Va a caer una buena —dijo el taxista acercando la cabeza al parabrisas y mirando hacia arriba.

—Eso parece —dijo Clara, que nunca fue amiga de hablar del tiempo. Llevaba junto a ella, en el asiento de atrás, una bolsa de deporte y una mochila. No podía dejar de pensar en David y en lo que estaría haciendo.

El taxista, en vista de que su clienta no le apetecía hablar del tiempo abrió otro tema.

—Anda que el gobierno está preparando una buena...

—Eso parece.

Los segundos que estuvieron David y Cadenas con los teléfonos descolgados y sin dirigirse la palabra fueron los que necesitó el agente Adrián Gil para pinchar la llamada y después rellenar una orden con el número de teléfono que había llamado a Cadenas. Buscó el usuario: Santiago Urbizu.

David condujo por un camino que salía de la alameda hacía los pelados campos amarillos. Se detuvo y revisó despacio el horizonte, ninguna diferencia. Sacó el cuerpo de Santi y lo arrastró hasta el borde de un trigal para que se viese desde el camino. Agarró las tijeras de podar y resopló. Colocó el meñique de Santi entre las cuchillas y presionó con fuerza.

Guardó en el maletero la pequeña nevera con el dedo, a lo lejos podía ver lo que parecía una cosechadora. Recogió el plástico y lo metió en una bolsa de basura. Montó en el coche, dio la vuelta y se alejó hacia la carretera, dejando atrás un cielo amenazador.

Cuatro agentes acordonaron la entrada a una de las fases del Polígono Sur. Del Río y Amanda cumplimentaron en el interior del coche las órdenes de registro ya firmadas, lejos de las miradas de los otros agentes y se dispusieron a entrar y registrar cada rincón. Los cuatro agentes esperaban órdenes.

—Identificación de todo el mundo y de los vehículos de cada empresa—dijo Del Río al grupo—. La furgoneta tiene que estar aquí.

Del Río y Amanda empujaron con fuerza la puerta de la nave alquilada por David. Entró un chorro de luz en el interior, la hoja rebotó cuando llegó a los topes superiores y volvió bajar, quedando de nuevo cerrada. La impulsaron de nuevo con cuidado. En el interior del garaje había cajas abiertas con libros, maletas envueltas en plástico, mesas y sillas de terraza y jardín, material de camping y montaña, bicicletas, muebles desmontados, pero, desde luego, ninguna furgoneta, ni apenas espacio para que un vehículo pudiese maniobrar allí dentro. Del Río, Amanda y un agente pasaron al interior.

—¿Propietario? —preguntó Del Río.

—Un jubilado —contestó el agente de paisano leyendo unas notas—, lo tiene alquilado, nos lo ha dicho su hija, es el número que tenemos, el dueño está en la playa. Ella no sabe nada, tiene que contactar con su padre. Mientras hablaba el agente, Del Río miraba en una estantería. Varias cajas apiladas con piezas de rotuladores sin montar con el nombre de la fábrica y el modelo «Foreverline mod. Comfortably 19», el logotipo de Foreverline y la dirección de la fábrica.

—¿En los otros locales? —preguntó Del Río.

—Nada de momento —dijo Amanda, que iba supervisando todos, y acudía de nuevo con Del Río—. Bueno, en el taller hemos sorprendido a dos mecánicos besándose, están llorando, muy nerviosos, a ver si se calman y les preguntamos.

Del Río se fijó en el portón que había en el fondo del garaje, no había huellas en el suelo. Su tamaño era demasiado justo para una furgoneta, pero podría ser. Cajas, estanterías apoyadas, muebles y tubos entre otras cosas. Estaban cubiertas de polvo, parecía que hacía mucho tiempo que no se había abierto y que nadie había tocado esas cosas.

Amanda sacó de su bolsillo una pequeña navaja y abrió una caja de cartón, libros de arquitectura, ingeniería, arte, papeles, apuntes, planos... Se acercó a una de las paredes en la que sobre dos soportes descansaban lo que parecían mangos de madera para herramientas. Tomó uno en cada mano y comenzó a hacer ejercicios de artes marciales como si fuesen espadas. Del Río, aunque estaba alejado, se movió dos pasos más a su derecha.

En el centro del portón, sobre las dos hojas, había un póster con el logotipo del antiguo Ministerio de Turismo, era un paisaje de montaña con una casa en primer plano, prados verdes y cumbres nevadas en lo alto con la leyenda «Pirineos, el origen». Del Río pasó el dedo por una estantería, por la puerta, junto al póster: todo lleno de polvo. Pasó otro dedo por el póster, también polvo. Rozó su dedo por encima de la cinta adhesiva que lo pegaba a la puerta, limpio. Miró hacia atrás y vio a Amanda revisando una tienda de campaña y al agente de uniforme abriendo maletas. El inspector se volvió de nuevo hacia la puerta y le hizo una foto al póster.

Amanda tomó nota de la dirección de la fábrica de rotuladores e hizo fotos generales y de algunos detalles.

Del Río se agachó y miró por el hueco que quedaba entre las hojas de la puerta y el suelo. Había algo, una marca del mismo ancho que el marco del portón. Parecía un fragmento de huella de neumático. Se levantó con rapidez, volvió a pasar el dedo por el polvo y fue hacia Amanda.

—Agente, por favor —dijo Del Río al policía de uniforme—, vaya a ver si hay algo en las otras naves. Gracias. Amanda, acércate. Sé que puedo confiar en ti —la miró a los ojos.

—Carlos, desde luego que lo sabes.

—Creo que es aquí, es él. Lo que hace este hombre tiene algo de... No sé, no sabría cómo calificarlo. Tenemos que encontrarle.

—¿Y después? Sé por dónde vas, Carlos, ¿le detendremos o le ayudaremos?

—Somos la ley, cuando llegue el momento sabremos qué hacer.

David se deshizo de todo lo que había usado en diferentes contenedores. Al entrar en la ciudad, en un paso de cebra en el puente, mientras cruzaban unos adolescentes despistados, comprobó que no hubiese nadie más y tiró la cámara al río. Dejó la pistola en la mochila, no sabía si le volvería a hacer falta. Quedaban dos balas que esperaba no usar jamás.

Cuando David llegó a casa, Clara respiró tranquila, le abrazó y le miró a los ojos.

—No nos volverá a molestar —dijo él aguantando la mirada. Clara no hizo ninguna pregunta.

—Vámonos —dijo Clara y se acercó a su mochila—, tengo todo aquí.

—No podemos, Clara. Aún debo pagar la factura de Santi.

—¿Por qué? ¡Vámonos ya!

—Ese hombre te conoce, sabe dónde trabajas y también le ha hablado de mí, estoy seguro. Nos encontrará a los dos, puede que el año que viene o dentro de cinco, esta gente funciona así, es su trabajo, a lo que dedican el día y la noche. Le daré sus cinco mil euros y me iré, solo quiere su dinero.

—No, David, ni se acordará de mí.

—Lo hará, ese tío es un mafioso y sería infinitamente peor que lo de Santi. No pasará nada, le pagaré y luego iré a buscarte al hotel que me digas, como ya habíamos hablado. Clara, por favor, estamos a punto de conseguirlo. Tenemos el dinero, se lo entregaré y se acabó. Cadenas no tiene nada contra mí, solo quiere dinero.

Ella se acercó, se apoyó en él y David acarició su cabeza y su cuello.

—Necesito una copa —se separó Clara—, esto va a acabar con mis nervios.

—¿Y la fábrica? —preguntó David intrigado.

—Les he dicho... primero en recepción, a Susana y luego me ha puesto con el encargado, que nos fuimos el viernes por la tarde de viaje... que estamos enfermos, los dos... que te lo he contagiado yo... haciendo el amor. Que no nos esperen, que no pensamos volver.

David la miró sonriendo y moviendo la cabeza.

—A Rita le he dicho lo mismo, llamó en el descanso. Estuvo de fiesta, con Santi...

—Lo sé —dijo David recordando las imágenes del vídeo—, ahora también nos perseguirá el encargado.

—¿Ese hombre?, ¿por qué nos iba a perseguir?

—Porque siempre le has gustado.

—¿Qué dices, David?

—Vamos, ayúdame a bajar nuestras cosas al coche y nos preparamos esa copa.

La cerradura del piso de Santi no se resistió a los encantos de Íñigo. Entró con precaución, pistola en mano, tal vez ese paleta estuviese dormido, medio borracho y con el viejo revólver que compró el día anterior. La vivienda estaba vacía. Registró con suma delicadeza. Nunca entendió por qué cuando la gente registraba una casa lo dejaba todo patas arriba y destrozado. Las cosas se podían hacer bien si se sabía dónde buscar. Además, ese sitio ya era un desastre, tendría que tener cuidado, sin querer podría dejar algo colocado. Restos de comida, botes de cerveza, ceniceros con colillas, toallas y ropa por el suelo. Pensó que tal vez se le había adelantado alguien. Tomó una bolsa de plástico del suelo, vació las migas de pan que tenía y recorrió el piso con ella. Una revista porno en el salón que introdujo en la bolsa. Unas cervezas en la nevera que también guardó. En el dormitorio, la cama estaba hecha de forma perfecta. En las paredes había un póster de Madonna y un dibujo enmarcado de un tigre con una chica sobre una roca con una luna llena al fondo. Descolgó el cuadro, miró por detrás y lo volvió a

colgar. Abrió y cerró cajones, miró el armario por dentro, por arriba, bajo la cama. Quitó la tapa de la persiana y encontró una bolsa con hierba, la guardó junto con la revista y las cervezas y volvió a poner la tapa.

Cuando salió del portal de Santi, Íñigo se detuvo en la acera, reconoció el coche de Santiago aparcado frente a él. Abrió la puerta con una estrecha lámina de metal y entró. Guanteras, departamentos laterales, un paquete de tabaco a medias que guardó en su bolsa con las otras cosas. Abatió uno de los asientos traseros y miró en el maletero. Un parasol, bolsas, botellas vacías y un bate de béisbol. En uno de los laterales, había una carpeta. La cogió, la abrió y se le escapó una sonrisa: Juan Romero, los tipos que traían de cabeza a la policía, direcciones, cifras, planos, fotos... Metió la carpeta en la bolsa.

Desde el coche llamó a su jefe para informarle de que Santi no estaba ni en su casa, ni en su coche, que estaría buscando a su novia, pero que tenía algo importante sobre Romero. Cadenas sabía que Clara era la novia de Santiago, que trabajaba en la fábrica de rotuladores Foreverline y que se había enrollado con un «pringao» que era compañero de trabajo de la chica y al que Santi iba a vender una pistola para «unos asuntos». Si no aparecía Santi, Íñigo debía traer a su novia.

—Quiero a la chica.

—La fábrica de rotuladores está cerrada —contestó Íñigo.

—Es una pena —dijo Cadenas—, era importante para la región, todo lo que sea dar empleo...

—No es eso, cierra a las seis.

Íñigo nunca fue muy hablador. No se extendió mucho en la llamada, pero fue lo suficiente para que el agente Gil viese un piloto encendido e hiciese clic en «grabar llamada».

Con tantas llamadas que analizar el agente Gil estaba un poco perdido sobre lo que pretendían Del Río y Amanda, que al llegar del registro del polígono quisieron ponerse al día.

—Bien, Gil —dijo Del Río sin perder detalle de cómo Amanda le daba un abracito desde atrás y le despeinaba un poco con la palma de la mano—, explíquenos.

—Una llamada de un hombre llamado Santiago Urbizu a Félix Cadenas en la que ninguna de las partes dijo nada. Quince segundos. Una comunicación de Félix Cadenas con Ernesto Salgado, ya sé que no debí, pero estaba pinchado de ayer y se me olvidó desconectar. Bien, en esta llamada Cadenas le dice a Salgado que les han timado con las fotos de los hombres que soltó el comisario, ya que eran fruto de un proceso de edición fotográfica y que el encargo que el receptor de la llamada, Salgado, había hecho alemnisor, Cadenas, sigue en pie, aconsejando este último a Salgado, el hacer juntos un curso de informática para reciclar sus conocimientos. Un minuto y veinte segundos. Una tercera llamada de un trabajador de Cadenas a su jefe, Cadenas, en la que este confiesa que quiere a una chica, no sé la edad y si esto puede ser punible. El operario le comunica al empresario que no encuentra a un tal Santi. Dice que tiene una información muy importante y que iría a buscar a esa chica, de la que Cadenas podría estar enamorado, a una fábrica de rotuladores que estaba cerrada en ese momento. Cadenas muestra su interés en la evolución del empleo en la región, manifestando su pesar por la clausura de la empresa y el operario aclara que se trata del cierre diario y no definitivo. Treinta y cinco segundos. Por cierto —dijo Gil para terminar—, les busca el comisario Sanz.

Llevaba menos de una semana en esa comisaría, pero sabía cómo había que llamar al comisario. No tenían buenas noticias que darle.

—¡Tranquilícense!... no pasa nada —les calmó el comisario Sanz cuando Bernal y Del Río le explicaron los infructuosos registros que habían llevado a cabo en el polígono—, a veces acertamos y a veces nos equivocamos, Del Río, somos humanos. Mañana siguen ustedes con la investigación —continuó el comisario—. Vayan a tomar algo al bar de Juanjo, ¡despéjense!, ya daremos con él, confió en su labor.

—¿Dos cañitas? —preguntó Juanjo alzando el dedo índice—, el calamar en tinta acaba de salir...

Del Río miró a Amanda, que asintió.

—Dos cañas y croquetas —dijo Del Río.

—El comisario está rarito, ¿no? —apuntó Amanda.

—Mucho, debe estar tramando algo, o alguien le controla.

—¿Quién?

—No lo sé, no dejo de pensar en nuestro hombre, no creo que le encontremos. Tampoco pasaría nada. ¿No?

—Al grano, Carlos, sé que te resulta simpático, por lo que hace. Yo también lo he pensado, ¿crees que no?

—Aquí tenéis, dos cañitas y croquetas, pareja.

Del Río miró a Juanjo y después a Amanda. Salieron a la terraza. Se sentaron junto a la ventana.

—¿Te molesta que nos llame pareja? —preguntó Amanda.

—No... no es por mí, son los demás, te miran y, no sé...

—¿Te molesta que me miren los demás?

—¡No!

Amanda se atragantó con la caña, se echó a reír y le hizo un gesto a Del Río con las manos para que la perdonase. El inspector miraba hacia el interior del bar, los vinilos de Café Bar Security estaban a medio despegar. Juanjo salió apurado y resuelto con una bandeja para una mesa.

—Se van a despegar los cartelitos, Juanjo —le señaló Del Río—, a ver si nos gastamos el dinero en unos nuevos.

—Es por este calor. Tenía unos cuantos, pero me los quitó un abuelo, un vecino, menudo mangante —dijo Juanjo—. Estaba un poco ido el hombre, los pegaba en casa y en el coche. Decía que no había sido él y tenía uno en la ventana de su dormitorio. Se pasa el año en la playa, el tío. Creo que lo tiró su hija o se los llevó a una nave que tienen. Que aguanten este verano, luego ya veremos.

—Lo siento, Carlos, si me he pasado —dijo Amanda—, era una broma. Soy consciente de lo que provocho en algunos hombres y también que soy más inteligente que la mayoría de ellos, más perfecta físicamente y que puedo más que ellos. No soy engreída, sé que es así y no puedo fingir no saberlo. Pero lo importante es que soy buena policía y me considero una persona sensata, con capacidad para distinguir el bien del mal, y eso sí que no te va a molestar cuando encontremos a ese hombre.

David y Clara se tomaron una copa tranquilos. Ella se reía de la situación y del lío en que estaban metidos, David estaba más serio, todo el camino de vuelta estuvo pensando en lo que había hecho. No le había temblado la mano al disparar. Había matado a alguien. Por más vueltas que le dio, era eso o pasar por un vía crucis infinito con Santi, con Cadenas y puede que con más indeseables. Ese estúpido amenazó con matarla y, puede que por dinero, lo hubiese hecho. Santi debió haber meditado más lo que hacía y sus consecuencias. Tal y como lo veía David, había sido en defensa propia anticipada.

Juntos de nuevo y a salvo, recobraron fuerzas. Repasaron el siguiente y último paso. Clara se trasladaría a un hotel y esperaría a David, que iría a El Molino, pagaría a Cadenas y volvería a por Clara. Después se marcharían de la ciudad a la casa que los abuelos de Clara tenían en el norte. Habían vaciado todos los discos de vinilo, entre LP's, singles y el aporte de Clara, 43.200 euros. Ella se

llevaría al hotel la mochila de David con el dinero. El equipaje de los dos ya estaba cargado en el coche. David no le dijo nada de la pistola ni del silenciador que había en el doble fondo de la mochila. Si llegaba el momento, lo haría. Tampoco le habló de lo que había ocurrido con Santi, aunque él supo por su mirada que ella lo sabía. Nunca volvieron a hablar de ese tema.

—Te quiero, David —le susurró—, no hagas tonterías si quieren todo el dinero se lo das y en paz. Te quiero, ya no recordaba que se podía querer tanto.

—Yo también te quiero, Clara, no podría pasar un día sin ti. Solo quieren lo suyo, no te preocupes —la tranquilizó—, esa gente también tiene sus códigos de honor y de respeto.

En la televisión, el cabezal de una broca gigante terminaba de abrir un túnel. Los trabajadores esperaban ansiosos a que llegase al otro lado. Clara miraba con atención. David apagó la televisión, la tomó de la mano y se fueron al dormitorio.

—Lechazo para tres —pidió Juan Romero al camarero de El Yugo Real—, y una de Rioja, un reserva.

Salgado había llamado por teléfono a sus compañeros de misión, Romero y Puig, en cuanto Félix Cadenas le comunicó que esos dos asesinos nunca habían estado en sus casas, ni en los colegios de sus hijos, ni en ningún sitio. «¡Repíte eso!», exigió Romero muy enfadado, y Salgado se lo repitió palabra por palabra. «Ya te había oído, ¡joder!, Ernesto», «tenemos que hablar», terminó Romero. Salgado llamó a Puig, que lo entendió todo a la primera y no precisó de ninguna repetición.

—¿Cómo ha podido hacerlo? —preguntó Puig—. Ese hombre es un monstruo.

—Con ordenadores y programas muy avanzados —contestó Salgado—. No se conocen entre ellos y seguramente tampoco al cabecilla. Parece magia, como aquella vez, Juan —continuó Salgado—. Las fotos de esa concejala que era oposición tuya, no recuerdo el nombre, unas fotos que se publicaron de ella, ¿recuerdas?, rodeada de hombres desnudos y empalmados, ¿te acuerdas, Juan? Que dijo después, la viciosa, que las fotos eran un montaje hecho por vosotros desde el ayuntamiento, pues algo así. ¿Te acuerdas?

—Sí, Ernesto, sí —contestó Romero—. Lo recuerdo a la perfección. Pero este asesino es alguien muy entrenado, ex militar seguramente y, por lo visto, domina la tecnología a su antojo. He pensado que, si esos dos hombres de las fotos le encontrasen, le dirían unas cuantas cosas a ese «boina verde».

—Pero le está buscando el mafioso que contratamos —dijo Puig provocando la mirada descontenta de los otros dos—, podría haber conflicto de intereses y a esa gente no le iba a gustar, se volvería todo en nuestra contra.

—También le busca la policía —dijo Salgado—, y podría interferir con Cadenas. Por lo que sé, tienen un operativo gigantesco, un montón de agentes, helicópteros y lanchas rápidas he oído, Juan, creen que puede intentar huir por mar, le deben estar pisando los talones.

—Esperemos un tiempo prudencial a ver qué pasa —dijo Romero—, si Cadenas no le encuentra podemos llamar a los de las fotos, a ver si les interesa el asunto.

—¿Y dónde están ahora? ¿Cómo podremos contactar con ellos? —preguntó Salgado.

—Vi apuntados sus teléfonos en comisaría —contestó Romero.

Cadenas observó las cervezas que Íñigo extrajo de la bolsa.

—Que las pongan a enfriar —dijo.

Colocó todo encima de la barra. Cadenas había dejado su puesto junto a la piscina hinchable alertado por los rayos y aún lejanos truenos. Una bolsa de marihuana, unas monedas, una antigua revista porno y una carpeta que Íñigo le entregó en mano. Cadenas comenzó a mirar el interior de la carpeta. «¿En el maletero?», preguntó. «En el maletero», fue la respuesta de Íñigo. Las fotos de los tipos del montaje fotográfico en diferentes lugares, los datos de Juan Romero y escrito junto a su nombre, «cien mil euros en casa», los planos de la casa de Romero con unas marcas a bolígrafo rojo y un disco con un programa de edición de vídeo. Esa era la importante información que Santiago quería darle.

—¿Y no aparece? —insistió Cadenas mientras miraba los planos.

—Ni rastro, iré mañana a por la chica, la fábrica abre pronto.

—Necesito una copa —pidió Cadenas al camarero.

Cadenas se quedó con la carpeta y le dio todo lo demás a Íñigo, que lo metió en la nevera de conservar las cosas importantes.

Los truenos cada vez sonaban más cercanos y los rayos iluminaban

el horizonte más allá del río. Félix Cadenas no era supersticioso ni entendía de malos presagios. Para él importaban los hechos, lo que podía tocar, lo que le dijeren que podría pasar no lo contemplaba hasta que ocurría. La información que dijo Santi que tenía y que le iba a proporcionar, sin duda era esa carpeta que tenía en sus manos. La casa de Juan Romero y 100.000 euros, uno de los hombres que le había contratado para que encontrase y matase a un peligroso hombre que les había atracado y cortado los dedos, uno de los cuales estaba en uno de sus congeladores gracias a la intervención de unas peluqueras con escasas luces. El mismo Santi le había vendido una pistola de dudosa eficacia a ese destroza parejas, del que probablemente había sacado la información de Romero. ¿De quién si no? Desde luego, no iba a negar que la información fuese interesante. Aunque nunca lo hubiese imaginado de ese muchacho. Puede que Santiago fuera un genio, o tal vez había tenido mucha suerte, o simplemente era aún más estúpido de lo que pensaba. Quien ahora le intrigaba de verdad era ese ladrón de mujeres que disponía de información sobre los fondos domésticos de Romero y estaba dispuesto a dársela a Santi. Pero ¿a cambio de qué? No debía ser del gremio, si no él mismo se hubiese encargado de los cien mil. Tal vez era una compensación por lo de la chica. Había visto a esa muchacha un par de veces. Santiago se la había presentado muy orgulloso y desde luego, aunque era mona, no costaba cien mil euros. «Clara», recordó Cadenas. Un rayo impactó de lleno en un árbol de la otra orilla del río, carbonizándolo al momento y dejando una estela de chispas, fuego y humo. Las peluqueras, que aún estaban en la piscina, salieron corriendo a refugiarse en la zona cubierta. Cadenas ni se inmutó. Ese nuevo novio de Clara tampoco debía ser importante ni poderoso, trabajaba en la fábrica de rotuladores. Podría ser por amor, o quizá el trabajo era una tapadera. Fuese como fuese, ese hombre le preocupaba mucho. Cadenas veía en estos hechos a alguien con una inteligencia por encima de la media y con unos

planes muy estudiados, en los que, por motivos que se le escapaban, entraba él. Como siempre, los hechos no engañaban.

Para la agente Bernal y el inspector Del Río los hechos que reflejaban las escuchas conseguidas por el agente Gil también estaban claros. El usuario del primer móvil que llamó a Félix Cadenas, Santiago Urbizu, era un delincuente fichado por delitos menores, todo indicaba que de algún modo trabajaba para Cadenas. Ninguno de los dos dijo nada, tal vez la llamada era una señal para algo. De la llamada de Cadenas a Salgado, la que Gil no debió pinchar, lo primero que se deducía es que Cadenas tenía un informador en la comisaría o en los laboratorios, eso era previsible. Salgado y Cadenas tenían un trato que seguía adelante a pesar de que Adukauskas y Saint Michel quedaban fuera. Ese trato sin duda tenía que ver con el conductor de la furgoneta y con toda probabilidad, con su eliminación. El trabajador de Cadenas, cuyo nombre desconocían ya que la línea estaba a nombre de la razón social El Molino Show and Diversion S.L., buscaba con ahínco a un tal Santi, quien no podría ser otro que Santiago Urbizu, el usuario del teléfono de la primera llamada. Si este no aparecía, las órdenes eran encontrar a una chica que trabajaba en una fábrica de rotuladores, lo que los llevaba a la nave registrada en el Polígono Sur. La chica que buscaba Cadenas estaba conectada a Santiago Urbizu y al secuestrador de Romero, aunque esto último, Cadenas parecía desconocerlo. Tanto Del Río como la agente Bernal estuvieron de acuerdo. A primera hora de la mañana irían a Foreverline.

—¿Puedo preguntarte algo? —preguntó Del Río a Amanda mirándola a los ojos.

—Claro que sí.

—No quiero meterme en tus asuntos privados. Lo importante es la investigación —dijo Del Río—, pero no quiero que nada pueda influir en...

—Le conozco de esta semana —cortó Amanda—, a Adrián... Al agente Gil, y no, no tengo ninguna relación con él. Coge tu choche y sígueme, hoy duermes en mi casa.

Clara y David no tuvieron prisa en levantarse. Estuvieron de acuerdo en que las ocho de la mañana no era una buena hora para ir a pagar una factura a Félix Cadenas. David no quería que estuviese de mal humor, le pagaría en nombre de Santi, para quien trabajaba y se largaría de allí. Contaba con que Cadenas le sometiese a algún interrogatorio sobre Santi, el tipo de cosas como de qué le conocía y, por supuesto, dónde estaba. «Compró cervezas, tenía que arreglar algo importante, que no me dijo y no le he vuelto a ver», eso diría, sin más explicaciones. Bajo su criterio, podría encajar perfectamente con el comportamiento habitual de Santi. Clara le había enviado el número de Santi y él lo había introducido como contacto por si Cadenas quería alguna prueba. Podría llamarle sin problemas, con la ventaja de saber que no contestaría. A su llegada, intentaría dejar en El Molino la nevera con el dedo de Santi, donde pudiese, ni muy escondido, ni muy expuesto. Tenía que hacerlo al llegar, no se podía exponer a que registrasen el coche con las maletas y mochilas y encontrasen el dedo con el anillo. Clara desayunaba en el salón, delante de la televisión, buscando un canal con el mando a distancia. David se acercó y la besó en la mejilla, pero ella no hizo mucho caso.

—¿En qué canal es el programa de los hombres que hacían el túnel? —preguntó Clara sin mirar a David.

Del Río estaba seguro de que la noche con Amanda le marcaría el resto de su vida. La dejó en la cama a las seis de la mañana. Ella, medio dormida, no tuvo ninguna dificultad en darle un potente beso en la boca y despedirse con la mano. Del Río fue a su casa a cambiarse ropa y después recogería a Amanda en comisaría para salir rumbo a Foreverline.

Íñigo, que no tenía ataduras sentimentales ni le gustaba la

televisión, se despertaba como un reloj a la hora que necesitase hacerlo. La noche anterior se concentraba en la hora a la que debía despertar, visualizaba un reloj de agujas que recordaba de su adolescencia en el reformatorio, y la variación era de unos pocos minutos, cuando la había. Esta técnica, que por repetición y rutina podría parecer estar al alcance de cualquiera, no era así, ya que él era capaz de despertar un día a las siete en punto, otro a las ocho y cuarto exactas, al siguiente a las nueve cuarenta y cinco clavadas. Cadenas pudo comprobarlo en persona durante una pequeña estancia que pasaron juntos en prisión. Las aptitudes de Íñigo iban mucho más allá, sabía de sobra que la administración de Foreverline abría al público una hora antes que la zona de fabricación y expedición y que los trabajadores ya estarían allí. El horario quedaba bien claro en la página web de la empresa.

El comisario Sanz se levantó con apetito. Del Río y Bernal no daban una a derechas, y a pesar de que tuvo que dar todo tipo de explicaciones a concejales, al comisario de la policía local y algún subdirector, eso no era nada comparado con las llamadas de la jueza Borrego. Como no se avanzaba en el caso, ella no llamaba. Le pareció muy extraño que la jueza hubiese firmado una de las órdenes para los registros del polígono. Ella también quería guardar las apariencias y no dar la impresión de obstaculizar una investigación, que debido a su interés en que no se aclarase, seguro que podría salpicarla. Sobre todos los demás problemas, le preocupaba el agente Pando, «¿Dónde estará ese desgraciado?», se preguntaba. Pando, pertenecía a su comisaría, pero había engañado a todo el mundo, por lo que, si tenía consecuencias para él, estaba dispuesto a repartir los problemas una vez más. «Estará ya en algún sitio sin tratado de extradición», se consoló.

—No pienses que vamos a darnos besitos, ni tocarnos, ni tonterías durante el trabajo —le advirtió Amanda a Del Río nada más entrar en el coche.

—¡Pues claro que no lo pienso! —mintió él.

Cuando entraron en el parking de la fábrica había ya bastante movimiento. Del Río y Amanda leyeron en el vestíbulo el lema de la compañía: «Foreverline cuida a sus empleados y empleadas y fabrica rotuladores y otros utensilios destinados a la escritura». A la agente Bernal le pareció que no tenía demasiado gancho como eslogan comercial.

La recepcionista los vio entrar y dirigirse directamente a su mostrador.

Les esperó con la sonrisa de recibir a posibles clientes.

—Buenos días —dijo Susana—. Vienen de Bellas Artes, ¿verdad?, me han avisado.

Amanda hizo un gesto a Del Río para que la dejase hablar a ella. Sacó su placa del bolsillo y la colocó con suavidad encima del mostrador tapándola con su mano que fue retirando suavemente, hasta que quedó a la vista. Susana llevaba trabajando en Foreverline desde hacía catorce años, tenía sonrisa para posibles clientes, para clientes, para clientes que debían facturas o la sonrisa que tuvo que ensayar, con la displicencia de los sindicatos, cuando Hoffmann, la dueña visitó la fábrica para cortar el ruinoso programa de calidad, pero no tenía sonrisa para la policía. Hizo algunas pequeñas muecas con los labios y la cara intentando adivinar cómo podría ser, pero al no quedar convencida decidió no sonreír más en lo que durase la visita. En catorce años la policía jamás había visitado Foreverline.

—Buenos días —dijo Amanda sonriendo—, agente Bernal e inspector Del Río.

—Buenos días —susurró Susana mirando de reojo a derecha y a izquierda.

—Queremos hablar con una de sus empleadas, Clara, y con ese compañero que siempre está con ella, ya sabe —dijo Amanda aventurándose—, que se lleva tan bien...

—David —dijo Susana—. Bueno, no sé si debería darles esa información, aquí hay pocos hombres, política de empresa. —Le guiñó un ojo a Amanda—. Y además, no les puedo dar datos de los trabajadores, por la privacidad personal, ¿no?

Sonó el teléfono de Del Río, que había visto el guiño y recibió la llamada con una bendición, para evitar pensar en Amanda con otra mujer.

—Ley número cinco, de mil novecientos ochenta y siete, de seguridad de la privacidad personal en caso de posibles infracciones, peligros y consecuencias graves, artículo nueve, apartado tres —dijo Amanda del tirón—. Está usted obligada. Necesitamos hablar con Clara y su compañero David inmediatamente.

—Cuando los operarios están en la línea de trabajo —dijo Susana bajando la voz cuando pasó un repartidor cerca del mostrador—, no la pueden abandonar por razones de producción y reglaje de las máquinas, sería un pequeño desastre. David Herrero trabaja en la línea de capuchones.

—Pues que paren la maquinita y que salgan Clara y David Herrero o entramos nosotros —sentenció Amanda que se estaba impacientando.

Del Río la controlaba con el rabillo del ojo, únicamente llevaba la pistola reglamentaria, eso le tranquilizó, aunque ahora que sabía alguna de sus habilidades físicas no quiso perder detalle.

—David Herrero —dijo Del Río después de colgar—. Ha llamado la hija del jubilado, el dueño de la nave del polígono.

—El mismo —dijo Amanda.

—No han venido a trabajar —dijo Susana notando la urgencia de los policías—. Se fueron el viernes de vacaciones y no piensan

volver, están liados y ella le ha contagiado una enfermedad. Está bueno el encargado...y encima el problema del gas...

Del Río y Amanda sonrieron.

—Háganos una copia de sus fichas, con direcciones, fotografía, fecha de nacimiento... por favor... —dijo Amanda que, ante la indecisión de Susana, prosiguió—, Real Decreto ocho, de dos mil diez, de copias de información de direcciones de contacto y fichas de trabajadores, para la seguridad de los ciudadanos y la investigación inmediata, artículo tres, sección segunda, letra c. No tiene problema, no se preocupe.

—Juraría que el hombre de la compañía del gas me dijo otras leyes cuando preguntó por Clara.

—¿Qué hombre del gas? —dijo Del Río mientras los dos se pegaban al mostrador.

—Un impaciente —dijo Susana entregándoles las fichas de Clara y David—. A las siete clavadas estaba aquí, miren, tienen que hacerle la revisión de la instalación a Clara Madruga y no se veía bien la dirección en la hoja que tenía ese hombre. ¡Como no venían!

—¿Le dio también la de David Herrero? —preguntó Amanda.

—¡Están liados!

La agente Bernal y el inspector Del Río salieron a toda prisa por la puerta de Foreverline.

CAPÍTULO IX: Cobrar.

42

David avanzó despacio por el camino de tierra que llevaba hasta El Molino. A medida que se acercaba veía la parte trasera del letrero con el molino de agua y las antiguas letras en las que faltaban algunos trozos de los tubos de neón. Le daba un cierto encanto al lugar, tal vez el único que tenía. No conocía mucho la zona del río y su reciente visita a la gravera no había contribuido a que le quedase una buena impresión ni de ese hábitat ni de los seres que lo poblaban. Se cruzó con dos chicas en shorts y unos pequeños bikinis cargadas con dos grandes flotadores. Por el retrovisor observó la gran nube de polvo que dejaba el coche a su paso y cómo protestaban las muchachas. A pesar de la lluvia del día anterior, el tremendo calor de nuevo había secado la tierra. Detuvo el coche en la última curva, comprobó que no hubiese nadie, salió y depositó la pequeña nevera con el dedo de Santi junto al camino. Aparcó junto a la entrada del bar, revisó el sobre con la factura. El dinero justo, 5.150 euros. No estaba seguro de cómo debía hacer el pago, los delincuentes siempre hablaban de cifras que terminaban como mínimo en tres ceros. Él, que tenía experiencia en dar la vuelta en los cobros de sus facturas, no sabía si los demás también lo harían. Si le daba de más y esperaba la vuelta podría molestarle, si les daba el dinero justo podrían poner mala cara, siempre le quedaba alegar que

era lo que Santi le había entregado y que él solo era un trabajador, pero al ir en su representación, cualquier problema seguro que pasaba a ser de su incumbencia.

Cadenas estaba en la tumbona leyendo la prensa. David esperó mientras uno de los camareros fue a avisarle de su llegada y volvió después a la barra para indicarle que se acercase. A medida que se aproximaba, a David le pareció un hombre inquietante. Tenía el pelo rubio platino totalmente liso, una pequeña coleta en la coronilla y un corto flequillo a picos. Cadenas le indicó que se sentase. David, que no quería muchas ceremonias, se sentó y acto seguido sacó el sobre con la factura y el dinero. En la mesa pudo ver algo que le era familiar, la carpeta con el dossier de Romero que había guardado Santi en el coche y un DVD en una funda de plástico que no era la funda en la que guardó el programa de edición de video que incluyó en el dossier. Esperaba que Santi no hubiese hecho una copia de las imágenes y se las hubiese dado a ese hombre. La revista pornográfica le extrañó y, respecto a la bolsa de hierba, contaba con algo así en esos ambientes, aunque no de forma tan explícita. Podría ser para Santi.

—Buenos días —dijo David extendiendo la mano, que Cadenas estrechó—, vengo a entregar esto de parte de Santi. ¿Si desea comprobarlo? —añadió David, que intentaba utilizar las palabras adecuadas.

—Vienes de su parte, ¿o trabajas para él? —quiso saber Cadenas.

Miró a David a los ojos, que resistió la mirada con naturalidad y firmeza, pero con cuidado de no intimidarle.

—En realidad, las dos cosas —contestó David—. Trabajo para él desde hace poco tiempo, en algunas cosillas, y vengo de su parte, Santi me ha pedido que trajese esto para usted, señor Cadenas.

—Pensé que no vendría nadie —dijo Cadenas—. ¿Dónde está ese gran hombre de negocios?

—Pues no lo sé, señor Cadenas —respondió David—, compré cervezas y dijo que tenía que hacer algo muy importante, sobre unos documentos o algo así, no me dio más detalles. No he vuelto a verle, tiene que llamarme para comprobar que le he entregado este sobre.

—¿Sabes lo que contiene?

—Dinero —dijo David sin dudar—. Cinco mil ciento cincuenta euros y una factura. Lo he comprobado, no quería llegar aquí y que hubiese algún fallo, que Santi hubiese contado mal, en fin...

—Veo que conoces bien a tu jefe —dijo Cadenas—, el muchacho tiene tendencia al despiste. Aunque su última aportación, tengo que reconocer que es interesante, y valiosa. Veamos —continuó Cadenas extendiendo sus manos y presentando los objetos que había sobre la mesa—, si tuvieses que quedarte con una de estas cosas ¿cuál sería?

—Depende de lo que haya dentro de esa carpeta —contestó con agilidad, consciente de que ese hombre sabía más de lo que él suponía—, aunque no parece que tenga dinero, no lo sé, podría tener algo valioso, si no... con el disco, no fumo hierba y esa revista, parece, con permiso, un poco desfasada, ahora con internet...

—Me cuesta mucho creer que trabajes para Santi —dijo dando la vuelta al DVD y leyendo—. «El cabo del miedo», para esta noche, este hombre es muy buen artista. No te la puedo dar, me la ha traído un amigo.

—Santi me ordenó que trajese el sobre y estoy aquí con el dinero —dijo David—, y si no quiere nada más... o algún recado para Santi, yo voy a seguir con mis cosas.

—Tranquilo, no tengas prisa —dijo Cadenas y le hizo un gesto al camarero—. Tomemos unos chipirones y un vino, o lo que te apetezca.

—De acuerdo, gracias —consciente de lo inútil que sería negarse.

—Le has salvado la vida —dijo Cadenas.

—¿Disculpe?

—A Santiago, si no hubieses venido al final le hubiésemos encontrado y hubiese tenido que hacerle daño de verdad, y si no a su muñequita, su novia, Clara —dijo Cadenas mirándole a los ojos.

David no pudo evitar cambiar el gesto, tragar saliva y ponerse tenso, si ese hombre tenía alguna sospecha sobre él, lo habría notado. Esa gente estaba acostumbrada a la mentira, a la desnudez de los gestos y a la desconfianza. Cadenas le miró durante unos segundos. En ese momento Íñigo entró en el jardín con unos folios de la mano y Cadenas le hizo un gesto para que se acercase.

—Prefiero cerveza, si no le importa —dijo David viendo que llegaba el camarero.

—Un blanco y una cerveza. Y trae unos chipirones. ¿Sabías que Santi tenía novia? —preguntó Cadenas volviendo a tensar la cuerda.

David cada vez estaba más seguro que ese hombre lo sabía todo.

—No lo sabía, lo dudo —dijo David—, le he visto con mujeres, pero novia me parece mucho decir.

Íñigo se acercó a Cadenas y le entregó dos folios. Observó el primero detenidamente, luego el otro, miró a David y de nuevo al folio.

—Tampoco sabrás entonces que un tío le ha quitado la novia al pobre muchacho. Está muy enfadado. Y por supuesto tampoco sabrás nada de una pistola que compró para ese mismo tipo.

—No sé nada de eso —dijo David preocupado—, Santi no da muchas explicaciones.

—Iré al grano, «señor Herrero» —dijo leyendo la ficha de Foreverline—, vas a decirme dónde está el zoquete de Santi. Estos documentos —levantó la carpeta de Romero—, los tendría que haber traído él, sin embargo los ha encontrado Íñigo. Esto, se lo iba a dar

el tipo que se tira a su novia y al que, por algún motivo que no comprendo, le vendió una pistola.

—No sé dónde está Santi, Señor Cadenas, ni su novia.

—Se acabó, ¡joder! —Cadenas se puso en pie e Íñigo, que llevaba unos segundos sentado, también—. Cuanto más me tomes por idiota va a ser peor, y si estoy hablando contigo es porque en cierto modo te respeto. Una cosa tan bien planeada y meticulosa no la ha hecho un poli, y eso me tranquiliza. Desde luego, tampoco Santi, en eso estaremos todos de acuerdo y, tú, por supuesto, no trabajas para él. Tú, eres quien le ha quitado a esa Clara —mostrando la ficha de Foreverline—, ahí no me meto. Tampoco me interesa qué enfermedad te ha contagiado. Tú compraste la pistola, está pagada y por tanto asunto concluido. Y tú, sí, ¡tú!, has robado y cortado los dedos a unas personas que, te lo voy a decir sin rodeos, me han pagado dinero para que te mate. Y por favor, piensa bien lo que vas a decir porque estos son hechos y actuaré en base a ellos.

Cadenas sacó una bolsa de hielo de una nevera portátil que había en el suelo y se la puso a David delante de la cara. David vio perfectamente el dedo aún bien conservado, no era el de Santi desde luego, pero era reciente, debía ser el de Salgado o el de aquella prepotente ex directora del servicio de empleo.

—¿Por alguna casualidad no conocerás a dos peluqueras despampanantes? —preguntó Cadenas sin mucha convicción.

—Dígame qué es lo que quiere —dijo David reconociendo la derrota.

—¡Hombre!, los chipirones —se alegró Cadenas al ver que se acercaba el camarero con una bandeja—. Íñigo, llama a Roque, que deje de buscar, dile que le tenemos.

Del Río condujo lo más rápido que le permitió el tráfico. Amanda colocó la sirena en el coche camuflado. Iban a casa de Clara Madruga y pidieron un coche patrulla para la casa de David Herrero.

Clara Madruga no contestó. No era momento para miramientos, subieron a su piso y Amanda abrió la cerradura con gran facilidad, «ya rellenaremos una de las órdenes de registro de Pando», dijo sin miramientos. Ella entró con el arma en la mano y se introdujo una pequeña linterna en la boca sujetándola con los labios de una forma que a Del Río le pareció inquietante. En el piso no había nadie. La luz entraba por las ventanas y Amanda retiró la linterna muy despacio, dejando un segundo sus labios abiertos. Del Río no quiso verlo. No había señales de violencia y aparentemente no faltaba nada. Un hueco entre unos álbumes de fotos y otro entre una maleta grande y una de cabina. En un dormitorio, una de las mitades de un cajón con ropa interior estaba vacía. Amanda cogió unas braguitas de algodón y las levantó despacio, Del Río, que la vio desde la puerta, no quiso preguntar qué es lo que pretendía descubrir. Ese vestido que llevaba hoy...

—¿Crees que la tendrá Cadenas? —preguntó Amanda sabiendo que el inspector miraba desde la puerta.

—Dime... —dijo él disimulando—. No lo creo, tal vez se fuese ella sola el viernes.

—No, se han ido o se irán juntos —dijo Amanda girándose hacia Del Río, que no tenía claro que hubiese deducido eso ojeando la prenda íntima.

—No hay con corazones, en todos los packs de braguitas de algodón siempre hay alguna con corazones y en ese cajón no hay ningunas. Están juntos. Pero no creo que se hayan ido todavía. La fábrica les tiene sin cuidado, ¿por qué iban a avisar?

Los chipirones estaban buenos y, aunque era pronto, el cuerpo de David agradeció la cerveza, solo esperaba que nada estuviese envenenado.

—Para que veas mis buenas intenciones —dijo Cadenas—, te diré algo que te tranquilizará, así podrás tomar las decisiones con la cabeza. Tu chica no está en su casa. Ahora también tengo tu dirección, ¿está en tu casa?

—No, y no va a volver. Es la verdad. No sé dónde está, le dije que se fuese a algún lugar seguro y apagase el móvil. Puede comprobarlo —dijo David metiendo la mano en el bolsillo para sacar su teléfono.

Sin darse cuenta, tenía la pistola de Íñigo apuntándole. Sacó el móvil muy despacio.

—No quise saber dónde iba, pensamos que era lo mejor.

—¡No vuelvas a hacer eso, hombre! —Cadenas hizo un gesto a Íñigo para que retirase el arma—. Llegado el momento la encontraré, lo sabes.

—Ella no tiene nada que ver con todo esto, dígame que quiere, lo hablaré con Santi cuando aparezca y lo resolveremos, pero a ella déjela.

—Mira allí, ¿ves al chico de la cerveza? —Cadenas señaló a un repartidor que llevaba un carro con cajas vacías—. Ese muchacho no tiene nada que ver con todo esto y, sin embargo, si Íñigo te matase ahora mismo y él lo viese, u oyese el disparo y preguntase por el ruido, también tendría que matarle, hacer hormigón y tirar el cuerpo al río. Clara sí tiene que ver con esto.

—No creo que hoy haya tormenta —dijo la taxista.

—No parece —dijo Clara.

—Aunque la lluvia viene bien.

—Eso sí.

—Pero, ayer los bomberos —continuó la conductora—, a tope con las inundaciones.

Clara ya no contestó, estaba concentrada en lo que tenía que hacer y muy preocupada por David. Sabía que Santi no volvería a molestar, pero esa gente de El Molino no le inspiraba ninguna confianza. Intentó recordar alguna oración de su infancia, para implorar que no tuviesen conocimiento de las grabaciones de Santi.

Elegió un hotel apartado del centro para que David pudiese recogerla después y que no estuviese muy aislado por si ocurría algo grave. El Hotel Meseta Classic, de tres estrellas, le pareció bien de precio y situación, era nuevo, ni muy pequeño ni muy grande, piscina, parking, alquiler de coches y bicicletas... Llevaba el móvil apagado, debía estar así dos horas, si David tardaba más tiempo con ese Félix Cadenas, no era buena señal. Después lo encendería cada diez minutos por si él tenía que llamar. Llevaba la mochila con el dinero en su regazo y la apretaba fuerte, algo se clavaba en su muslo y cambió de postura sin reparar en ello.

Clara se instaló en la habitación. Se sentó en la cama mirando la hora, y suspiró. Corrió las cortinas, se desnudó y se dirigió al baño para darse una ducha, volvió sobre sus pasos, cogió la mochila y la metió en el baño. Se relajó unos minutos bajo la ducha. Su vida había cambiado en cuestión de días, casi de horas. David. Dejarlo todo. Se sintió satisfecha, tenía un objetivo definido y lo conseguirían entre los dos. Para variar, tenía que llegar a la cima de esa montaña, había subido demasiadas rocas para volver a bajar, el valle quedaba ya demasiado lejos, no retrocedería, tenía que comprobar qué es lo que se sentía arriba y ver el paisaje al otro lado.

—No sé si te das cuenta, eres muy popular —mostró Cadenas a David la foto de Wilson y Valdemaras—, te busca la policía, Juan Romero y sus amigos, y estos de la foto, pobres... seguramente estos tipos también te están buscando. ¡Y yo!, también te buscaba, pero de forma muy inteligente has venido a mí. Salgado... Romero... Puig... los conoces ¿verdad? Me van a pagar cuarenta mil euros cuando les diga que estás muerto y con los pies en un cubo de hormigón en el fondo del río.

—Podemos arreglarlo —dijo David vislumbrando una salida—, puedo conseguir cuarenta mil euros. Desapareceré, jamás me volverán a ver, ni usted ni ellos y no tendrá que hacer nada para conseguir el dinero.

—Eso que planteas —reflexionó Cadenas—, tiene al menos dos cuestiones que no cuadran con mi política de empresa. Primero, estaría estafando a unos clientes y, segundo, en esta carpeta apuntaste cien mil euros, que es una cifra sensiblemente mayor que cuarenta mil. Teniendo en cuenta los remordimientos que tendría al engañar a unos buenos clientes con un trabajo no realizado y lo mal que dormiría, por no hablar de lo problemático que sería el que alguna vez saliese todo a la luz, creo que lo podría superar con los cien mil que tiene Romero en su casa. Como Santi no creo que aparezca por aquí, tú traerás ese dinero.

—Está equivocado conmigo —dijo David—, yo no sé hacer eso, lo de los dedos y los pequeños robos es otra cosa, yo no soy un ladrón profesional.

—Claro que no —Asintió Cadenas mirando a Íñigo—, por ese motivo, este inestimable colaborador mío irá contigo.

—Puede que ya no tenga el dinero, o lo haya cambiado de sitio.

—Entonces tendré que conformarme con los cuarenta mil de

Salgado y sus amigos —dijo Cadenas entrelazando los dedos—. Tú irás al río hoy mismo, encontraré a tu novia y también irá al fondo, y cuando encuentre a nuestro anormal amigo desaparecido le ocurrirá lo mismo.

David asintió varias veces y miró el reloj, llevaba una hora en El Molino.

—No hagas planes, si no traes el dinero ya no volverás a tener prisa por hacer nada más.

Luis Sanz estaba pasando una buena mañana. No tenía noticias de nadie hasta que aparecieron Romero y su abogado.

—Buenos días —dijo el abogado—, represento al señor Juan Romero en nombre de Adolphson, Mostkovitch & Bazo, soy Eugenio Bazo.

—Lo sé —dijo el comisario Sanz—, estuvo aquí hace unos días. ¿Como está, señor Romero?

—Mal. La cuestión, es que queremos saber en qué punto está la investigación, los progresos que han hecho ustedes.

—Veamos —dijo Sanz, sentándose y ofreciendo asiento a Romero y a Bazo—, estamos descartando posibilidades. Una vez demostrada la falsedad de las fotos de Saint Michel y Adukauskas, desestimadas las pistas sobre varias furgonetas que hemos investigado y locales registrados sin pruebas que aporten nada, seguimos con su caso, con las mismas ganas y vigor del primer día.

—En realidad, comisario —dijo Romero—, después de pensarlo en casa, con mi mujer y, sobre todo sabiendo que mi hija nunca estuvo en peligro, tal vez le dimos demasiado bombo al tema. Ese día yo estaba alterado y entiéndame... le hubiese abierto la cabeza a ese hombre.

—Mi cliente quiere decir —intervino Bazo, que no creía lo que había escuchado—, es que debido a su estado de ansiedad y nerviosismo el día de los hechos, sin posibilidad de haberse

recuperado psicológicamente y no habiendo recibido ayuda de profesionales en la materia, es probable que hubiese tenido alguna reacción agresiva contra el causante de esos perjuicios, que después se demostraron en parte falsos, pero que un primer momento, mi cliente desconocía.

—Le entiendo Romero, no se preocupe, daremos con él y le encerraremos. Cantará todo y le caerá todo el peso de la ley.

—Lo que quiero decir, comisario, es que el estado no debe tener favoritismos en mi caso, ni poner tantos recursos en una cuestión que se ha demostrado como un simple robo, el desgraciado no llevaba ni pistola. No quiero que nadie piense que se me otorga ningún privilegio. Los guardias que están en mi casa, pues oiga, que se pongan a trabajar en otra cosa y capturar delincuentes de verdad, los de las estafas de internet y esos okupas que se meten en las casas de los demás, que les saquen a hos... —la mano de Bazo le detuvo—. Yo no soy nadie importante, comisario.

El comisario Sanz ordenó que el coche patrulla de la urbanización de Romero volviese a la Central, otro problema menos. Hasta el propio implicado deseaba que el asunto fuese despacio. Puede que la misma jueza Borrego le hubiese ordenado pedir que bajásemos el pistón del implacable cerco policial que rodeaba a su secuestrador.

Con una toalla cubriéndole el cuerpo, Clara miraba por la ventana de su habitación en el Meseta Classic. La piscina estaba medio vacía, una pareja con una niña, dos ancianos leyendo en tumbonas y unas chicas chapoteando subidas en dos grandes flotadores. Había pagado en efectivo la estancia de una noche y firmado el parte de viajeros para poder salir en cuanto apareciese David. Encendió la televisión en busca de ese programa de construcciones descomunales.

El piso de David Herrero también estaba vacío. Del Río, en el salón, observaba la fotografía de la montaña con la casa en la ladera, la misma del garaje del polígono, pero era una fotografía sacada manualmente, revelada y ampliada. Amanda estaba en el dormitorio, se escuchaba el abrir y cerrar de los cajones. Del Río supuso que iría al salón con alguna noticia después de valorar los calzoncillos de Herrero. ¿Serían bóxer, de pata, slips ajustados?, de esos detalles, y puede que del color y la antigüedad de los modelos, dependiese el curso de la investigación.

—Esa foto estaba en el polígono —dijo Amanda, sorprendiendo a Del Río.

El inspector pensó que tal vez a él se le escapasen detalles que las nuevas generaciones de policías sí podían ver debido a las nuevas técnicas formativas de la Academia. Amanda Bernal estaba hecha para ser policía o lo que ella quisiese.

—Pon la televisión, Amanda, por favor.

—Está desenchufada, es extraño —dijo Amanda.

Insertó la clavija y la encendió con el mando. Aparecieron las imágenes de una gran bomba que achicaba agua de los cimientos preparados para la construcción de un rascacielos.

—Esto te gusta, Carlos.

Del Río conocía el canal perfectamente. Le encantaban esos reportajes, los puentes, los grandes barcos, aviones que desafiaban la gravedad, rascacielos que se tambaleaban en pleno terremoto... Se aficionó a esa cadena una semana en la que no tuvo mando a distancia, ni ánimos para levantarse a cambiar las cadenas. Fue una mala época para él, estuvo a punto de dejar el cuerpo de Policía. Otro programa de esa cadena narraba cómo unos intrépidos buscadores de tesoros invertían en la compra del contenido de guardamuebles y trasteros. Podría dedicarse a eso. Tal vez encontrase algo valioso en alguna subasta, una guitarra de Jimmy Page, un puñal de Fernando VII o la agenda de las amistades de Stalin. Recorrería el país en

busca de muebles, pergaminos, máquinas... Es cierto que habría muchos objetos con los que habría que trabajar duro para ganar dinero, pero sería su propio negocio y regatearía con los compradores, obtendría lo que es justo.

Herrero siempre fue de su agrado, ahora que iba conociendo detalles de su vida, se identificaba con él. El inspector Del Río también había pensado en ocasiones, a pesar de su profesión, hacer algo similar, recuperar lo que le habían arrebatado y ahora tenía la oportunidad de implicarse de lleno con ese hombre y con su causa, que presentía era similar a la suya. No sabía si Amanda estaría dispuesta a llegar hasta el final.

—Amanda —la cogió por los hombros—, no podemos permitir que le pase nada a este muchacho. Tenemos que encontrarle como sea.

En la puerta del edificio de David saludaron a los agentes del coche patrulla y llamaron al agente Gil, quien les comunicó que no había ningunallamada nueva que escuchar. «Puede que Cadenas haya encontrado a la chica, o a los dos», le dijo Amanda. Si Cadenas supiese que David Herrero era quien le había cortado el dedo a Salgado y atracado a Romero, estaba perdido y ese mafioso habría hecho un pleno. Clara Madruga podría pagar por ello sin tener nada que ver, que ellos supiesen. Una de las órdenes firmadas de Pando sería para el negocio ribereño de Cadenas.

Cadenas se había levantado y se movía alrededor de la mesa. Miraba hacia el río, dando la espalda a David e Íñigo.

—¿Por qué un descerebrado como Santiago le vende una pistola a un tío que le mataría? —preguntó al cielo—. Y tú, le das información de alguien al que has atracado y amenazado a su familia, vienes a pagar el dinero que me debe ese patán, al que le gustaría matarte porque le has robado la chica y vas por ahí cortando

dedos a peces gordos... —Se tocaba la barbilla—. La verdad, es que no sé de dónde habéis salido. ¿Qué hemos aprendido de nuestras experiencias? No entiendo qué nos ha enseñado la vida —Se volvió mirando a Íñigo, que ladeó la cabeza—. Hemos intentado hacerlo bien, con trabajo y sacrificio, con disciplina. Este negocio es duro, requiere controlar las situaciones, analizar los hechos y en ocasiones hacer cosas que no todo el mundo comprende. Pero esto... Estas tácticas me desconciertan. ¿Por una mujer?, tal vez seamos viejos caballos para estas carreras, querido Íñigo. Poneos en marcha.

Una bandada de pájaros alzó el vuelo al acercarse un tractor por el camino de tierra. El conductor se detuvo paralelo a un cuerpo que estaba en el trigal. El hombre saltó de la cabina y observó un instante, lo pinchó con un bastón. Estaba muerto. Sacó su móvil y llamó a la Guardia Civil.

Juan Romero tenía toda la casa para él. Laura se había marchado con la niña a casa de su hermana. Llamó a su mujer y le explicó la falsedad de las fotos y el inexistente peligro que había corrido su hija, que iban a retirar a la policía, pero que siempre era mejor prevenir, además, les vendrían bien unos días de descanso tras el susto. El decorador tampoco estaba, por lo que abriría una botellita de pacharán. Prepararía un buen puro y vería el partido tranquilamente.

David seguía a la furgoneta de Íñigo. Dejaría su coche aparcado en la ciudad e irían juntos a casa de Romero. Intentó fijarse en la nevera con el dedo de Santi cuando pasaban por el camino, pero el polvo que levantaba la furgoneta no le permitió ver nada. Aún era pronto para llamar a Clara, tendría el móvil apagado y si cuando lo encendiese veía una llamada suya se preocuparía, la respondería inmediatamente y tal vez él no pudiese contestar y se pondría aún más nerviosa. Esperaría.

Salieron del camino y al menos ya podía ver la furgoneta de Íñigo, que aminoró la velocidad colocándose siempre que se podía en el carril de la derecha. Señalizaba con los intermitentes las maniobras posteriores, se detenía con los semáforos en ámbar, «da gusto seguir a este hombre», concluyó David, recordando los anárquicos métodos de conducción de Santi.

Íñigo se detuvo en una zona cercana a una de las salidas de la

ciudad. Señaló un sitio con la mano fuera de la ventanilla para que aparcase David. En una parada de autobús, en el otro sentido de la calle, esperaban unas chicas con unos flotadores muy coloridos que a David le resultaron familiares. Íñigo le pidió a David las llaves del coche y las guardó en un bolsillo. La furgoneta volvió a ponerse en camino dejando a sus espaldas la trasera del Hotel Meseta Classic.

Una nube de polvo que se podía ver desde kilómetros, surgía de entre los campos de trigo. Coches de la Guardia Civil primero, ambulancias después y furgonetas camufladas de la policía científica, hicieron que el camino de tierra se hiciese intransitable. El agricultor que encontró el cuerpo de Santiago Urbizu tuvo que dar la jornada de trabajo por terminada. No entendía por qué tanto movimiento, estaba muerto.

El agente Adrián Gil, en su puesto y atento a cualquier detalle o comunicación, se enteró pronto del hallazgo del cuerpo de Santi.

—¡Inspector! —llamó a Del Río cuando entraba en comisaría con Amanda—, han encontrado a uno de los de las llamadas, Santiago Urbizu, un campesino lo encontró.

—¿Un campesino?

—Sí, muerto en un trigal, el labrador avisó a la Guardia Civil, lo han comunicado hace un momento.

Del Río llamó al cuartel de la Guardia Civil para informarse de los detalles. El cabo le informó de la aparición de un cadáver junto a un camino agrícola. Muerto aparentemente a causa de dos disparos y en espera de lo que determinase la autopsia, pero que no creía que hubiese muerto debido al dedo que le habían amputado. Si había sido Herrero, todavía no estaba en poder de Cadenas. Ese Urbizu trabajaba para Félix Cadenas, podría ser el hombre que estaba buscando a Herrero por encargo de Salgado y alguien más. Urbizu le

localizó, pero no pudo con él. Tal vez David Herrero tenía más recursos de los que imaginaba.

No estaba seguro de revelarle a Amanda lo del dedo. Con un asesinato por medio, dudaba si estaría dispuesta a unirse a su causa al cien por cien y, por otro lado, no podía arruinar el brillante futuro que le esperaba. Siguió valorando posibilidades. No tenía por qué haber sido Herrero, aunque eso podía significar que hubiese sido Cadenas. Habría unido las piezas, Urbizu colaboraba con Herrero en los atracos y amputaciones y le había eliminado. Querría a Clara Madruga para hacerse con Herrero y completar el encargo de Salgado.

—Amanda, han matado a Santiago Urbizu, creo que ha sido cosa de Cadenas. Que Gil esté atento a los teléfonos.

—Sí, señor inspector —dijo molesta con el tono—, si te gusta mandar podemos jugar a unas cosas esta noche que harán que te sientas realizado plenamente.

—Lo siento, Amanda —dijo tocándole la mejilla con suavidad, a lo que ella respondió con una sonrisa—, no quiero que le pase nada a Herrero.

—Carlos, tenemos que redactar el informe del registro de la casa de David Herrero.

—Sí, lo hacemos luego si quieres.

—No tengo claro si hay que reflejar cuestiones sobre la decoración, lo digo por la coincidencia del póster del polígono y la foto de su casa. En el informe del registro de la nave no he leído nada sobre el material de Foreverline ni el póster.

—Sobre la decoración —dijo el inspector—, no conozco normas específicas, queda a criterio de los agentes que realizan la intervención y de la persona que la dirige.

—Entonces no pondré nada de elementos decorativos —tocándole la barbilla—, así nos quedará a los dos igual.

—Sabes que el tema podría torcerse, no quiero que te afecte. Firmaré yo, soy tu superior. Te lo ordeno.

David sacó su móvil durante el trayecto a casa de Romero, el tiempo pasaba y Clara lo debía estar pasando mal. «Ni se te ocurra», le dijo Íñigo. «Tranquilo, estoy con internet», le tranquilizó David, al que le dio tiempo a cambiar el nombre del contacto de Clara por el de Tía Silvia. Si Clara llamaba, el guardaespaldas de Cadenas querría saber quién era, si es que no le quitaba el teléfono y lo tiraba por la ventanilla.

Pasaba ya media hora del tiempo que acordó con David. Clara no recibía ninguna llamada ni mensaje y él tenía el móvil encendido. Ella lo activó cada diez minutos, esta tercera vez tampoco. No podía más. Si llamaba ella podía ser peor. Pero no peor que no saber nada de él.

Íñigo estaba aparcando la furgoneta en un lateral de la casa de Romero a la sombra de unos árboles que sobresalían de su jardín, cuando sonó el teléfono de David, Íñigo le miró, David contestó rápido y le enseñó el nombre, «Tía Silvia», tapó el micrófono y miró a Íñigo.

—Me llama todas las semanas, si no contesto es capaz de avisar a la policía, está muy mayor, alguna vez lo ha hecho. —«Un minuto» le indicó a Íñigo con el dedo.

—David —dijo Clara.

—¡Tía Silvia! —se alegró David mirando a Íñigo—, qué sorpresa, otra semana más. ¿Estáis todos bien?

—¿Estás bien?, ¿No puedes hablar?

—Pues igual, trabajando. Hoy no tengo mucho tiempo, tía, me están esperando.

—¿Dónde estás?

—Sí, las fotos para la peña, mis primos, feísimos —reía David mirando a Íñigo que le hacía señas para que cortara ya—, las hicimos la última vez que vinieron, sí, en la puerta de la casa de Nito, si ya le di los datos, ese muchacho... Se los mandé, sí, pues allí, voy ahora, me están esperando, sí, en la plaza... Cenaré en casa de Nito... Que sí...

—Creo que te entiendo —dijo Clara.

—No andéis viniendo, ya iré yo cuando me den los días que me deben en la fábrica... Claro... Si vienen mis primos no podré estar con ellos.

—Ten cuidado, David —dijo Clara y colgó.

—Yo también tía, un beso... Y a la prima. En las fiestas, sí. Adiós tía Silvia, adiós —David colgó—. Es muy cariñosa —le dijo a Íñigo—, me crió ella. Yo era un niño cuando murieron mis padres.

—¿Un agricultor? —preguntó Cadenas al teléfono—. Entiendo, sí... dos disparos, ya... ¿Qué dices?... un dedo... no, no reconozco el modus operandi, desde dos mil doce no había vuelto a pasar... gracias.

Las peluqueras volvían por el camino de su excursión a la ciudad con los flotadores en bandolera, una de ellas llevaba una pequeña nevera portátil en la mano.

Solo había un coche aparcado en la calle del chalet de Romero, abollado y sucio, parecía abandonado. Íñigo subió por la verja de un lateral del jardín y miró entre las plantas con unos prismáticos intentando ver algo a través de los ventanales. No tenían cortinas y estaban forrados con papel. Saltó y se acercó por el jardín. No consiguió ver nada, pero escuchaba un partido de fútbol. Volvió a la furgoneta y sacó una escopeta recortada de la parte de atrás.

—Vamos —dijo Íñigo a David, que esperaba en la esquina y se había puesto gorra y unas gafas de piloto con cristales amarillos.

—Espera —le detuvo David—, no tengo armas.

—Efectivamente, no tienes armas. —Sacó de su bolsillo una navaja con filo y tenedor y se la entregó—. Ten cuidado con ella, es un recuerdo.

Avanzaron hasta la esquina, El guardaespaldas de Cadenas comenzó a trepar la verja y David le imitó.

—Vas a la parte de atrás y esperas —dijo Íñigo—, cuando te llame, entras, y si sale alguien me avisas. No hagas nada hasta que te lo diga. ¿Entiendes? Si te suena el móvil te mato antes de conseguir el dinero, apágalo.

Íñigo avanzaba por el jardín, escopeta en mano, hacia la puerta. Mientras, David tenía alguna dificultad para bajar de la verja del chalet.

Por un hueco entre los papeles que cubrían el ventanal Íñigo pudo ver la cabeza de un hombre sentado en una butaca. Manipuló con agilidad la cerradura de la entrada, abrió despacio, entró y cerró la puerta tras él sin hacer ningún ruido.

David se acercó a la fachada de la casa y la rodeó hasta la parte trasera, que daba a la cocina y a un dormitorio.

Íñigo avanzó lentamente por el *hall* con la escopeta bien sujeta y un dedo en el gatillo, cada vez se escuchaba más cercano el sonido del partido. Cruzó el vestíbulo, se asomó despacio y vio al hombre de espaldas, sentado frente a la televisión. Dio unos pasos dentro del salón. De repente, Valdemarás Adukauskas salió del hueco de la escalera apuntándole con una pistola y Wilson Jesús Saint Michel, con una muleta en una mano y una pistola en la otra, apareció tras la puerta de la biblioteca. Los tres, en silencio, se miraron. Íñigo apuntaba con la escopeta a Wilson, que junto con Valdemarás, apuntaba a Íñigo cada uno desde un lado.

Wilson fue el primero en disparar a Íñigo en el centro del pecho, en un instante en el que miraba a Valdemarás. Íñigo disparó su escopeta al techo y salió impulsado de espaldas contra la pared. Valdemarás disparó ya casi con Íñigo abatido y su bala impactó en una lámpara cerca de Wilson. Romero, que estaba atado y amordazado, cerró los ojos con fuerza. Valdemarás y Wilson se quedaron quietos, observando a Íñigo en el suelo.

David escuchó los tres disparos pegado a la entrada de la cocina. Pasaron unos segundos y no escuchaba la llamada de Íñigo. Se dio la vuelta para irse, se quedó pensando un momento y entró sin hacer ruido por la puerta trasera. Cruzó la cocina, escuchaba el fútbol en el salón. Pasó por los diferentes dormitorios a través del pasillo, oyó voces y de nuevo estuvo tentado de marcharse, pero siguió. Sacó la navaja del bolsillo y la miró, extrajo el filo y dejó el tenedor cerrado. Conocía la casa, estuvo colocando las cámaras con la excusa de ser del servicio de fibra óptica. Permaneció en el pasillo cerca del salón y escuchó.

—Hemos sufrido por culpa de ti —dijo Valdemarás a Romero—, danos dinero y marcharemos.

—Si no nos das el dinero te meteremos un tiro, ¡viejo *chingao*! —amenazó Wilson.

—Te voy a matar —dijo Valdemaras—, el dinero queremos.

Sujetó a Romero por el cuello con una mano, le quitó la cinta de la boca y le dio una bofetada.

—Nos han despedido por tu culpa y queremos una buena indemnización —insistió Wilson.

David escuchaba perfectamente todo lo que decían, esos acentos..., no los reconocía. Respiró hondo y avanzó despacio, pegado a la pared. Lo único que podría saber cualquiera sobre ese dinero es que había cien mil euros, pero desconocía quiénes podían ser esas personas. Puede que Santi se lo hubiese dicho a alguien. Cuando él calculó, por los fajos escondidos que se veían en las webcams, debía haber bastante más de esa cantidad. Todo el mundo quedaría satisfecho, llevaría los cien mil a Cadenas y se acabó. Esta gente, fuese quien fuese, se podían llevar el resto, él no tenía nada contra ellos ni ellos contra él. Su cerebro insistía en que los delincuentes tenían códigos que cumplían a rajatabla.

—Vamos a contar hasta el número cinco —dijo Valdemaras—, y te dispararé a tu rodilla. El uno... el dos...

—¡Tranquilos! —gritó David desde el pasillo.

Valdemaras y Wilson se miraron asustados y dispararon varias veces hacia el punto del que procedía la voz. David se pegó más a la pared viendo los impactos de las balas frente a él. Romero incorporó la cabeza y abrió los ojos.

—¡Es él! —gritó Romero.

Había reconocido la voz de David. Wilson volvió a colocarle cinta en la boca.

—¡Tranquilos! ¡Yo sé dónde está el dinero! —Gritó David—. No disparen, miren, voy a tirar mi arma. Tranquilos...

Romero intentaba hablar y movía la cabeza hacia atrás. David deslizó por el suelo la navaja, que quedó en el centro del salón a la

vista de Wilson y Valdemaras. La miraron desconfiados y volvieron a disparar.

—¡No disparen, joder! —gritó David asustado—. No tengo armas, les diré dónde está el dinero. Podría haberme marchado, ¿no?

—Sal de escondite con brazos en tu cabeza —dijo Valdemaras.

—Salgo despacio, no disparen, tendrán el dinero, tranquilos.

David apareció en el salón con paso lento y las manos en la cabeza. Cuando vio las caras de Valdemaras y Wilson tragó saliva, no se lo podía creer. ¿Cómo habrían llegado esos hombres hasta la casa de Romero? En el suelo, en un charco de sangre, estaba el cadáver de Íñigo. Pegó un saltito por encima de la sangre y vio a Juan Romero que intentaba decir algo, atado y amordazado en su butaca.

—¿Quién eres tú?, malparido —preguntó Wilson.

—Tranquilos, soy técnico de telecomunicaciones, hice la instalación de internet en esta casa —dijo David—, sé dónde esconde el dinero.

Juan Romero se agitaba en su butaca con gritos ahogados por la cinta. Valdemaras, que estaba muy atento a lo que decía David, le dio otra bofetada.

—Este hombre —dijo David señalando a Íñigo—, es uno de los que ha secuestrado a mi mujer, a mi hija y a mi tía, que es como mi madre..., las matará si no les llevo el dinero. Créanme, no llevo armas. Soy un técnico... Lo repartiremos, ustedes serán ricos y yo salvaré a mi familia. Jamás hablaré de ustedes, no les conozco y no quiero saber quiénes son.

—¿Y cómo vamos a repartir la plata? —preguntó Wilson, atento a la repetición de una jugada en la televisión y a la vez apuntando a David.

—Baje eso, por favor, no llevo armas. Contaremos el dinero y haremos tres partes. Suban, les diré dónde lo esconde. Lo repartiremos. Hay mucho dinero, suficiente para los tres.

—¡Momento! —gritó Valdemaras mirando a Wilson—, el acuerdo con hombre gafas, era sesenta partes mías y cuarenta partes él, eso es no iguales, yo conseguí todos papeles de la casa del hombre atado.

—Bien —dijo David mirando a uno y otro—, haremos tres partes, yo cogeré una, juntaremos las otras dos, formando un solo montón y de él separaremos sesenta partes para usted y cuarenta para usted.

—Eso no me gusta —dijo Wilson mirando a Valdemaras y el partido defútbol de forma alterna—, aquí el *chingao* sacará más plata que yo.

—Comprende, Jesús, yo di datos y él conoce sitio de billetes —dijo Valdemaras—. Su familia en peligro, ¡entiende ya! Subo con chico, tú vigila.

David le hizo un gesto para que le siguiese a la primera planta. Romero giró su cabeza todo lo que pudo y su mirada se cruzó con la de David, que arqueó las cejas tras las gafas amarillas y se encogió de hombros.

—Vamos, tú delante primero —dijo Valdemaras—, si traicionas, disparo tu cabeza.

En uno de los dormitorios, David retiró el embellecedor del marco superior de la puerta del vestidor. Había un hueco por el que asomaban fajos de billetes envueltos en plástico. David se echó a un lado y se los mostró a Valdemaras, que guardó la pistola en un bolsillo y comenzó a coger el dinero. David miró a la cámara desconectada que estaba en el soporte de las cortinas.

Salieron al pasillo y entraron en otro dormitorio. David retiró la tapa del biombo de la persiana y cedió el paso a Valdemaras, que con los ojos como platos procedió a la recogida de nuevos fajos. David le ofreció una bolsa de deporte que estaba en una silla y Valdemaras se lo agradeció con un gesto austero.

Bajaron al salón. Wilson los miraba junto a la butaca de Romero. Tenía el arma encima de la pequeña mesa junto a una botella de pacharán. Romero no se movía. Valdemaras miró a Wilson sonriente y Wilson a Romero con cara de disculpa.

—Le ha dado un síncope o algo —dijo Wilson—. Yo no he hecho nada. Se agitó y agitó, luego quietito y quedó así.

Romero estaba muerto. La tensión de la situación, su escaso cuidado de la salud y el saber que el dinero fruto de su esfuerzo y dedicación iba a desaparecer, hicieron que su corazón explotase sin remedio. Entre los puntos fuertes de Wilson Jesús Saint Michel nunca estuvo la práctica de primeros auxilios.

Valdemaras puso la bolsa de deporte encima de la mesa y sacó su pistola del bolsillo.

—No me gustan repartos —dijo Valdemaras apuntando a David que se colocó las manos delante del cuerpo.

Valdemaras se giró de repente y disparó a Wilson en el centro del pecho que cayó en el sofá sin soltar su muleta. Valdemaras volvió a apuntar a David, que escuchó dos sonidos sordos y apagados y vio cómo Valdemaras caía fulminado junto a la butaca de Romero. Clara estaba en la entrada del salón con la pistola de David en sus manos, una botella de agua ardía en elcañón mientras ella seguía apretando el gatillo y, el tambor, vacío, giraba a cada chasquido. Estaba paralizada, con las manos temblorosas, sujetando la pistola y apuntando a la nada con los ojos muy abiertos. David se acercó rápido y le quitó la pistola, la tiró al suelo y apagó la botella a pisotones, le acarició la mejilla y la abrazó.

—Mi vida, tranquila —dijo David—, no pasa nada. Tenemos que salir de aquí.

—Recordé la dirección... no contestabas... las fotos de los feos... y la casa de Juanito, el bruto de Santi, la carpeta...

Clara llevaba la mochila colgada a la espalda, no se había separado de ella ni un momento. Sabía que en este caso el dinero era la única forma de supervivencia. David miraba la pistola en el suelo.

—Estaba en la mochila... te vi aquella noche con las esponjas. No sé si la he colocado bien. Te iba a matar, ¿verdad?

—Iba a matarme, sí. Te quiero, Clara, me has salvado la vida... lo has hecho muy bien. Tenemos que irnos.

David cogió la navaja del suelo, la limpió con su camiseta y la colocó en un mueble de la entrada. Limpió las huellas de su pistola, pensó un momento y la colocó en la mano de Romero. Sacó las llaves de su coche del bolsillo de Íñigo y sonó una llamada en el móvil del guardaespaldas de Cadenas. Miró a Clara y se llevó el dedo índice a los labios. «Jefe», parpadeaba en el móvil. David descolgó y no dijo nada. Al otro lado, silencio. David limpió el móvil y lo colocó en el estómago de Íñigo. Recogió la bolsa con el dinero y borró las huellas de la puerta de la entrada. «Estaba abierta», dijo Clara, aún en shock. Tomó la mano de Clara y se dirigieron a la salida trasera. Limpió manetas y donde recordaba que podría haber tocado.

—Vamos, Clara, tenemos que salir rápido de este sitio, ya casi está.

David la ayudó a bajar la verja y se dirigió calle arriba dejando atrás la furgoneta de Íñigo. Clara le detuvo y señaló un coche.

—¿Y este coche? —dijo David.

—Lo alquilé en el hotel —dijo ella reaccionando y abriendo con el mando—. Vámonos.

—Si te llegan a parar sin carnet... Es un delito grave.

CAPÍTULO X: Todo.

47

Algo pasaba con Íñigo. Transcurridos unos segundos de silencio, Cadenas colgó el teléfono y marcó de nuevo.

—Tenemos problemas, Roque, deja a alguien encargado, tienes que ir a un sitio... parece que es grave, sí.

Cadenas se acercó a la piscina hinchable, las peluqueras intentaban avanzar con el juego de palabras cruzadas en el que se habían embarcado. No se ponían de acuerdo y en el tablero apenas había movimiento. Cogió la nevera portátil que las chicas tenían encima de la escalerilla de la piscina.

—Os he dicho que no saquéis bebidas de la barra —dijo Cadenas abriendo la nevera y viendo en el fondo algo que brillaba. Cuando sacaba el anillo con una calavera, los cubitos, medio deshechos, y dos botes de refrescos, se movieron. Un dedo emergió a la superficie. Félix Cadenas se retiró con un paso atrás y el dedo quedó flotando en el agua. Sacó una pistola de la parte de atrás de sus bermudas y encañonó a las peluqueras apuntando a una y otra.

—¿Para quién trabajáis? —preguntó sobresaltando a las chicas que se incorporaron atemorizadas—. ¡Hablad!, ¿quién os ha enviado aquí?

—No hemos cogido bebidas —dijo la más extrovertida—, de verdad, Félix.

—Estaba allí tirada, en el camino —señaló la más tímida.

En el despacho del comisario Sanz todos estaban sentados menos él. Cuando iba a echar alguna bronca le gustaba sentar al personal, así estaban más indefensos y él podía moverse por el escenario alrededor de la mesa provocando giros de cabeza, viendo todo desde una perspectiva superior y controlando quién miraba a quién. Ese era el momento. Las cosas se habían desmadrado, había actuaciones que, aunque le doliese, no podía pasar por alto.

El agente Adrián Gil, la agente Amanda Bernal y el inspector Carlos del Río esperaban las olas de la tempestad con el único salvavidas del tablero de la mesa del comisario.

—Usted, ¿por qué ya no va de uniforme? —dijo Sanz mirando a Amanda—, que yo sepa no se han producido cambios de categorías ni nada parecido.

—Comisario Sanz —dijo Amanda, agradeciendo Del Río que no le llamase Luis a secas—, la categoría profesional que tengo me permite vestir de paisano, si llevaba el uniforme era por integrarme en la comisaría y no destacar sobre los demás compañeros aquí en el edificio. Al trabajar en la calle con el inspector Del Río, me he visto obligada a vestir de paisano para pasar desapercibida.

—Se lo compro, agente Bernal —Quedó satisfecho el comisario, aunque pensaba que lo de pasar desapercibida era complicado—. Por cierto, han vuelto a llamar de la Comandancia de la Guardia Civil, no sé qué le dijo o qué le hizo a ese sargento, pero está de baja psicológica y al agente que le acompañaba le han abierto un expediente disciplinario por ponerse violento y defenderla a usted. Pero no es este asunto por el que les he llamado.

—Diga, comisario Sanz —se lanzó el agente Gil.

—Conozco todo sobre las escuchas y los registros que están efectuando sin permisos, están metidos en un buen lío. He hablado

con algunos jueces que citan en los informes y ninguno ha autorizado esas intervenciones.

—Tenemos las órdenes —dijo Del Río—, lo han autorizado, pero no lo saben.

Del Río se adelantó a todos y asumió la responsabilidad de forma tajante. Mientras se lo explicaba al comisario sentía que su carrera como policía daba sus últimos coletazos. El comisario no cedía y estaba empeñado en que Gil y Bernal pagasen por ello. Cuando le explicó que Pando tenía en su poder varias órdenes en blanco y ya firmadas para hacer lo que él quisiese, al comisario solo le vino una pregunta a la cabeza.

—¿Tienen alguna firmada por la jueza Aida Borrego?

—Alguna queda.

Acababa de encontrar el antídoto para esa prepotente mujer. El futuro se aclaraba. Se le ocurrió que después llamaría a su mujer para que comprase cochinitillo. Pidió a Gil y Bernal que abandonasen el despacho y llegó a un acuerdo con Del Río. Lo del inspector no lo podía pasar por alto, las escuchas y registros ya eran conocidos por demasiadas personas, aunque pocas conocían las órdenes firmadas en blanco. En su carrera no podía aparecer esa mancha ni esa debilidad para con sus subordinados. Del Río presentaría su renuncia al cuerpo y el comisario se encargaría de que no se recurriese la indemnización que solicitase el sindicato. Gil y Bernal, por su parte, quedaban limpios. Concedió lo que quedaba del día y el siguiente a Carlos del Río para que resolviese sus asuntos pendientes, ya que no observó ninguna actitud hostil del inspector y en el fondo le caía bien. Había sido un buen policía.

—¿Qué le ha pasado, Del Río? —preguntó Luis Sanz mirando por la ventana—. ¿Por qué ha cruzado la línea?

—No la he cruzado —respondió guardando sutilmente en el bolsillo de su camisa un mechero que había encima de la mesa—, la línea es la que se ha movido.

Amanda esperaba al inspector en la escalera de bajada. Cuando Del Río comenzó a bajar los escalones, ella le tendió una mano que él cogió, aunque subían más agentes y los vieron, no le importaba.

—Gil ha visto el nombre de la chica —dijo Amanda sin saber si ya le importaba mucho a Carlos—, en un parte de viajeros, Clara Madruga está en un hotel.

—Vamos.

Debían entregar el coche alquilado en el hotel. Se dirigieron a la dirección que indicó Clara con el GPS del móvil. Estaba más tranquila. David intentaba que Clara entendiese que lo había hecho en defensa propia. El hombre del tatuaje le hubiese matado a él y después a ella. La rapidez con la que se produjeron los hechos, el que prácticamente no había visto a la persona a quien disparó y el salvar la vida a David, la hicieron reaccionar y centrarse en lo que faltaba por hacer. La dirección del hotel estaba a dos calles de la que David tenía aparcado su coche. Era una zona buena para aparcar y con salida a la autopista.

Los primeros en llegar a la casa de Juan Romero fueron unos agentes de la Policía Local. La puerta estaba abierta y unos pocos vecinos curioseaban desde lejos.

—¿Cómo? ¿Cómo, cómo? —preguntó incrédulo el comisario hablando por teléfono—. ¿Varios muertos, dice?, y Romero confirmado. ¿Asesinado? ¿Qué juzgado lo ha cogido?... La conozco, desde luego.

—Claro que voy, ¡ahora mismo!

Por lo menos sabía que eso no era cosa de Del Río y su *Terminator*. Varios cadáveres en casa de Juan Romero, entre ellos el del propio Romero. Esto iba a tener consecuencias graves para mucha gente. Hizo una fotocopia de una de las órdenes firmadas por la jueza Borrego que el grupo salvaje de Del Río le había entregado, guardó los originales en su cajonera bajo llave y salió del despacho.

Una furgoneta enfilaba la calle principal de la urbanización. Los destellos de luces y el sonido de sirenas hicieron que se detuviese. Avanzó un poco más y un policía local hizo indicaciones para que parase. El conductor vio cómo se extendían, a lo largo de la calle, coches de la Policía, Guardia Civil, pudo contar al menos tres ambulancias, furgonetas funerarias, otras que debían ser de la científica, gran cantidad de agentes y sanitarios y mucho movimiento. La furgoneta giró por donde indicaba el policía, aceleró y desapareció.

Sonó el teléfono de Félix Cadenas. Estaba en la barra del bar, andaba de un lado para otro, el cable del teléfono se enredaba entre los taburetes y no perdía de vista a las peluqueras, sentadas en dos sillas bajo una sombrilla.

—Mal asunto, un ejército y seguro que varias bajas —escuchó Cadenas.

—¿Íñigo? —preguntó—. ¿La furgoneta?

—No podría decir.

Cadenas colgó el teléfono y volvió a marcar.

Un móvil se iluminó encima del estómago de Íñigo, que yacía en el suelo con la cabeza de lado apoyada en la pared contra la que cayó por el impulso del disparo de Wilson y el suyo propio. Los agentes, que invadían la casa se quedaron quietos, un inspector hizo una señal con la mano para que nadie se moviese y se acercó al cadáver. La

palabra «Jefe» apareció en la iluminada pantalla. «No lo toquen, que siga sonando», dijo. La policía científica tomaba muestras de todo y hacían fotografías de Romero, Íñigo, Valdemaras y Wilson, la navaja de tenedor que David dejó encima del aparador, la pistola con la botella de agua y la cinta quemadas en la mano de Romero... En el piso superior, un agente observaba, subido a una silla, una pequeña cámara sobre el soporte de la barra de las cortinas.

David pudo ver su coche al rodear el edificio para dejar el de alquiler frente a la entrada del Hotel Meseta Classic. Entregó a Clara las llaves, se puso una gorra y las gafas de sol amarillas y esperó en la acera. En un solar cercano una gigantesca grúa móvil montaba las piezas de una grúa fija impresionante. David observaba con atención.

Amanda Bernal detuvo el vehículo en la zona de clientes del Meseta Classic en el instante en que Clara salía de las oficinas de alquiler de vehículos junto a la entrada del Hotel. Bajó las escaleras echando su indomable pelo hacia adelante y atrás intentando hacerse una coleta. Del Río bajó del coche y reparó en la grúa, mirándola mientras avanzaba hacia la puerta y cruzándose con David.

—Vamos —dijo Amanda volviéndose a Del Río desde los escalones mientras Clara pasaba tras ella luchando con su melena.

—Ese edificio va a ser alto, creo que es una Liebherr T7 —dijo Del Río—, cien metros de altura y más de cien toneladas.

El comentario llamó la atención de David, que se volvió y cruzó la mirada con el inspector cuando Del Río comenzaba a subir las escaleras del hotel.

A los dos minutos Del Río y Amanda salieron corriendo del hotel y mirando hacia los lados. El coche de David ya estaba cerca de la salida hacia la autopista.

El comisario Luis Sanz colocó con mimo su placa en el bolsillo superior de la americana. Fue superando controles y saludando agentes, que le subían las cintas para que pasase su coche y que, al reconocerle, apartaban señales y le facilitaban el acceso hasta el chalet de Juan Romero. Anochecía, la gran cantidad de luces de emergencia de coches patrulla, ambulancias, coches camuflados y protección civil, provocaban que sus destellos se viesan desde la autopista. De la casa de Romero salió un agente que esperó en el porche, después una mujer de paisano con un maletín: era la jueza Aida Borrego, elegante, con las gafas en la punta de la nariz y enganchadas a un cordón que rodeaba su cuello. Se mordía el labio inferior, movía la cabeza de un lado a otro y tomaba notas. Recriminaba y hacía aspavientos al agente, al mando de la Guardia Civil, al jefe de la Policía Local y al Concejal de Seguridad Ciudadana. Todos asentían a lo que decía la jueza. «Vaya dotes de mando que tiene esta mujer», pensó Luis Sanz. El comisario salió del coche y encendió un cigarro. Caminó hacia el chalet con cierta indiferencia. De la casa sacaban un cuerpo en una funda. Pasó junto a una furgoneta de la policía científica y saludó a un agente que estaba sentado, quitándose las calzas. La jueza le vio acercarse desde lo alto del porche. El comisario Sanz cruzó la calle, junto a un furgón fúnebre dio una calada y ni miró las tres fundas que había dentro. Varios agentes entraban ya en los coches patrulla, los retiraban poco a poco cediéndose el paso unos a otros y formando un desordenado atasco. Un agente de uniforme quitaba la cinta de acotación recogiénola de forma apresurada. El comisario pasó por debajo. Sonó una sirena y todo el mundo miró al conductor con desaprobación. Algunos vecinos observaban alarmados y otros curioseaban tras la cinta que quedaba.

Apoyado en el muro del jardín de Romero, el abogado Eugenio

Bazo, de Adolphson, Mostkovitch & Bazo, hablaba por teléfono con Lester Adolphson intentando justificar la retirada del coche patrulla a petición del propio interesado y, de paso, luchando por mantener su apellido en la razón social del bufete.

La jueza Borrego dejó a sus acompañantes y salió al encuentro de Sanz viendo cómo la miraba fijamente a medida que se acercaba.

—¿Qué hace aquí, Sanz? —preguntó con discreción y poniendo buena cara para variar—. Esto no tenía que acabar así, pero creo que tiene arreglo, aunque usted no lo verá como comisario, ni desde luego como director adjunto.

—Yo creo que sí —dijo el comisario Sanz sacando la fotocopia de una orden en blanco firmada por ella—, tengo entendido que es usted religiosa, ya puede ir buscando un buen salmo, de los que conmueven, y rezarlo regularmente para que no aparezca Pando. Aunque con esto —le entregó la fotocopia—, puede tener problemas. Ya sabe, el tipo de problemas que hacen que salgas todos los días en el telediario. Y cuando sales en las noticias de las nueve, la suerte te empieza a volver la espalda. Se lo dice alguien que se jubilará como comisario.

—Sanz, ¡Sanz! —gritó la jueza—. ¡Vuelva aquí!, no me de la espalda. El comisario Sanz se alejó dejando a la jueza con la palabra en la boca, tiró el cigarro, lo pisó y se dirigió a su coche. Salió marcha atrás hasta una bocacalle, dio la vuelta y se marchó viendo por el retrovisor lo poco que ya quedaba en la escena del crimen.

David se detuvo en un área de descanso de la autopista. Le contó a Clara cómo Cadenas le obligó a ir a casa de Romero con su guardaespaldas para coger el dinero. Debía llevarle cien mil euros, pero estaba seguro de que si volvía no saldría vivo de allí, y menos con su hombre muerto en el salón de Romero.

—Hemos confiado en toda esta gentuza —dijo David—,

actuando por las buenas y, ¿has visto el resultado? Son todos iguales, unos mentirosos, no respetan nada. Matarían a su madre por dinero. ¡Que se joda Cadenas!

—Nos esconderemos, David, no volverás allí. Iremos un tiempo a la antigua casa de mis abuelos y después a las montañas, compraremos la casa de tus padres... harás un estudio y trabajarás por tu cuenta. Yo trabajaré y te ayudaré, será nuestra empresa.

—El banco ha vendido la casa, la semana pasada, me lo ha dicho mi tía Silvia, la de verdad. A una familia con dos niños. Están arreglando la cabaña, van a poner un invernadero y unos columpios. Eso me ha dicho.

—Lo siento —dijo Clara tocándole la mejilla—. Con una buena oferta..., tenemos más dinero del que pensábamos...

—No importa, de verdad, está bien que la tenga una familia, me gusta la idea.

—Pero era tu sueño...

—No, Clara —dijo él arrancando el coche—, los sueños son lo que ocurre cuando estás dormido, lo demás son caprichos que te complican la vida.

La comisaría echaba humo, subir y bajar de agentes, llamadas, activación de órdenes de detención reales. El comisario movilizó a todo el mundo por teléfono de camino a la comisaría. Había mucho que hacer y muchas personas a las que detener, si los querían soltar después, que cada uno enseñase sus cartas, él tenía escalera de color y subiría las apuestas lo que hiciese falta. El más solicitado era el agente Gil, con su tabla de horarios y nombres de las escuchas. Su prestigio subió como la espuma, igual que les había pasado a Del Río y Amanda con la detención del lesionado Wilson Jesús. Se cruzaron con él en el pasillo, Amanda le guiñó un ojo y le dio un golpecito en la espalda, iba a toda prisa con unos papeles en la mano.

—Me alegro por él —dijo Amanda—, es buena persona, será buen policía.

—Es guapo, ¿no?

—Lo es.

Del Río no iba a desaprovechar el poco más de un día que le quedaba como policía. Una orden de detención para Félix Cadenas y los que se encontrasen con él. Una orden de registro para El Molino Show and Diversión S.L. Amanda, enrabietada por el inminente cese de Carlos, pasó por la armería. «La que más ruido haga», pidió. «Que sean dos», dijo Del Río, haciendo que la agente Bernal entreabriese sus labios.

Ernesto Salgado no había vuelto a jugar en el Club de Golf Hoyo Fresh. Con la excusa de tener un dedo menos que los demás, pidió a sus contrincantes habituales que le dejaran dos hoyos de ventaja al menos. Sus compañeros de juego no apreciaron que la falta del meñique de la mano izquierda fuese tan relevante para un diestro y todavía menos conociendo cómo sujetaba Salgado los palos. Se comprometieron todos a no usar ese dedo durante el juego, pero dos hoyos era inaceptable. Salgado rompió las negociaciones alegando que no tenía manera de saber si el meñique izquierdo se estaba o no usando en el momento de dar un drive.

Aparte de estudiar el comportamiento de las rapaces, conocimientos que utilizaba para las frecuentes narraciones en las que explicaba cómo voló su dedo, decidió retomar su afición favorita. Como le decía a Romero, «el trato directo y cuerpo a cuerpo, con las mujeres inmigrantes».

Dos coches patrulla fueron a buscarle después de haber estado en su casa y en el Club de Golf, e interrogar a algunos miembros que dieron la impresión de ser sospechosos de otras muchas cosas. El otro club del que era socio no oficial y en el que nunca aceptó la política de privacidad, era el Club El Martillo Señorial, así rezaba el correspondiente luminoso. Dos agentes introdujeron a Salgado en el coche patrulla con las manos esposadas y ayudándole a acceder con una mano en su nuca. Mientras, otro agente documentaba el momento con una pequeña cámara de video, tal y como había dicho el comisario Sanz. Álvaro Puig, que le acompañaba y estaba bastante más asustado, corrió la misma suerte. Como se comprobaría posteriormente en las imágenes grabadas, no quedó muy favorecido. Fue difícil extraer un fotograma suyo para entregar a la prensa a modo de filtración, que investigarían sin ningún tipo de dilación, ya

que «no se pueden consentir este tipo de actitudes», comunicó el comisario Sanz a los medios.

Félix Cadenas llamó a Íñigo unas cuantas veces, todas sin respuesta. Aunque sabía que podía ser uno de los cadáveres, Íñigo era un hombre de recursos, podría estar herido o escondido. Había anochecido y solo quedaba una franja de luz rojiza al otro lado del río. A lo lejos, por el camino que llevaba hasta el chiringuito, asomaron unas luces parpadeantes rojas y azules que se acercaban por encima de los matorrales acompañadas por un sonido inconfundible.

Cadenas se incorporó de la tumbona y miró a su alrededor: el río, matorrales, la piscina, las peluqueras, el camino, las luces... La comitiva de dos coches patrulla y un furgón, frenó en el camino de tierra derrapando y, unos segundos más tarde, Cadenas escuchó dos disparos muy potentes.

«¡Policía!», escuchó. «Payasos», pensó, «ya se ve que sois la policía». Pensó en huir, bajó la mirada y se vio con las bermudas y las chancas, levantó la cabeza, sacó su pistola de la espalda y la arrojó todo lo lejos que pudo, respiró hondo y se echó hacia atrás en la tumbona.

Los agentes, dirigidos por Del Río, montaron varias mesas en las que expusieron todo lo que encontraron en El Molino, aunque los registros para buscar por los alrededores y en el mismo río continuarían varios días. El comisario seguía con su partida de naipes particular. En el vídeo grabado por un agente se podían ver armas cortas, escopetas, fajos de dinero en efectivo, de curso legal y falso, un dedo en una bolsa de hielo, la película «El cabo del miedo», una antigua revista porno, droga, presupuestos que acreditaban acciones delictivas y una nevera portátil con otro dedo y un anillo con una calavera. La mayoría de objetos los encontraron en una nevera situada entre la barra del bar y el acceso a la cocina.

Amanda miró a Carlos y le entregó unas esposas en el momento de detener a Cadenas para que lo hiciese él mismo.

—¿Qué pasa, putita?, ¿tú no te atreves? —dijo Cadenas desafiante, notando al instante cómo una gran cantidad de sangre empapaba su camisa.

Ni se enteró del puñetazo que Amanda le propinó partiéndole el tabique nasal. Del Río se llevó una mano a la frente en señal de disgusto.

—En unos segundos le empezará a doler —dijo Amanda en su posición anterior al golpe, sujetando la gran escopeta que apuntaba a la entrepierna de Cadenas con ambas manos—. ¿Si desea decir algo más? Escucho con atención. Voy a encargarme personalmente de que le rapen la cabeza. ¡Paleto!

Cadenas sufrió humillado el resto del registro con uno de los camareros sujetando una toalla en su nariz que, como dijo Amanda, comenzó a doler y no paró.

En el furgón, los camareros repetían una y otra vez que ellos eran simples trabajadores. Las peluqueras, que habían permanecido durante toda la operación con sus diminutos bikinis, se pusieron en el furgón unascamisetas de El Molino, estaban preocupadas por lo que pudiese pasar con los flotadores. Dos clientes que tuvieron una actitud un tanto chulesca acompañaban al grupo.

Félix Cadenas entró en un coche patrulla, esposado y con la mano de Del Río en su nuca, iluminado por el flash de la cámara. El vendaje que improvisaron y los trozos de pañuelos de papel que le asomaban por los orificios de la nariz no contribuyeron a que quedase bien en las noticias. Las redes sociales utilizarían esos fotogramas de forma repetitiva e incansable. Cadenas felicitó la navidad a gran parte de la población.

Llegaron de madrugada a la casa de los abuelos de Clara. Ella saltó la pequeña tapia de piedras y cogió las llaves del alero del tejado de un cobertizo de madera. Abrió el candado de la puerta de entrada y David llevó el coche hasta la parte de atrás de la casa. Solo descargaron las mochilas y la bolsa con el dinero. Cogieron algo de ropa para cambiarse y se sentaron en unas piedras fuera de la casa. El mar no se veía, pero su suave rugido revelaba que estaba en calma y no se encontraba lejos.

—Aquí me sentaba con mi padre —dijo Clara—, me contaba un cuento hasta que me quedaba dormida escuchando su voz y las olas.

—Me gusta esto, tiene carácter.

No faltaba mucho para que amaneciese, ninguno de los dos estaba cansado ni les vencía el sueño. El estado de alerta y tensión se había apoderado de sus sentidos. Siguieron escuchando las olas y disfrutando de una brisa fresca que no recordaban de dónde venían.

A Clara, ese entorno le traía los recuerdos imborrables de las vacaciones de la infancia y adolescencia. Conocía lo que había detrás de cada loma, lo que se encontraría a cada curva y en qué zonas de la playa había conchas rotas con las que podía herirse los pies. Se sentía segura, por fin a salvo, con David a su lado, apoyado en ella. Le amaba. ¿Cómo no se habría dado cuenta antes de sus sentimientos hacia él? Fue necesario un gran problema, casi besar el suelo para darse cuenta. «Tengo que cuidar de ti», pensó metiendo los dedos entre el pelo de David. El sol comenzaba a asomar entre dos montes, calentando sus rostros serenos y tranquilos.

Para David, todo aquello era una novedad, pero en los últimos días se había acostumbrado de sobra a situaciones novedosas e imprevistas, mucho más inquietantes y peligrosas que contemplar ese

espectacular paisaje con la cabeza apoyada en el hombro de la persona que más quería.

La llamada de teléfono, que insistentemente pidió Cadenas a su llegada a comisaría, tuvo que esperar. En contra de la tradición, no fue para localizar un abogado. No pensaba pagar a ninguno, sabía que iría a la cárcel y el cuerpo de policía en su totalidad tenía una actitud bastante agresiva hacia él, no podía esperar ayuda de nadie. La llamada era para la única persona en la que podía confiar.

—Necesito ese dinero, papá —dijo Félix Cadenas—, me van a caer seis años, voy a necesitar mucho dinero dentro, y el negocio tiene que seguir abierto... nadie nos dejará nada, van a aprovechar para jodernos... séque lo impedirás... tienes que cobrar una factura pendiente... el mismo, sí... para él la chica vale cien mil euros... Sé que lo harás, papá...

Del Río pasó la noche en comisaría, no le quedaba mucho tiempo. Se acomodó ante el ordenador de la mesa que utilizaba Amanda antes de agregarse como su compañera y comenzó a trabajar. La agente Bernal fue solidaria durante unas horas, hasta que juntó cuatro sillas y se tumbó a dormir a su lado. Estaba amaneciendo, por la ventana del despacho vacío del comisario entraban las primeras luces de su último día como inspector. Sanz había dejado todas las persianas levantadas y las cortinas descorridas. Todo transparente, no tenía nada que esconder.

Amanda abrió los ojos, estaba tumbada de lado, se colocó boca arriba, estiró su pelo desde la frente a la nuca y se incorporó haciendo movimientos con el cuello. El agente Gil la miró, Del Río le vio y miró de reojo.

—Ya te dije que fueses a la sala de descanso.

Amanda se acercó por la espalda y comenzó a masajear los hombros de Del Río, que paró un segundo y siguió con el ordenador.

Gil los miraba desde su puesto. Comenzaban a llegar más agentes a la oficina grupal.

Carlos hizo girar su silla y se puso frente a Amanda, que no soltó sus hombros. Gil y los otros agentes no perdían detalle. La mayoría ya conocían que Del Río abandonaría el cuerpo de policía. El éxito de las últimas operaciones, a pesar de las maniobras poco limpias del inspector, les hizo sentir de nuevo como policías de verdad. El continente, o al menos la ciudad, era más segura con esas personas en privación de libertad. Los muertos, había que asumirlos, son cosas que pasan, moría mucha gente inocente todos los días, crímenes horribles, por conductores borrachos y analfabetos, indeseables que mataban a sus mujeres, a niños. Sentían hartazgo de lo que tenían que ver a diario. Los ciudadanos pensaban que estaban acostumbrados, pero no era así, ni mucho menos. Del Río acercó su boca a la de Amanda y la besó con fuerza en plena comisaria. Se escucharon unas tímidas palmadas, que se convirtieron en aplausos de los pocos que estaban en ese momento, hasta un silbido a dos manos de una agente veterana. El agente Gil levantó el puño en señal de victoria. «Del Río será cesado, pero se lleva el premio gordo», dijo un agente al oído de otro. Terminó el espectáculo, Amanda saludó un poco ruborizada y se sentó junto al inspector.

—Sharpe Group I&P —dijo Del Río—. Herrero trabajó tres años en esta empresa, ingeniería y proyectos. Lo de Group es muy difuso, estaban metidos en varios sectores: arquitectura, energía, biomedicina, inmobiliarias... Un fondo de inversiones era dueño de la mayoría del capital de la empresa matriz... Cuando la situación económica empezó a recuperarse —continuó—, vendieron varias sedes, bien situadas, para construir de nuevo y despidieron a todos. Aunque tenían trabajo, proyectos en el extranjero, sobre todo, perdieron dinero con la venta, pero lo hicieron e invirtieron en energías limpias, en Sudamérica fundamentalmente, y salud en la

zona que llaman ellos Asia-Pacífico.

Amanda escuchaba intentando imaginar la situación, poniéndose en la piel de Herrero y Madruga.

—Herrero ganaba dos mil cien euros mensuales, mas pagas y lo que fuese. Con su nómina tenía avalada la casa de sus padres, la de las fotos de la montaña, vivieron casi toda la vida en alquiler y cuando él comenzó a trabajar compraron la casa y el terreno. Estuvo desempleado dos años, supongo que buscando trabajo, entrevistas y demás. Perdieron la casa y sus padres murieron con una diferencia de un mes. Se trasladó aquí para trabajar en Foreverline, hace casi tres años, donde conoció a la señorita Clara Madruga.

—Romero, Salgado.... ¿por qué ellos precisamente?

—Romero era el alcalde, algo hicieron con los terrenos, seguro que tus ex compañeros conocen los detalles. Hay inmobiliarias, constructoras, energéticas, de todo, de algún modo participarían, los sindicatos tampoco dieron la talla... o tal vez solo sean un símbolo, lo que representan para él. No sabemos cuántas veces lo puede haber hecho.

—¿Los dedos amputados? —preguntó Amanda.

—Puede que otro símbolo, algo como... ahora te fastidias, te quedaste sin dedo, no lo sé. Los dos tienen unos expedientes universitarios sobresalientes. Se lo curraron, pero Madruga no llegó a trabajar en ninguna empresa relacionada con sus estudios, es bióloga. Cuando cortaron el grifo de las becas de investigación, trabajó como dependienta en textil, hostelería y en una empresa de audiovisuales como guionista. Siempre dejó ella los trabajos hasta que llegó a Foreverline, hace cinco años. Para los dos debía ser un trabajo sin sentido, estaban demasiado cualificados, no necesitaban esforzarse demasiado. Pero hay que sobrevivir y pagar el alquiler, hubiesen cobrado más o menos en una empresa de biotecnología. Supongo que se acomodaron y se rindieron.

—Siempre el meñique izquierdo —dijo Amanda—, las víctimas eran diestros y a Romero se lo perdonó. Creo que les cortaba el dedo menos importante. Tal vez Romero era el último, es el pez más gordo de todos, algo se torció con Urbizu o Cadenas y no pudieron parar hasta el final. Lo que me extraña es que Clara Madruga estuviese implicada en los atracos y secuestros.

—El coche que alquiló Madruga en ese hotel estuvo en casa de Romero —dijo Del Río mostrando una pantalla en el ordenador—. Salgado y Romero encargaron a Cadenas matar al hombre que les secuestró, está claro por las llamadas, pero el hombre de Cadenas buscaba a Herrero por otro motivo.

—Bueno, pero todo apunta a Santiago Urbizu, el del trigal —aclaró Amanda—, como ejecutor de los atracos y secuestros. Le mostrarán las fotos del cadáver a Salgado. Trabajaba para Cadenas, el mafioso cangrejero le encargó que robase a toda esa gente, seguro que tenían negocios con él. Esos mismos contrataron a Cadenas, hay un presupuesto para que encontrase al atracador por una buena cifra.

—Cadenas utiliza a Santi para cobrar el dinero de esos pardillos —rezonó Del Río—, le mata, le corta el dedo para mostrarles que el trabajo está hecho y el estúpido lo guarda en el congelador junto al de Salgado y una revista guarra. Alguien le pasa información sobre los cien mil euros que tiene Romero en casa y decide acabar con todos. Siempre el dinero.

—Puede que Saint Michel y Adukauskas no fuesen un simple montaje fotográfico, por la escena del crimen, parece que ellos llegaron primero a la casa y ataron a Romero. El hombre de Cadenas fue también a casa de Romero a por el dinero y se desató el infierno. Pero no sabemos si Herrero y Madruga estuvieron dentro, o esperaban. Tendremos que esperar a ver que cuentan Cadenas, Salgado y Puig.

—Y no olvides esas dos rubias de los flotadores, según parece eran las encargadas de trasladar y conservar los dedos amputados, ¿por qué ellas?

—¿Nos vamos a desayunar?

—Baja tú, tengo que hacer una cosa más —dijo Del Río.

Clara entró para ver en qué condiciones se encontraba la casa. Mientras, David hizo café. Salió con dos tazas mientras Clara recorría el piso de arriba comprobando las estancias. Era una mañana preciosa. Sonó su móvil. No conocía el número. Vio a Clara, asomada a la ventana ventilando la ropa de cama, al escuchar el sonido del móvil se quedó parada con una sábana en la mano. David la tranquilizó con un gesto y contestó.

—Sí.

—Hola, David, soy un amigo, tranquilo, no me conoces, pero no cuelgues.

—Si no le conozco, ¿por qué iba a hablar con usted?

—Bueno, la verdad es que nos hemos visto un momento... la LiebherrT7 de ayer. ¿La recuerdas?

—Desde luego, no se ven muchas máquinas como esa. ¿Qué es lo que quiere?

—Te llamo por mi trabajo, bueno mi ex trabajo, inspector de policía.

—Le entiendo. ¿Cuánto quiere?

—No, David, comprendo lo que quieres decir, pero no quiero nada. Bueno sí, saber que estáis bien.

—¿Estamos?

—Sí, Clara y tú. No cuelgues, por favor. No te preocupes, no hay nada que te relacione con lo ocurrido, y si queda algo me encargaré de ello, por mi parte hiciste lo que debías.

—No sé de qué está hablando, la verdad...

—Lo sé, sí, pero sabes que la policía no os busca, no te pierdas las noticias de hoy. Por lo demás, tú sabes más que nosotros.

—No podría decirle —dijo mirando a Clara y tranquilizándola con un gesto—. ¿Qué sabe usted de mí?

—Casi todo, Sharpe Group IP, los dedos, Salgado, Romero... Por cierto, he eliminado los datos de ubicación del coche que alquiló Clara, lo situaban en la casa de Romero. Te digo todo esto porque quiero que sepas que puedes confiar en mí.

—¿Y cómo puedo saber eso?

—Cuando pase el tiempo y compruebes que no os detienen. No quiero nada, que te quede claro, creo que tengo todo lo que necesito.

—Entonces es usted feliz...

—Me quedan unas horas para intentarlo. ¿Y tú, David?, vosotros. ¿Crees que seréis felices?

—Bueno, diría que vamos por buen camino.

—Bien, si quieres memoriza este número, por si alguna vez os hace falta algo, no sé... y deshaceos de vuestros móviles y las tarjetas, ya mismo, sé que es una pesadez volver a meter los contactos, pero os vendrá bien cambiar de amigos y conocidos. Y tened cuidado, si ves algo raro, que se salga de lo normal o alguien que no te cuadre, puedes llamar, tendré el mismo número.

—Puede que lo haga, usted también tenga cuidado.

—Digamos que tengo quien me proteja.

—Hay un canal de televisión que le gustaría...

—Lo veo mucho —interrumpió Del Río—, cuando veas algún puente difícil de cruzar recuerda mi número.

—Gracias y suerte en su nueva vida.

David colgó e hizo una señal a Clara con el pulgar hacia arriba.

—Era un amigo.

En las fichas de trabajadores de Foreverline que consiguió Íñigo no aparecía ningún número de teléfono. La Ley Orgánica de Protección de Datos y Garantía de Derechos Digitales, limitaba las comunicaciones con el personal en periodos de descanso y fuera del horario laboral y, en Foreverline se cuidaba al personal. El nombre de

la chica le sonaba mucho y de forma reciente. Roque cogió de una estantería el libro de viajeros y allí estaba. Se había alojado en el Meseta Classic. El personal de recepción no le había dicho que la policía fue preguntando por ella. En el parte tampoco estaba su número. «La señorita alquiló un vehículo», le dijo por teléfono la recepcionista de ese turno. En el contrato de alquiler debería aparecer el teléfono de Clara Madruga. Esperaba que no hubiese dado un número falso o que se hubiese desecho del terminal y la tarjeta. Conectó un móvil a un portátil, abrió un software y tecleó unos códigos y el número. En la mesa tenía el parte de alquiler. Intentaba localizar el móvil. En la pantalla del portátil apareció un mapa con una señal parpadeante en la costa norte.

Dos teléfonos móviles volaban desde el borde de un acantilado para sumergirse entre las espumosas olas. Clara y David, abrazados, dieron media vuelta hacia el camino que llevaba a la casa.

De repente, la señal del móvil desapareció del monitor del despacho del hotel. A Roque no le dio tiempo a ampliar el mapa y precisar el lugar exacto. Clavó su mirada en la zona del mapa donde había aparecido la señal, resopló lentamente y cerró la pantalla del portátil.

David se acercó al mapa en tres dimensiones de la zona que colgaba de una pared del salón buscando con el dedo el lugar exacto donde estaban. Llevaban un mes allí y del calor extremo no quedaba ni el recuerdo. Clara vestía una camiseta y una amplia camisa que encontró en un baúl, «menosmal que tenemos leña para el invierno», dijo a David una noche. Se habían adaptado perfectamente. Aunque no querían acomodarse demasiado y aún les quedaban algunas cosas por sacar del coche. Poco a poco la fueron considerando su verdadero hogar. Hicieron arreglos, pintaron alguna pared y plantaron algunas verduras y flores. Las noches eran lo mejor, sentados junto a la casa, o, si no soplaba mucho viento, iban hasta el mar. El mundo se había olvidado de que existían y ellos no pensaban protestar.

Ese agosto estaba siendo uno de los más fríos desde que se contaba con registros de temperatura. Ya nadie recordaba los 40 grados diarios y las asfixiantes noches de principios de junio.

Ernesto Salgado comprobaba *in situ* cómo los centros penitenciarios del país eran de los mejores del mundo, no solo en cuanto a garantías de derechos de los reclusos, los humanos y los demás, también lo eran en lo que se refiere a sistemas de climatización. Eran excelentes, tanto en los diferentes módulos como en las zonas comunes e incluso en la piscina. Se podía decir que en invierno hacía calor hasta en el patio.

Salgado estaba en un módulo de respeto, allí no tenía frío ni demasiados problemas, si exceptuamos que no podía salir de la prisión. Comprobó, después de las primeras semanas, que las posibilidades que allí se le ofrecían para el contacto directo con la población inmigrante no eran las mismas a las que él estaba acostumbrado. Las declinó amablemente, «gracias, de momento no»,

se excusó con dos grandes venezolanos. Estuvo a punto de organizar una pequeña revuelta debido a que sus peticiones de construir un campo de golf en los terrenos agrícolas circundantes a la prisión no cuajaron. Se molestó mucho con ese asunto, y la dirección del centro a punto estuvo de cambiarle de módulo. Su mujer le negó las visitas, al igual que la asistenta. Cada vez que Salgado hablaba por teléfono aprovechaba para contar el terrible suceso de cómo una desalmada ave rapaz le había arrancado el dedo, a pesar de que todo el mundo sabía que lo requisaron en el negocio de Cadenas y lo tenía el gobierno.

Puig solicitó el traslado de prisión nada más entrar en ella y ahora el frío le martirizaba. Estaba pendiente de trasladarse al este, cerca de su casa y del mar. Si Instituciones Penitenciarias no lo hacía pronto, se temía lo peor. Ernesto Salgado le llamaba en ocasiones para así poder hablar con alguien, pero siempre terminaba contando la historia sobre ese monstruoso halcón que le quitó el dedo y Puig terminó por aburrirse.

La reforma de la peluquería quedó perfecta. El tío albañil de un conocido de Cadenas hizo un trabajo muy fino y bien rematado. Las peluqueras decidieron reabrir de nuevo su negocio y poner sus manos a disposición del público en general. En una parada de autobús, junto al lugar en el que Salgado perdió su dedo, instalaron publicidad para promocionar el nuevo nombre de la empresa, «Dedos mágicos, corte y tinte».

Cadenas, sin embargo, estaba caliente todo el día, cuando no era una agresión, era una amenaza. Todo le empezó a provocar taquicardia. En la cárcel, si pretendes ser importante y no tienes dinero, es muy probable que no consigas tus objetivos. A Cadenas le habían cortado el flujo. Llamaba a papá constantemente para

informarse de cómo iban las gestiones para cobrar a Madruga y Herrero. Muchos de los reclusos que cumplían condena, de todas las razas y religiones, en algún momento de su vida se habían cruzado con Cadenas o con alguien que hizo un negocio con él.

«Me tienen manía», les decía a los funcionarios. «Se te va a hacer larga la estancia», le dijo un celador uno de los días que entraba en la enfermería sangrando por la nariz. El golpe de la agente Bernal no terminaba de curar.

La mujer de Romero se entretuvo en redecorar la casa de su hermana, y buscar un instituto público en el que admitiesen a su hija el próximo curso. Después de un registro, en el que tuvo que estar presente, ya no volvería apisar el chalet propiedad del gobierno.

Fue también a finales de agosto cuando al domicilio de Leidi llegó un paquete procedente de China. Al abrir el contenido y estirarlo un poco, vio claramente que la talla del disfraz de Pocahontas estaba equivocada. El nuevo jefe de Romero Holding era un funcionario muy serio de la Agencia Tributaria. Leidi se quedó con la duda de si llevar o no el traje a la mañana siguiente.

El apetito del comisario Luis Sanz no volvió a fallarle. No recibió más llamadas de la jueza Aida Borrego, aunque se vieron en algún acto oficial y se saludaron de forma protocolaria. No pidió nada, ni chantajeó a nadie. Se dedicó a ser policía, pensó incluso en la posibilidad de rebajarse una categoría profesional, aunque eso implicase un salario menor. A esto último se negaron su mujer y su hija de una forma tajante. En dos cajas de seguridad de diferentes bancos, estaban depositados los originales de las órdenes que los jueces le firmaron al Inspector Pando a cambio de favores y silencios, utilizadas para hacerse con una gran cantidad de dinero y enemigos, ya que robaba y extorsionaba tanto a delincuentes como a

personas normales. Esa mañana Luis Sanz dibujó una «S», la coloreó con un Foreverline negro modelo Comfortably-19, recortó la letra y la pegó en la puerta de su despacho.

Al día siguiente de los trágicos hechos que acaecieron en el chalet de Juan Romero, el agente Adrián Gil, cansado de las desconexiones intermitentes del servidor, bajó al sótano. Cuando abrió la puerta de uno de los armarios, notó un olor desagradable y cuando vio una mano que emergía de entre los switches y las conexiones, supo que el olor era un cadáver. La otra mano del inspector Pando estaba quemada. Se electrocutó con el cuadro eléctrico del sótano mientras manipulaba las conexiones y, aunque era discutible, la jueza Aida Borrego firmó la causa de la defunción.

El Café-bar Security había hecho bastante caja los días posteriores a las detenciones y muertes. El personal de comisaría estaba muy animado. La prensa, e incluso curiosos, acudían a la zona atraídos por las noticias intentando ver a los detenidos, que hacía días que no estaban en comisaría.

«Falta un rato para que salgan al furgón, yo os aviso, pareja. ¿Pongo una de champiñones rellenos?, acaban de salir de cocina», incitaba Juanjo a los nuevos clientes. Se hicieron buenas y grandes consumiciones a pesar de la subida de los precios. Juanjo decidió volver a cambiar el nombre al establecimiento como homenaje a su trabajo. Encargó unos bonitos vinilos para los cristales y un luminoso para la puerta con el nombre de Gastro bar Juanjo's.

Amanda Bernal volvió a vestir de uniforme, «así vestida me siento más en tensión», le dijo al agente Gil un día en Juanjo's. Eso parecía. Si seguía así dos meses más, iba a batir un récord de detenciones. «Aquí tenéis las cañas, pareja», dijo Juanjo. «Una y me voy», le dijo Amanda a Adrián Gil, «he quedado con Carlos, va a cocinar».

Carlos del Río unió sus fuerzas y su corazón con Amanda Bernal. Decidió tomarse un tiempo de descanso hasta el invierno y decidir qué es lo que quería hacer. «Alguna ingeniería, ya que te gusta», le sugirió Amanda mientras Carlos colocaba sus cosas en la habitación de ella. «No quiero complicarme tanto la vida, va contra mis objetivos», dijo Carlos. «Aunque tengas dinero, no te pienses que vas a estar aquí sin hacer nada», le advirtió Amanda. Su casa era más cómoda que la de Carlos, en un pequeño pueblo cerca de la ciudad y con un acogedor jardín. En él pasaban las noches, Del Río arropado con una manta y Amanda con una de sus conocidas camisetas. Tenían siempre a mano un cesto con fruta de temporada, preparado para las indiscretas miradas de los adolescentes de la localidad.

El ex inspector siguió investigando por su cuenta con los datos y la información que Amanda le proporcionaba. Supo así que el Hotel Meseta Classic era un negocio de Cadenas, cuyo gerente llevaba dos meses sin aparecer por allí. Estuvo muy pendiente de todos los detalles de la investigación. Cadenas no declaró nada ni sobre Herrero ni Madruga, y Salgado identificó la foto de Santi, con la gorra, las gafas amarillas y el agujero en la frente, como el autor de los robos, secuestros y amputaciones. Dentro de unos años, si Cadenas salía vivo de la prisión, tendría que estar atento. Le hubiese gustado volver a hablar con Herrero, pero David nunca llamó. Por un lado, era buena señal.

El último tramo de la cuesta que llevaba a la arboleda se hacía duro. David se detuvo, soltó el carretillo y se rascó la mojada barba, más para hacer un descanso que porque le picase nada. Entre aquellos árboles había muchas ramas en el suelo, venían muy bien para encender las estufas de la casa.

Unos tíos de Clara se encargaron de su abuelo, que ya no podía valerse por sí mismo. «Quédate a vivir allí, hija, le darás vida a esa tierra», pidió la última vez que le vio, «espero que sea buen chico, si no, me lo dices», añadió desde la silla de ruedas.

El dinero no era inconveniente para ellos, apenas iban al pueblo y no se plantearon volver a por el resto de sus cosas. Pedían por internet lo que necesitaban, poco a poco, para no llamar la atención: un portátil para Clara; una gran televisión y un reproductor de DVD, ya que allí internet funcionaba cuando quería, como decía ella, o la colección de los capítulos de Megaingeniería que pudieron conseguir, «no entiendo cómo no están en 3D», se quejó muy extrañada. Se había convertido en una gran forofa de la serie.

Estaban en su nuevo hogar, pero se resistían, sin admitirlo, a atarse allí de manera definitiva. De cara a los vecinos que preguntaron, Clara hacía teletrabajo para formación online, «que modernos sois ahora», comentó Ánxelu, el panadero. David se encargaba del huerto. Tuvo que luchar contra las plantas como si fuesen lobos. Miraba los huertos que rodeaban el suyo y se desesperaba viendo la hermosura de las hortalizas de los vecinos. «Yo hago lo mismo que ellos, Clara, y lo que pone la web», le decía. Se planteó la cría y cuidado de ganado, de eso sabía algo más, su familia casi siempre tuvo algún tipo de ganadería en las montañas. Esa sería la primera y última cosecha, dejaría las plantas que creciesen solas y sin grandes cuidados. A Clara lo que en realidad le gustaba era pintar. A temporadas pintaba el mismo encuadre de las

montañas varias veces. «¿Qué te parece?», preguntaba, «es igual que el de ayer», decía David. «No tienes ni idea». «¿No has visto la estación de San Lázaro de Monet?», preguntó Clara ofendida. Otra semana pintaba árboles y flores, o el mar desde el mismo lugar. Una mañana instaló su caballete, las pinturas y los botes con pinceles en el salón. Cuando David llegó deprimido del huerto, el olor a disolvente y aguarrás que salía de la ventana le hizo asomarse, allí estaba ella, pintando un superpetrolero a medio construir con la pantalla de la televisión en *pause*. Clara le vio por la ventana, «tienes que programar la tele para que dure más tiempo, se va la imagen» le dijo, «o quédate aquí y cuando se vaya le das al mando, así me ves». Pintó presas, camiones, puentes y encofrados. Los primeros días sacaba los utensilios del salón, pero más tarde, solo los líquidos inflamables cuando encendía la chimenea, por la noche. «Cariño», le dijo David una noche en la cama, «si tienes algún problema, no te lo guardes, sabes que puedes contar conmigo», ellase dio la vuelta y se sentó con furia encima de él, le sujetó los brazos con fuerza y comenzó a frotarse contra su cuerpo. Todo les iba bien.

Hasta que se decidiese y planificase la cría de ganado, David hacía todas las tareas de mantenimiento mientras la artista plasmaba en lienzos los últimos avances en materia de ingeniería y arquitectura. Adecentaron el cobertizo junto a la casa convirtiéndolo en un taller en el que David arreglaba sillas, mesas, lámparas y lo que fuese necesario. Construyó una leñera techada, más amplia y con diferentes huecos según el grosor de la leña. El de la leña menuda estaba medio vacío y esa mañana, aunque llovía ligeramente, lo iba dejar a rebosar.

Por fin, David llegó al final de la loma. Se detuvo sin soltar el carrito para observar el paisaje desde lo alto, Clara lo hacía siempre que iban al mar. Se giró y vio la casa a lo lejos. Soltó el carrito de golpe y comenzó a correr con todas sus fuerzas camino

abajo. En la parte trasera de la casa se veía el morro de una furgoneta aparcada. Corrió todo lo que pudo y no terminaba de llegar. Durante el tiempo que tardó en aproximarse a la casa, escuchó lo que debía ser el silencio verdadero. Decidió ir en línea recta, saltando los bajos muretes divisorios de los pequeños huertos.

La puerta de la caseta de herramientas estaba entreabierta. Mientras recorría los últimos metros pudo ver a alguien dentro a través de la pequeña ventana. Se acercaba escuchando su agitada respiración. Cuando llegó a la puerta, sin detenerse, la empujó en carrera y el golpe de la hoja arrolló a un hombre de unos sesenta años que del impulso salió despedido contra una estantería de la pared. David, debido a la inercia, fue a parar al suelo, junto a él. Cayeron herramientas, cubos, tornillos y papeles que quedaron esparcidos por todo el cobertizo. David pudo ver desde el suelo a Clara, sentada en un rincón, junto a un pequeño charco de sangre. Su camiseta manchada, inmóvil y con la cabeza caída hacia adelante. El hombre se recuperó y agarró por el cuello a David, que intentaba llegar hasta Clara gateando mientras el intruso le golpeaba la cabeza contra el suelo.

—¡Clara! —gritó.

La llamaba a la vez que avanzaba, ajeno a los golpes que le daba ese hombre contra las tablas y la sangre que le resbalaba por la frente. David soltó un codazo hacia atrás que impactó en la cara del hombre, que paró un momento, pero no cedió. No podía quitárselo de encima, estiró una mano y agarró con fuerza un martillo, consiguió girarse un poco y su brazo soltó dos latigazos con la herramienta que hicieron que el hombre soltase su cuello y cayese hacia atrás tambaleándose.

—Ya voy, Clara —dijo aterrorizado, al ver que seguía inmóvil.

Estaba a punto de retirarle el pelo de la cara cuando volvió a caer al suelo de bruces. El hombre, de rodillas, le agarró una pierna y le

arrastró hacia atrás con una fuerza inusual para la edad que debía tener. Ese hombre, renqueante y sangrando por la cabeza, se puso en pie, cogió una pala y la alzó ante David, que agarró con las dos manos una llana que utilizaba para alisar las paredes, se puso de rodillas y antes de que bajase la pala, golpeó con todas sus fuerzas en el pecho del hombre. Este soltó la pala encima de David y retrocedió arrastrado los pies con el filo de la herramienta clavado en su pecho. Anduvo hacia atrás y se desplomó boca arriba, encima de la mesa de trabajo.

David se pegó a Clara. Retiró el pelo de su cara y levantó su cabeza.

—Clara, por favor, ¡no! Vamos, cariño.

Clara no se movía. David intentó comprobar su respiración, escuchar sus latidos, pero solo oía los lamentos sordos del hombre que yacía sobre la mesa. Intentaba quitarse la llana del pecho, pero sus brazos volvían a caer sin fuerza sobre el tablero. David, apretando los dientes y con lágrimas en los ojos, comenzó a incorporarse para ir a por él.

—David —susurró Clara—, estoy mareada.

—Clara, mi vida.

David comprobó que, a pesar de estar manchada de sangre, no tenía ninguna herida grave en el cuerpo. Al separarle las manos que ella tenía juntas sobre un muslo, vio que una de ellas sangraba con abundancia. Le faltaba el dedo meñique izquierdo. Se quitó la camiseta y envolvió su mano con ella.

—Tranquila, Clara, estás bien cariño, no pasa nada. Te voy a levantar.

Clara señalaba hacia la ventana con el índice de la otra mano. En el suelo estaba su dedo. David se acercó y lo cogió con mucho cuidado, extrajo una toallita húmeda del botiquín colgado en la pared y lo envolvió con mimo. El hombre aún se movía encima de la mesa. Levantó a Clara, podía caminar con dificultad. El hombre levantaba la

cabeza, se lamentaba y hacía leves e inútiles esfuerzos para incorporarse.

—Tranquila, cariño. Vamos, te llevaré al hospital.

—No —dijo ella aún aturdida.

—Os mataré —dijo el hombre, con voz ronca y débil.

David sentó a Clara en un tronco gastado, junto a la puerta, y entró de nuevo en el cobertizo. Recogió del suelo la pala con la que quiso golpearle y la arrastró hasta la mesa de trabajo.

—¿Quién eres? —preguntó David.

—Voy a mataros.

David levantó la pala y asestó un golpe sobre la llana, hundiéndola más en el pecho. La cabeza y los brazos del hombre cayeron de golpe hacia atrás. David soltó la pala y se limpió con el dorso de la mano la sangre que le resbalaba por la cara. Se acercó al cuerpo y buscó por los bolsillos hasta que encontró su cartera. La abrió, allí estaba su DNI en una funda de plástico: Roque Cadenas Salmerón. Cerró la cartera, la dejó encima del cuerpo y salió a por Clara.

—Vamos cariño, tenemos que ir al hospital.

—No podemos ir, David, lo sabes.

—Tenemos que ir, lo pueden arreglar, lo sé.

—Dame el dedo —le pidió sonriendo.

—Lo pueden coser, Clara, voy a meterlo en hielo.

—¡Que me des mi dedo!

Se puso en pie apretando la mano herida contra el pecho. David se lo dio envuelto en la toallita. Clara lo cogió y lo lanzó con todas sus fuerzas. Se salió de la toalla y quedó a apenas unos metros de ellos. David la abrazó, acarició sus mejillas y la besó.

—Vamos dentro, yo te curaré y arreglaré todo esto.

Caminaron hacia la casa, abrazados, despacio. En sus caras, las finas gotas de lluvia se mezclaban con la sangre.

—Lo tengo todo... —dijo Clara sonriendo—, no me hacen falta veinte dedos.

David miró a ambos lados y cerró la puerta.

FIN

Le queda una página más, querido lector, siga leyendo.

Espero que haya disfrutado con la lectura de Facturas pendientes puede usted continuar con Conclusiones precipitadas, novela en la que se mantienen algunos de sus personajes favoritos y aparecen otros que se convertirán en protagonistas de la Serie. Si le apetece publicar una valoración sobre la novela en la página de compra o en alguna de sus redes sociales, será muy bienvenida.

Puede seguirme en Amazon pinchando aquí: <https://short.do/dUcEff>

SERIE MESETA NEGRA

<https://amzn.to/3rO4vzI>

- Facturas pendientes
- Conclusiones precipitadas
- Bajo control
- Por obra y gracia



LO QUE SIEMBRAS Un thriller psicológico con tensión hasta la última línea.

<https://amzn.to/4bhQyHF>

SERIE AVERNO

<https://lc.cx/DRXLBJ>

- Manos frías
- Pactum
- Guiones de cine de terror



Contacto con el autor

Para ferias, presentaciones, firmas eventos, colaboraciones, reseñas y lo que usted, amable lector, considere oportuno.

<https://www.angelbarriosescritor.com/>

info@angelbarriosescritor.com

@arbarrios20 (Twitter)

@arbarrios20 (Instagram)

Bienvenidos a la Meseta Negra.

